UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

CENTRO DE INVESTIGACIONES CULTURALES-MUSEO

VARONES, CONSUMO DE DROGAS

Y CONSTITUCIÓN DE LA MASCULINIDAD

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN ESTUDIOS SOCIOCULTURALES

PRESENTA:

JULIO ERNESTO GUERRERO MONDACA

BAJO LA DIRECCIÓN DE

DR. RAUL BALBUENA BELLO Y MTRA. PAOLA OVALLE MARROQUIN

MEXICALI, B.C., OCTUBRE DE 2010.

ÍNDICE

Agradecimientos..... 4

Introducción..... 6

CAPITULO I. El Consumo de Drogas y el Género..... 12

CAPITULO II. Estudiar a los Hombres y las Masculinidades..... 23

- El surgimiento de los estudios de los hombres y las masculinidades.
- Investigaciones sobre los hombres y las masculinidades.

CAPÍTULO III. Marco Teórico..... 31

- La distinción sexo/género.
- ¿Qué es un hombre o que son los hombres? La construcción social de los dos sexos.
- Masculinidad: el reto de desarrollar un concepto.
- Lo masculino.
- El patriarcado.

CAPITULO IV. La Constitución de la Masculinidad..... 61

- El engeramiento de los hombres.
- La misoginia en la constitución de la masculinidad: *Ellas*.
- Constituir la masculinidad desde la homofobia.
- La homosocialidad.

CAPÍTULO V. Metodologia..... 72

- La entrevista cualitativa.
- La guía de entrevista.
- Elección de los informantes.
- Abordar la masculinidad desde los hombres.

CAPÍTULO VI. Resultados y Discusión..... 84

- El contexto de los informantes.
- Adicción y sobriedad. Los usos de las sustancias, los usos del cuerpo y

los usos de la masculinidad.

- La rehabilitación como re-habilitación de la masculinidad.
- Hombres sin H. La masculinidad “incompleta” del adicto.
- *Ellas* en el “mundo” del consumo de sustancias.

CAPÍTULO VII. Conclusiones..... 112

BIBLIOGRAFÍA..... 120

AGRADECIMIENTOS

Una maestría como esta no se culmina sin la participación de muchas personas. El desgaste físico y mental, las presiones económicas, y las contingencias que nunca faltan en la vida solo pueden sortearse con el apoyo de los demás, incluso los desconocidos. Perdí, gane y transforme cosas y relaciones en diferentes grados y en diferentes esferas de mi vida. Tantos cambios en dos años que todavía estoy en el proceso de adaptarme a todos ellos. Las primeras palabras esclarecedoras que me orientaron al nuevo contexto de convertirme en alumno de maestría e investigador de lo sociocultural fueron obviamente mis profesores de Centro de Investigaciones Culturales. Sus propias experiencias y la forma en que elaboraron el proceso fueron reconfortantes. Les agradezco por ayudarme a desvanecer mi sentimiento de traición hacia mi gremio, por ayudarme a lidiar con la fatiga, y disipar la confusión ante esta perspectiva nueva para ver a las personas, tan desconcertante por su complejidad y tan refrescante por su novedad. Les agradezco también a mis profesores (especialmente mis directores de tesis) por la paciencia para con mi proceso de aprendizaje. Seguramente sabrán que abandonar los esquemas de pensamiento adquiridos en mi formación previa es más difícil que estudiar la maestría y conducir una investigación. A mis directores de tesis, Raúl Balbuena y Paola Ovalle, por no imponer criterios o líneas a seguir en mi tesis, por ayudar a cuestionarme mis premisas de trabajo, y por su paciencia para con un psicólogo forjado positivista, como la mayoría de mis colegas.

Agradezco mucho a mis compañeros. Más que grupo escolar fungieron como grupo de autoayuda ante todas las vicisitudes que se me presentaron durante estos dos años. El viaje hubiera sido mucho más cansado y menos enriquecedor sin ellos.

Quiero agradecer por supuesto a las Instituciones. Al Centro de Investigaciones Culturales y la UABC por el apoyo para hacer la maestría más llevadera. Desde las cosas más frívolas como las galletas y el café, hasta las facilidades que me dieron para irme de intercambio y realizar el trabajo de campo. A CONACYT por su apoyo, sin el cual no hubiera podido ni siquiera pensar en una maestría de este nivel.

Por supuesto que todo estudio sociocultural toma su materia prima de los informantes. Agradezco profundamente a los que compartieron cosas tan íntimas y que sé sus vínculos más cercanos desconocen. Dejaron entrar un desconocido a su “mundo”, ese contexto que ha sido alejado hacia el margen del escenario social pero que explica en gran medida lo que moviliza y constriñe la sociedad entera. Las voces del Pelón, Tito, el Diablo, y el Frankie hacen palpable las vicisitudes de ser hombre en un momento de profundas transformaciones en las relaciones sociales, relaciones de género y de cualquier otro tipo. Soy menos ajeno a su “mundo” que lo que ellos creen.

Y por último, (y dejo al último lo más importante) a mi familia. Especialmente a mi hija que trajo nuevos bríos a mi necesidad de saber más del mundo al que ella recién llega. Quiero explicárselo y ayudarle a comprender su condición de género. A mi madre y padre que estuvieron dispuestos a apoyarme a pesar de a que a esta edad se espera que uno sea autosuficiente al cien por ciento. Les debo 33 años de respaldo y afecto.

Siempre hay mucho que agradecer. Esta meta se la debo a todos.

INTRODUCCIÓN

Hay dos justificaciones que necesito aclarar antes de exponer este trabajo. La justificación personal, que en realidad es el incentivo de este esfuerzo, y como todos los motores determina el movimiento manteniéndose fuera de la vista. Y la dimensión que pretende ser pura, ajena a toda pasión humana y que se activa por el deseo de generar conocimiento para otros: la justificación racional. La primera obedece a la oportunidad de reconocerme en los sujetos (como varón y como consumidor de alcohol) con los que he trabajado como psicólogo, y cómo mi interacción con ellos estimuló a cuestionar/me/les, todas esas certezas que ya no eran tan claras para mí sobre cómo ser un hombre "normal", o qué es esto de actuar de acuerdo a mi "naturaleza". Puedo decir que este trabajo es parte de un proceso personal de deconstrucción de mi propia masculinidad; tarea que apenas inicia.

El interés por realizar este estudio surge de la necesidad por ampliar mi entendimiento sobre el proceso por el cual me he engenerado, reconocer la influencia de estos procesos en mi vida cotidiana, en mi forma de representar el mundo. Y al mismo tiempo es un esfuerzo por explicarme inquietudes y malestares que han surgido en la confrontación de ese concepto polimorfo y polisémico denominado "hombre", con la representación esencialista de varón que tienen aquellas personas con la que he convivido y convivo cotidianamente. También es confrontar aquellas representaciones de lo masculino que me saturan día con día a través de los medios de comunicación, que se me presentan tan fijas y a la vez tan inestables, y que son representaciones con las que casi nunca empato. Transitar hacia la reflexividad sobre mi condición de género implicó recoger los múltiples reclamos y reprimendas expresadas por las feministas, quejas bien fundadas que me hicieron perder la certeza de mis convicciones y que, lo admito, no siempre recibí con agrado.

En cuanto a la justificación racional, esta obedece al interés de conocer los usos y significados del consumo de drogas por parte de los hombres, para conocer cómo se articulaban con el proceso de producir y reproducir la masculinidad. Durante mi trabajo

como psicólogo previo a este estudio reconocí una dimensión del consumo de drogas que servía de plataforma en la motivación para esta práctica. Un discurso donde las prácticas del consumo formaban parte del cómo se constituía la masculinidad para los varones que tuve oportunidad de conocer.

Como práctica corporal, identifique como el uso de sustancias se interceptaba con otros discursos sobre los usos y significados del cuerpo; ética y política producida en distintas arenas sociales. Dado que el consumo de drogas es una práctica efectuada principalmente por varones, inferí que los significados de ser hombre y la masculinidad (categorías inscritas sobre los cuerpos machos) podían entenderse a partir de escudriñar el proceso de consumo de las drogas. R.W. Connell refiere que el género es una práctica social que hace constante referencia al cuerpo y lo que los cuerpos hacen (2004). Ya que es el cuerpo sobre el que se actúa en la práctica del consumo de droga y son los varones los principales actores de esta práctica, se puede inferir que el consumo de sustancias es una vía para la constitución de lo masculino. Son los mandatos de género un discurso sigiloso que hace nudo con los discursos médico, y jurídico[1], trinidad que históricamente ha normado los usos del cuerpo.

Como psicólogo también me impulsó a realizar este trabajo el cuestionar los parámetros de lo femenino y lo masculino que he encontrado en las propuestas de la psicometría desde muchas herramientas que he utilizado como psicólogo que elabora "perfiles de personalidad". Trasladar mi análisis a una dimensión sociocultural siendo psicólogo de formación inicial, fue un proceso deconstructivo en sí mismo. Implicó reconocer la parte normativa de la psicología que se ampara en el dispositivo[2] de la salud mental para disciplinar diferentes dimensiones del comportamiento humano, incluido el género.

[1] Discursos que atravesaban mi trabajo como psicólogo dentro de una cárcel.

[2] Foucault define dispositivo como "conjunto decididamente heterogéneo que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, y proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas" (Foucault, 1977).

En esta investigación busqué comprender ese discurso sobre el consumo de drogas que aborda la constitución del sujeto masculino. Bajo un enfoque cualitativo se entrevistaron a varones con antecedentes de consumo de sustancias. Estas entrevistas semiestructuradas abordaron los símbolos culturales de la masculinidad que median la vida de los sujetos que consumen drogas.

Adelanto que abordo aquí la masculinidad como un conjunto de condiciones que poseen o carecen los cuerpos. Cualidades tradicionalmente atribuidas a los varones y que son apropiadas a través de distintos procesos. Lo masculino básicamente son características que denotan algún tipo de relación de poder sobre algo o sobre alguien. Incluso el mostrar poder sobre la propia soberanía frente a alguna otra forma de poder es considerado indicador de que se posee dicha masculinidad. Reconocer los discursos y las relaciones de poder que se establecen en la constitución de la masculinidad también son objetivos de este trabajo. Me interesó particularmente el discurso que significa cierto tipo de consumo de drogas como representativo del ser hombre.

Así mismo, hay un interés en identificar qué símbolos masculinos son exaltados dentro del "mundo" del consumo de drogas. Cuál es la masculinidad hegemónica predominante entre los varones consumidores, y las coincidencias y las divergencias expresadas por los distintos consumidores en la representación de cómo debe ser un hombre. Al referirme al "mundo de las drogas[3]" me refiero a la cultura del consumo de drogas. Este concepto abarca no sólo a las prácticas de consumo que se dan dentro de determinados escenarios, sino incluso el contexto de la rehabilitación, donde el consumidor acude a buscar la abstinencia sin necesariamente abandonar su identidad como consumidor de drogas.

Al hablar de cultura del consumo de drogas, utilizo la noción de cultura en la forma que Stuart Hall la conceptualiza, es decir "[…] como los significados y los valores que emergen entre grupos y clases sociales diferenciados, sobre la base de sus condiciones y relaciones históricas dadas, a través de las cuales manejan y responden a las condiciones de existencia; y como las tradiciones y prácticas vividas a través de la cuales son

[3] Término con el que uno de los informantes denomina a ese conjunto de prácticas y significados que conforman la cultura del consumo de drogas.

expresadas esas comprensiones, y en las cuales están encarnadas" (1994; p. 7). Utilizando para esta investigación el concepto de cultura de Hall, podemos interpretar que los sujetos que consumen drogas conforman un grupo social que gira en torno a esta práctica, y junto con los diferentes discursos sobre cómo debe ser hombres, lo que son las drogas y la abstinencia establecen una comprensión sobre sí mismos y el mundo.

En este sentido, las ideas de Michel Foucault sobre la sexualidad, disciplina, los dispositivos de control, la relaciones entre saber y poder, y su noción de subjetivación, fueron útiles para comprender como se configura la masculinidad de los hombres alrededor de los significados culturales sobre el consumo de drogas y la abstinencia.

Utilizo para mi análisis la perspectiva de género como marco de referencia. Esto implica que reconozco que en las relaciones entre los seres humanos no hay nada natural, nada está en los genes, y que el sexo es la referencia binaria a la anatomía sobre la que se construyen los géneros (Caséz, 1998). Como en cualquier estudio con perspectiva de género impugno el determinismo biológico y cualquier tipo de esencialismo en la configuración de las identidades de género y las relaciones hombre-mujer, hombre-hombre y mujer-mujer. Reconozco también, que las diferencias entre hombres y mujeres se construyen diacrónicamente y sobre una base cultural.

Utilizo además distintos conceptos del posestructuralismo para analizar cómo los sujetos construyen su entendimiento sobre el mundo (incluyendo su identidad) para otorgarle sentido y actuar sobre esa base. Un posicionamiento posestructuralista sobre el género permite comprender que los sujetos han sido posicionados en la sociedad en base a discursos que generan experiencias subjetivas y posibilidades de acción diferenciadas según su sexo. Los dualismos mujer/hombre, masculino/femenino, y cultura/naturaleza (entre otros) han generado la creencia de que las diferencias entre hombres y mujeres además de ser innatas e inalterables, son deseables y moralmente apropiadas.

Antes de describir el contenido de este documento me interesa aclarar algunos términos que utilizaré a lo largo de todo el texto. Primero que nada, utilizaré los términos

varón y hombre indistintamente para referirme a los humanos biológicamente machos (Núñez, 2007). No utilizó el término hombre para referirme a la humanidad. Cuando me refiera a una colectividad sin distinción del sexo me referiré como seres humanos, individuos o sujetos. Utilizo como sinónimos también consumo de drogas y consumo de sustancias para referirme simplemente a "autoadministración de una sustancia psicoactiva con fines no médicos (OMS, 2001)". Aquí lo que me interesa es la subjetividad de los consumidores, los significados otorgados a las drogas y sus efectos. Y cómo estos significados están en relación con el contexto social de las prácticas de consumo y con los conocimientos que los sujetos tienen respecto a las mismas (Gallego y cols., 2008).

Para guiar al lector en la secuencia de este trabajo, describo enseguida el contenido del capitulado que estructura esta tesis. En un primer capítulo inicio presentando el problema que comprende este estudio. Presento algunos datos cuantitativos sobre la situación del consumo de drogas en México con la intención de hacer visible la nutrida participación de los hombres en el consumo de drogas. Los datos son acompañados de un análisis del fenómeno del consumo de drogas y los principales discursos que se pronuncian sobre esta práctica: médico, jurídico, y religioso. En la parte final del capítulo presento algunos trabajos en los cuales la perspectiva de género ha sido utilizada para analizar la práctica del consumo de drogas.

En el segundo capítulo hago una exposición sobre el feminismo y los estudios de género, y como se desarrollan a partir de estos los estudios de género de los hombres. Hago una revisión de los principales temas en los que se han tenido como objeto de estudio a los hombres como sujetos con género y las principales corrientes que se han conformados alrededor de los estudios sobre los hombres y las masculinidades.

El tercer capítulo se presenta una serie supuestos de la teoría de género. Comprende el desarrollo de los elementos teórico-conceptuales que guían la perspectiva con la que se abordó el estudio del consumo de drogas. Implica un esfuerzo por sintetizar toda una serie de debates y teorizaciones sobre conceptos como género, sexo, y masculinidad, así como la categoría hombre.

El cuarto capítulo presenta el proceso metodológico con el que se realizó el trabajo de campo, la elección de los sujetos, y una breve descripción del contexto donde se realizaron las entrevistas. Así como algunas consideraciones metodológicas que le son particulares a los estudios de género y el trabajo de campo con varones.

El quinto y último capítulo es la presentación de los hallazgos y las conclusiones, una recopilación de fragmentos de las entrevistas que representan los discursos que guían el sentido de los sujetos que consumen drogas como varones, y un análisis de estos discursos. En una segunda parte del capítulo presento una serie de reflexiones en torno a esta investigación. Reflexiones sobre los hallazgos, la teoría utilizada para analizar los datos que se desprendieron de la investigación, la metodología, así como una reflexión sobre la importancia académica de este tipo de estudios.

La secuencia del capitulado tiene la intención de llevar al lector hacia un entendimiento claro en cuanto mi punto de vista sobre la masculinidad y la categoría de hombre. El aparato crítico no agota la discusión sobre los distintos temas presentados, solo retoma los puntos que me parecieron más relevantes o fundamentales para explicar mi posición con respecto a la situación de los hombres como sujetos con género y aquellos elementos teóricos que me permitieron entender la condición de los individuos que consumen drogas para constituirse como sujetos masculinos.

CAPITULO I

EL CONSUMO DE DROGAS Y EL GÉNERO

Me interesa en este capítulo delimitar el objeto de estudio y problematizarlo. En este caso tenemos la práctica del consumo de drogas como acciones que se articulan en la configuración de la identidad de género. Aunque este es un estudio de corte cualitativo, en el primer apartado se presentan una serie de datos recopilados en diferentes estudios sobre la situación en el país y en la región en cuanto al consumo de drogas por sexo. Aún cuando se entiende que la serie de datos referidos por los informes expuestos en este apartado responden a necesidades particulares de las instituciones que los elaboran (justificar presupuestos, persuadir sobre la necesidad de incrementar el control social, conseguir la aprobación de la opinión pública sobre una política de estado, entre otras), proporcionan datos por sexo respecto al consumo de droga en el país que nos revelan a los sujetos que participan de esta práctica.

En este sentido, posiblemente no estén sesgadas tanto las cifras como las conclusiones que se hacen de ellas. Los números no hablan por sí mismos, están sujetos a múltiples interpretaciones. Para el caso de este estudio, mi interpretación está atravesada por la perspectiva de género. Mi propósito es reforzar mi argumento de que el "mundo" del consumo de drogas es un escenario dominado por varones. Así como exponer los principales discursos bajo los que se han tratado el tema de las drogas, y cómo el factor "género" ha quedado relegado de estos análisis.

Según datos provenientes de estudios desde el campo de la salud, el consumo de drogas es una práctica común en los varones de México. La Encuesta Nacional de Adicciones 2008, realizada a 50,000 hogares en toda la República Mexicana por el Instituto Nacional de Psiquiatría y el Instituto Nacional de Salud Pública, expuso en sus resultados que 4.5 millones de mexicanos entre 12 y 65 años de edad han consumido algún tipo de droga alguna vez en su vida. Un millón más de consumidores en relación al mismo estudio

en el 2002. Los hombres son el grupo con mayor índice de consumo en relación a las mujeres, indicando que por cada mujer hay 3.6 hombres que han consumido algún tipo de droga. Una conclusión expuesta en el los resultados indica que las diferencias en los índices de consumo entre hombres y mujeres se derivan de diferencias en la oportunidad de usar drogas (que les hayan regalado o intentado vender droga), y que una vez expuestos a las oportunidades ambos tienen la misma posibilidad de avanzar al uso y/o la dependencia de sustancias. Una perspectiva de género permitiría problematizar como estos factores se relacionan con la oportunidad que tienen las mujeres de participar en espacios donde la venta y el consumo de drogas se llevan a cabo, contextos alejados del espacio doméstico a los que pocas mujeres tienen acceso. Además, avanzar al consumo cotidiano o habitual implica lidiar con los mandatos de género que conducen a las mujeres a llevar una vida de sobriedad asociada a los códigos de una "mujer decente".

Específicamente para el caso de Baja California, la Encuesta Nacional de Adicciones 2008 muestra que la exposición y el consumo están por encima de la media nacional tanto en hombres como mujeres. La razón es de 1.3 hombres en el estado por cada 1 a nivel nacional y de 2 mujeres en el estado por cada 1 nacional. De la misma forma que en los resultados nacionales, en Baja California más hombres (40.4%) que mujeres (29.9%) están expuestos a la oportunidad de consumir algún tipo de droga.

En otro Informe realizado en el 2007 por el Sistema de Vigilancia Epidemiológica de las Adicciones (SISVEA) nos presenta un recuento de los casos en que se atendieron tipos de consumo considerados problemáticos. En este estudio de la Secretaría de Salud se reportó que se atendieron 108,229 personas dentro de las diferentes ONG´s, Centros de Integración Juvenil y de los Consejos Estatales de Menores del país (en el Cuadro 1 se presenta la información detallada por sexo). Además, el mismo SISVEA reporta que de las 11,212 defunciones por intoxicación por consumo de sustancias identificadas por el Servicio Médico Forense, 91.5% del total de las muertes fueron de hombres. En este rubro del Informe participaron solamente 20 entidades federativas sin incluir a Baja California. En cuanto a los resultados reportados por el SISVEA en Baja California también se muestra

una propensión elevada en varones a presentar problemas relacionados al abuso de sustancias (ver Cuadro 2).

CUADRO 1

POBLACIÓN NACIONAL ATENDIDA POR PROBLEMAS DE ABUSO DE SUSTANCIAS Y DEFUNCIÓN

SEGÚN SEXO E INSTITUCIÓN RECEPTORA

SISVEA

SEXO	ONG´s N= 64,917	CIJ N= 24,221	CONSEJO TUTELAR N= 7,230	SEMEFO N= 11,212	URGENCIAS N= 649
MASCULINO %	*91.2*	*78*	*93*	*91.5*	*SIN DATOS*
FEMENINO %	*8.8*	*22*	*7*	*8.5*	*SIN DATOS*

SISVEA (2007)

CUADRO 2

POBLACIÓN EN BAJA CALIFORNIA ATENDIDA POR PROBLEMAS DE ABUSO DE SUSTANCIAS

SEGÚN SEXO E INSTITUCIÓN RECEPTORA

SISVEA

SEXO	ONG´s N= 9447	CIJ N= 1077	CONSEJO TUTELAR N= 494	URGENCIAS N= 149
MASCULINO %	*91.8*	*77.1*	*94.3*	*SIN DATOS*
FEMENINO %	*8.2*	*22.9*	*5.7*	*SIN DATOS*

SISVEA (2007)

Estas cifras hacen visible la cantidad de hombres que practican en diferentes proporciones el consumo de drogas. Esta situación no se explica por el incremento de la oferta y demanda de las drogas en los últimos años en México, ni por la proporción de varones en este país[4]. La retorica de estos datos "duros" se nos presentan como evidencia innegable de la necesidad de control sobre el consumo de drogas. Tener orden y salud pública se plantean como exigencias de la sociedad que se convierten en políticas encaminadas a restringir a los cuerpos de ciertas prácticas. Desde el frente médico se incita a la clasificación de ciertas drogas como "adictivas" y a clasificar/estigmatizar a aquellos que las consumen. Dentro del campo jurídico se ilegaliza el consumo de la mayoría de las drogas con la justificación de ser un lastre social por sus riesgos para la seguridad de los ciudadanos. La necesidad de orden social y salud deberían de bastarnos para abstenernos de consumir drogas, o por lo menos para hacerlo con moderación. Sin embargo observamos cotidianamente que este discurso de la moderación, la abstinencia y la prohibición parece estar más apropiado por la mayoría de las mujeres, mientras la mayoría de los varones lo escuchamos con indiferencia.

El uso de drogas va más allá de los discursos actuales sobre las drogas. Antonio Escohotado hace una especie de historia cultural de las drogas muy completa. Habla sobre las implicaciones sociales del consumo de drogas a lo largo de la historia y en diferentes contextos culturales. Da cuenta de cómo las drogas han sido utilizadas por siglos para fines festivos, terapéuticos y sacramentales, y ha sido reciente que se ha construido como tabú por los campos médico, religioso y jurídico (2007). Escohotado, citando a Byck, refiere que "elegimos nuestros venenos de acuerdo con la tradición, sin tener en cuenta la farmacología: son las actitudes sociales quienes determinan cuáles son las drogas admisibles y atribuyen cualidades éticas a los productos químicos (p. 24)". Así, el consumo de drogas es una práctica que para quien la realiza suele tener un valor social distinto al

[4] Supondriamos que la oferta no discrimina hombres de las mujeres ya que lo que interesa es la venta. Y por otro lado, de los 103, 263,388 de mexicanos, más de 53 millones eran mujeres (INEGI, 2008) lo que implicaría que proporcionalmente habría más mujeres consumiendo que los hombres, cosa que no sucede.

que le dan los discursos médicos, religiosos y jurídicos. Los significados que tiene para los consumidores es una síntesis de los tres discursos, más la significación que los consumidores configuran de acuerdo a sus propios contextos sociohistóricos. Es decir, los significados otorgados a las sustancias y a sus efectos están en relación con el contexto social de las prácticas de consumo y con los conocimientos que los sujetos tienen respecto a las mismas. Como práctica sugiere acciones cuya comprensión es propiciada por el sentido que el actor le otorga a la misma y ese sentido no le viene naturalmente, sino que se produce en la interacción social (Gallego y Cols., 2008).

Dentro del "mundo" de las drogas, existen múltiples campos discursivos interactuando entre sí para definir lo que significa el consumo y constituir la definición de droga. Principalmente los discursos médico, jurídico y religioso interactúan con otro tipo de enfoque, aquel que nos dice que consumir drogas es una forma de "hacer género (Measham, 2002)".

La revisión de las formas de concebir el consumo de sustancias, me llevaron a identificar un fenómeno del cual emana el dispositivo de la "adicción": la medicalización de la vida cotidiana. La medicalización se refiere al proceso por el que ciertos fenómenos que formaban parte de otros campos, como la educación, la ley, la religión, etc., han sido redefinidos como fenómenos médicos y por lo tanto merecedores de intervención clínica (Márquez y Meneu, 2003). A partir de la medicalización, experiencias humanas como algunos aspectos del envejecimiento, las incomodidades comunes del periodo menstrual y hasta algunos aspectos estéticos, por hablar de algunos ejemplos, se convirtieron en objetos de intervención médica. Incluso algunas prácticas han sido clasificadas de riesgo para desarrollar enfermedades (y no enfermedades en sí mismas) lo que ha generado un régimen sanitario que demanda injerencia sobre los cuerpos invocando la prevención. Esta medicalización construye los dualismos salud/enfermedad y normal/anormal en cuanto a los criterios de bienestar que propone.

A partir del desarrollo y difusión de esta "mirada médica" (Foucault, 2005) para catalogar fenómenos que antes no eran considerados enfermedades y la creciente

comercialización y popularización de diferentes fármacos (drogas legales utilizadas para aliviar enfermedades o "mejorar" el funcionamiento corporal), las ciencias de la salud apuntaron la posibilidad de salvaguardar al ser humano para mejorar su calidad de vida y extender el tiempo de la misma. Estos dos fenómenos, la clasificación de nuevas enfermedades, y el desarrollo y popularización de fármacos, han generado una conciencia del cuerpo como objeto de intervención farmacológica ante el mínimo malestar. Además, la medicalización se ha infiltrado en la concepción de las personas sobre cómo debe ser y funcionar un cuerpo, y las nociones sobre salud y enfermedad (Mamo y Fishman, 2001).

El concepto de "adicción" como enfermedad entra aquí como parte de esta medicalización. Helen Keane encuentra que el deseo compulsivo por el placer ha sido catalogado como patología ya que entra en conflicto con las demandas de disciplina y productividad. Presento aquí su descripción sobre como se han construido la adicción y al adicto:

> La confianza en la adicción como discurso sobre las evaluaciones de los daños, los sentimientos de la fuerza (de no querer querer lo que uno quiere) y la dependencia enfatiza inevitablemente las normas culturales y juicios éticos sobre lo que la gente debe valorar y lo que hace la vida significativa. El problema con el adicto es que sus prioridades están profundamente alteradas, en lugar de preocuparse por el trabajo, las responsabilidades familiares y su salud, se dedica a una búsqueda destructiva de placer o el olvido. El adicto es todo lo contrario al ideal del ciudadano racional, productivo y autosuficiente.

Keane nos revela cómo la "adicción" es construida como un dispositivo que impone aquellos valores sociales que son considerados apropiados. El ascetismo como estilo de vida (Weber, 1998) ha permeado la vida principalmente de las sociedades occidentales, pero es subvertido por los consumidores cuya prioridad es el placer de cada dosis.

Por su parte, Mariana Valverde expone que la "adicción" ha sido construida como una "enfermedad de la voluntad" de la cual paradójicamente solo se recupera si el adicto se

somete a la intervención externa (2007). Está tan legitimada la premisa de la droga como un acto que invariablemente te conduce a la pérdida del control y autodestrucción, que se ha extendido la idea de que los hombres automáticamente se vuelven violentos e improductivos y a las mujeres promiscuas y vulnerables a la explotación (Draus y Carlson, 2009). Interpretaciones de la "adicción" mediadas por los estereotipos de género, por cierto.

Es así como la prohibición, la clasificación de las drogas como adictivas y el consumo como enfermedad o como riesgo inminente para la salud, han generado que el consumo de drogas, independientemente del patrón de consumo, sea considerado no solo como enfermizo, sino inmoral (principalmente en el caso de las drogas ilegales). Lo expuesto por Keane y Valverde importan para este trabajo, ya que los valores impuestos implícitamente a través de la "adicción" como dispositivo de control social entran en juego con los mandatos de género de diversas maneras.

Como en otras áreas del orden social, encontramos también en el consumo de sustancias una división sexual. Las prácticas y los significados del consumo de sustancias son organizadas en base a una supuesta diferencia de género de los consumidores, siendo los varones los protagonistas "naturales" del consumo de drogas. Aún con el incremento de mujeres en el consumo de drogas, los varones suelen consumir en mayores cantidades, de manera frecuente, y a lo largo de las diferentes etapas de sus vidas (Measham, 2002).

Las implicaciones que tiene el consumo de drogas en la constitución del género son diversas. Will H. Courtenay observa que los hombres consumen cantidades elevadas de alcohol para demostrar su lealtad al grupo de compañeros a la par que el consumo se toma como muestra de virilidad (Courtenay en Don Sabo, 1999). Se observa también en la interacción entre varones una prescripción de conductas que promueve y recompensa el consumo de sustancias, acreditándolo como indicador de hombría (Aguirre & Guell, 2002). Al parecer los hombres hemos aprendido que las ventajas y beneficios de certificar la masculinidad están por encima de los discursos que criminalizan y patologizan el

consumo de drogas que margina al consumidor[5]. En los hombres el consumo es interpretado como una práctica habitual y hasta deseable, mientras que en las mujeres el consumo de drogas es reprobado en diversos contextos culturales, aún más sancionado cuando hablamos del consumo de drogas ilegales (Friedman y Alicea, 1995) En muchos escenarios, lo que para el varón representa un comportamiento "natural", en las mujeres esta práctica se considera un acto de desviación o inmoralidad.

Esto nos lleva a cuestionarnos ¿Qué significa el hecho de que el consumo de sustancias sea una práctica predominantemente de hombres? ¿A qué se debe la diferencia cuantitativa y cualitativa entre hombres y mujeres en cuanto al consumo de drogas? ¿Qué papel juegan los diferentes campos discursivos (jurídico, médico y religioso) sobre los significados del consumo de drogas y en el engeneramiento de los varones?

Es importante señalar los escasos estudios sobre masculinidad y abuso de sustancias. Las investigaciones encontradas han sido enfocados principalmente en el alcoholismo (Holmila & Raitasalo, 2003), y no han abarcado el uso de drogas ilegales como la marihuana, la cocaína, las meta-anfetaminas y la heroína; drogas con un progresivo crecimiento en el índice de consumo en la población.

Además, los pocos estudios encontrados han sido analizados desde una perspectiva sociodemográfica o a través de la reconstrucción biográfica de varones desde las experiencias de terceras personas. Es necesaria una metodología cualitativa que permita identificar los significados culturales del abuso de sustancias desde la voz de los varones que han experimentado esta situación. Analizar el consumo de drogas desde la perspectiva de género puede aportar conocimiento sobre la construcción de la identidad de los varones y la masculinidad, así como una explicación para las proporciones elevadas de varones que practican el consumo de drogas.

En diferentes estudios se expone que el consumo de sustancias por parte de los individuos recibe una influencia directa de la cultura, siendo más determinante en

[5] Además, en la práctica, solo ciertos consumidores, tipos de drogas y patrones de consumo llegan a ser desacreditados. Esto indica la arbitrariedad con la que se ha construido el "problema" del consumo de drogas en el mundo.

hombres que en mujeres. Un estudio centrado en el abuso de alcohol encontró que los razonamientos utilizados en la bibliografía incluían explicaciones que hablaban desde la vulnerabilidad biológica de las mujeres al alcohol, hasta las regulaciones sociales que determinaban los roles de género asignándole a las mujeres el papel de moderadora o guardián del alcoholismo de otras personas (Holmila, M. & Raitasalo, K. 2005). Este estudio se limita a interpretar las acciones de acuerdo a los roles femeninos pero no explica cómo se constituye para los varones el significado del consumo de drogas en relación a su identidad de género.

En otro trabajo de investigación (Ortiz y Cols., 2006) se utilizan los resultados del Sistema de Reporte de Información de Drogas haciendo un análisis de las tendencias de consumo entre hombres y mujeres de los casos captados entre 1999 y el 2004. Este estudio hace un análisis sociodemográfico y sólo concluyó que las diferencias se relacionan con "la baja autoestima y la diferente permisividad para el consumo que existe entre hombres y mujeres". Una vez no se problematiza esta diferencia de permisividad en las mujeres, ni cómo los significados de ser hombre o mujer, y de lo femenino y lo masculino, intervienen en el fenómeno del uso de sustancias tan frecuente en los varones.

Desde la sociología, Anderson (1998) sostiene la hipótesis de que el abuso de sustancias es resultado de un proceso de cambio de identidad buscado a través de la droga. Según el autor, este propósito se origina en relación con la marginación personal, un malestar en la identidad del consumidor, la pérdida de control en la definición de la identidad, marginación social, identificación con el grupo de la subcultura de consumidores, nivel económico, nivel educativo, y la cultura popular. Aunque este estudio representa un esfuerzo por comprender desde un nivel sociocultural el abuso de sustancias, parece ignorar que este es un problema predominantemente de varones y que, aunque hombres y mujeres pueden padecer estas condiciones micro-meso-

macrosociales, proporcionalmente son pocas las mujeres que desarrollan un patrón de consumo de sustancias[6] en comparación con los varones.

Uno de los estudios que intenta cubrir este hueco desde la perspectiva de género es el de Debbi Stanistreet de la Universidad de Liverpool. En un estudio de corte cualitativo, Stanistreet reconstruyó las biografías de 18 varones que fallecieron por problemas relacionados con el consumo de opiáceos. Los resultados dieron cuenta de cómo el intento por cumplir con un modelo tradicional de masculinidad llevó a los varones del estudio al abuso de sustancias (2005). Fuera de este trabajo no se han encontrado investigaciones que analicen el impacto de los modelos tradicionales de masculinidad en la decisión de abusar de las drogas.

Sin duda, los resultados de estos estudios permiten hacer palpables las diferencias de género en los volúmenes de consumo de drogas. Y que este fenómeno obedecen a diversos factores: las diferentes necesidades y motivaciones para el consumo de sustancias entre hombres y mujeres, la divergencia en las consecuencias sociales que experimenta cada sexo al consumir, y el hecho de que en diferentes ámbitos socioculturales le asignen un significado positivo al consumo en el varón pero un valor peyorativo al consumo en la mujer. Sin embargo, se carece de un entendimiento sobre el proceso psicosocial que incide en las diferencias de género presentes en las prácticas relacionadas con el abuso de sustancias. Sobre todo se necesita entender qué implica para los varones, por ser el sector en que predomina esta práctica, en la construcción de su género el consumo de drogas.

Esta problematización desde la perspectiva de género, me lleva a sintetizar el objetivo de esta investigación de la siguiente manera:

[6] Aunque la frecuencia de mujeres con problemas relacionados con el abuso de sustancias ha ido incrementando en los últimos años, como lo revelan los resultados preliminares de la Encuesta Nacional de Adicciones 2008.

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

¿Cómo se entretejen los diferentes mandatos de la construcción sociocultural de la masculinidad con el consumo de drogas en los varones?

OBJETIVO DEL ESTUDIO

Conocer el proceso por el cual se construyen y reproducen los significados de la masculinidad desde los varones que practican el consumo de drogas, y cómo ésta construcción se articula con la motivación para el consumo.

Estos dos elementos fueron los principales conductores de este estudio. Formular la pregunta de investigación en términos distintos a los de la causalidad positivista fue una labor

CAPITULO II

ESTUDIOS SOBRE LOS HOMBRES Y LAS MASCULINIDADES

EL SURGIMIENTO DE LOS ESTUDIOS DE LOS HOMBRES Y LAS MASCULINIDADES.

Estudiar a los hombres y la masculinidad surge del feminismo como proyecto complementario. Aunque los hombres ya eran el sujeto implícito en los reclamos del feminismo, estudiarlos como individuos que también están construidos socialmente a través de las normas culturales de género había sido un tema marginal. Las aspiraciones del feminismo en cuanto a cuestionar la supremacía social de los hombres, la arbitraria división sexual en todos los ámbitos de la vida cotidiana, y los significados de la feminidad han tenido un impacto relevante en la manera en que la sociedad está organizada y la forma en que hombres y mujeres se relacionan entre sí. Estas tareas tienen su origen en el feminismo, y tienen un impacto directo en los significados de la masculinidad, logrando con esto desplazar la exclusividad en los roles que históricamente habían sido asignados a los varones.

Estudiosos/as de la masculinidad (Kimmel, Hearn y Connell, 2005; Minello, 2002; Viveros, 2008) concuerdan que fue el feminismo el qué sentó las bases de lo que hoy es este campo tan prolífico y políticamente neurálgico de los estudios de los hombres y la masculinidad. El sociólogo Eloy Rivas expone que este campo de estudio tiene el propósito de conseguir la equidad entre los sexos (iniciativa surgida del feminismo) examinando las condiciones sociales de los varones desde una perspectiva crítica, y que los estudios de masculinidad son

> "herederos de las reflexiones teórico-políticas inauguradas por el feminismo y su crítica al papel que desempeñan los varones en la configuración y conservación de los sistemas de organización social que tienden a excluir a las mujeres de los beneficios económicos, políticos y simbólicos producidos socialmente (2008)".

Por su parte, Jane Pilcher e Imelda Whelehan afirman que los varones iniciaron el cuestionamiento de su lugar en la sociedad debido a que "había un reconocimiento de que todos los hombres al menos tenían el potencial de ser el opresor y tenían más oportunidades para el poder […]", y que estos "sintieron que el género oprime a todos los individuos y que los hombres necesitan liberarse de la masculinidad, tanto como las mujeres necesitan liberarse de la esclavitud del patriarcado" (2004). Michael Kaufman encuentra entre el poder que privilegia a los hombres y la opresión de ciertos grupos de hombres una contradicción que sirve como punto de partida para aceptar el feminismo y desafiar las formas dominantes de masculinidad (1994).

Dentro de las iniciativas para estudiar a los hombres y las masculinidades, Brod y Kaufman identificaron estudios de masculinidad que se han realizado dentro del ámbito académico organizando grupos de varones para tratar temas de la violencia de los hombres, apoyar la libertad de las mujeres sobre la elección del aborto, retar la homofobia y desarrollar una cultura afirmativa gay, así como promover iniciativas antisexistas en el sector escolar (Ídem). Por su parte, Mara Viveros explica que el propósito de los estudios de masculinidad es analizar las prácticas y representaciones de los varones desde sus especificidades de género, como parte de unas relaciones sociales que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación (2008).

Es así como los estudios sobre los hombres y las masculinidades tienen un compromiso político y académico con las mujeres y el feminismo. Al mismo tiempo, surgen de la necesidad de entender a los hombres como sujetos con género; es decir, como individuos que construyen su masculinidad a partir de su socialización con otros hombres y con las mujeres.

Como en todo campo de estudios, la proliferación de teorías y perspectivas epistemológicas para analizar a los varones y las masculinidades se ha diversificado. Durante la revisión del estado de la cuestión identifique al menos 3 corrientes que identifican como objeto a los varones vistos desde la perspectiva de género:

- Estudios de género de los hombres. Este conjunto de estudios surge de la iniciativa principalmente por investigadores e investigadoras en México, y se ha ido extendiendo

para abarcar investigadores del género de los hombres en Latinoamérica. Eloy Rivas explica que se prefiere este rotulo para denominar a los estudios sobre las condiciones de género de los sujetos que nacen con pene, los humanos machos a los que se les llama hombres o varones. El uso del término masculinidad se evita ya que se estaba "sustancializando", según Rivas, estaba asociado a los hombres aún cuando muchos de estos muestran modales que, en ciertas culturas se consideran femeninos pero en sus propias culturas se consideran masculinos. Los hombres, explica Rivas, tienen muchas maneras de expresar su género (2008).

- Estudios Críticos sobre los hombres. Es una propuesta del sociólogo Inglés Jeff Hearn, uno de los fundadores de esta corriente de los estudios sobre los hombres como sujetos con género. El concepto clave sobre el que se organizan los Estudios Críticos sobre los Hombres es el de poder, el poder que ostentan los hombres. Uno de los objetivos centrales de esta corriente de estudio es visibilizar que en la mayoría de las sociedades, sobre todo occidentales, los hombres son estructural e interpersonalmente dominantes en la mayoría de las esferas de la vida. Identificar las formas en que se expresan las relaciones de poder articuladas por el género. Hearn considera que el asunto del poder ha sido un tema ignorado por las ciencias sociales, siendo que es un aspecto significativo y penetrante en las relaciones, acciones y experiencias de los hombres (2004).
- Estudios sobre los hombres y las masculinidades. Aquellos estudios que no diferencian conceptual ni metodológicamente el concepto de varón del de masculinidad, abordan el poder sin considerarlo un tema central en el engeneramiento[7] de los hombres.

Me parece importante tener claras las distintas posturas con respecto al abordaje de los estudios sobre los hombres, ya que las propuestas teóricas-metodológicas enriquecen la visión sobre los estudios de género y el entendimiento sobre las experiencias de ser hombres. En este caso me interesa revelar tanto cómo se sostiene la hegemonía social e los hombres y como se constituye el género dentro de las dinámicas de poder entre los

[7] Engeneramiento es un término traducido del inglés *gendered*. Este se refiere al género como un proceso más que como un suceso. Esto se explicará en apartados posteriores.

sujetos. Así como deshacer el vínculo esencialista entre las categorías masculinidad y varón.

INVESTIGACIONES SOBRE LOS HOMBRES Y LAS MASCULINIDADES

En este apartado me interesa enlistar las temáticas comúnmente abordadas en los estudios sobre los hombres y las masculinidades. No pretendo hacer una revisión exhaustiva de los estudios sobre los hombres con perspectiva de género. Elegí los temas y abordajes que a mi criterio han tenido una presencia preponderante en este sub-campo de los estudios de género, y que urgen a visibilizar aspectos teóricos y políticos de la vida de los hombres como agentes con género. Además, tomé en cuenta las categorías con las que analice el discurso de los informantes y que se relacionan con temas atravesados por el género expresados por ellos mismos en su vida como consumidores de drogas.

HOMBRES Y VIOLENCIA DE GÉNERO

La violencia de género tiene un lugar predominante en la bibliografía sobre los varones y la masculinidad. Dado que la violencia de género ha sido la consecuencia más visible y catastrófica de la desigualdad entre hombres y mujeres, ha sido foco de atención desde los primeros estudios de género abordado desde las feministas. Un vasto material sobre la violencia como elemento asociado al género de los hombres fue encontrado en estudios empíricos y teorizaciones para comprender la violencia de los hombres (Seidler, 2008; Olivarría, 2001; Gutiérrez, 2008). Esta proliferación de estudios sobre la violencia de los hombres se relaciona con el hecho de que en la violencia encontramos la expresión más evidente de la condición de dominación y poder de los varones sobre las mujeres y ciertos grupos de hombres. El término con el que refiere a la violencia ejercida por los varones ha sido denominada violencia de género con el propósito exponer que está vinculada a la desigual distribución de poder y a las relaciones asimétricas que se establecen entre hombres y mujeres (CEPAL, 1996).

El interés por estudiar la violencia de los hombres a través de perspectiva de género, explica Juan Carlos Ramírez Rodríguez, obedece a que los hombres aparecen como los principales mandatarios y protagonistas de estas prácticas, y llevan a cabo las acciones más devastadores y sistemáticas de la violencia (Como es el caso de los feminicidios en Ciudad Juárez). En su análisis del estado de la cuestión sobre los estudios de los hombres y masculinidades Ramírez Rodríguez expone que las investigaciones sistemáticas sobre la violencia de género ha contribuido a la generación de un corpus de conocimiento ordenado sobre los tipos, la frecuencia y la prevalencia, los efectos y los espacios sociales donde se ejerce, los vínculos sociales de quienes intervienen en el fenómeno, las condiciones textuales que lo facilitan o frenan la expresión de la violencia como una práctica social legítima (2008).

Otro punto relevante para estudiar la violencia de género, es que esta encuentra en la masculinidad los elementos necesarios para su perpetuación (Flores, 2008). Es decir, la violencia suele ser la vía de legitimación para los varones, por lo que recurren y se les enseña a recurrir a ella para autoafirmarse como hombres. La violencia es un esfuerzo por preservar la hombría ante la imposibilidad de cumplir con las expectativas interiorizadas de masculinidad (Olavarría, 2001). La violencia no solo cumple la función de mantener la hegemonía de los hombres y de ciertas masculinidades, sino que representa un mecanismo de conformación de la identidad masculina. Formas de violencia como la misoginia y la homofobia implícitas y explicitas en muchos mandatos de masculinidad sirven como discurso sobre la construcción de sí mismo al discriminar y subordinar a las mujeres y los homosexuales (Tjeder, 2008; Kimmel, 1997).

Muchos de los estudios sobre violencia de los hombres han surgido a través del análisis investigar grupos en los que se trabaja con varones que han agredido a sus parejas y que se someten al proceso de interrumpir este tipo de conductas (Garda, 2008; Corsi, 1998).

En síntesis, estudiar la violencia ejercida desde los hombres tiene el propósito de denunciar y a la vez explicar cómo esta ha sido una forma de mantener el poder y dominación de los hombres de la estructura social, y sirve como mecanismo constitutivo de la identidad masculina.

HOMBRES Y TRABAJO

Otro tema en el estudio de los hombres como sujetos genéricos es el relacionado con el trabajo. Esto obedece a la importancia que mantiene el papel de proveedor como referente de masculinidad (Salguero, 2009), y las profundas transformaciones que ha sufrido este rol desde las condiciones laborales desde la revolución industrial y sobre todo durante el último siglo. Este tema interesa debido a que trabajo y varones había sido binomio que venía dando sustento al patriarcado a lo largo de la historia, al ser el trabajo remunerado una actividad que solo estaba vinculado a la vida de los hombres. Mabel Burin explica que la inclusión de las mujeres en la vida económica, pasando de un rol meramente reproductivo al productivo al entrar a las filas del empleo, significó un cambio radical en una sociedad donde el trabajo era un terreno de y para los hombres (2009). Hay que sumar a ello los problemas de desempleo y desocupación que predomina actualmente en muchas partes del mundo, lo que complica aún más la permanencia de los hombres en sus empleos y desgasta sus condiciones laborales. Aunque el éxito económico sigue siendo un valor de la masculinidad, actualmente las posibilidades de alcanzarlo se complica bajo el impacto de la economía globalizada que convierte la fuente de trabajo en un elemento incierto en la vida de los varones (Nava, 2009). Este cambio en las condiciones laborales ocasionaron "una puesta en crisis del rol de género masculino como proveedor económico que se ha producido, por una parte, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo y trabajo tradicionales y, por otra, por las profundas transformaciones en la clásica familia nuclear" (Burin, ídem). Así, el lugar del hombre en la sociedad moderna ya no deriva de su lugar en la estructura social, antigua fuente de poder, sino de su posibilidad de hacer frente a las nuevas condiciones laborales donde ser hombre no es garantía para la obtención de un empleo.

Este tema de análisis en los estudios de género de los hombres interesa también porque el trabajo tiene un profundo impacto en las identidades masculinas al estar vinculado con el uso rudo cuerpo y la imagen tradicional de hombre musculoso y de fuerza superior. Mientras al varón se le considere la principal fuente de manutención y proveeduría de otros, el trabajo estará asociado a la construcción de su género y su status como sujeto social.

LA SEXUALIDAD DE LOS HOMBRES

Esta esfera de la vida social está asociada con el ejercicio de la sexualidad, el erotismo, y el uso reproductivo del cuerpo de los varones. Agrupo aquí los estudios que abarcan los patrones de la práctica sexual (masturbación, coito, y la diversidad sexual), las relaciones de pareja, y la paternidad. Como aclare al inicio, no pretendo ser exhaustivo con la presentación y análisis de cada tema, sólo presentar un esbozo de los temas abordados en esta área de los estudios sobre los hombres y las masculinidades.

Iniciemos con las cuestiones relacionadas con la práctica sexual asociada a la identidad de género. Este tema ha sido foco de atención principalmente por las organizaciones de salud, debido a que han encontrado que los significados tradicionales sobre ser hombre conducen a prácticas que provocan la propagación de enfermedades, el escaso uso de los servicios médicos por partes de los varones debido a prejuicios de género, una nula conciencia de fertilidad que conlleva a la falta de planificación familiar, y la violencia de género. Aunque resulte una obviedad, hay que hacer notar que estas prácticas no solo ponen en riesgo la salud de los hombres, sino de las mujeres, parejas sexuales de estos hombres (Lundgren, 2000). También este tema ha sido explorado para reconocer cuales son los procesos de engeneramiento involucrados en el uso de cuerpo con fines sexuales. Primeramente las relaciones sexuales se han convertido en uno de los rituales de paso más difundido entre los varones para consumar su hombría. Como revisaremos en el apartado sobre la constitución sobre la masculinidad, el ámbito sexual

es un escenario donde los varones se prueban a sí mismos y a los demás su condición de varones heterosexuales.

Otra razón por la que la sexualidad de los hombres ha adquirido importancia, es debido al creciente reclamo de ciertos grupos por validar su preferencia sexual. Estos activistas han puesto sobre la mesa temas sobre la naturaleza del deseo sexual, cuestionando la heteronormatividad y el ideal de la familia nuclear.

CAPÍTULO III

MARCO TEÓRICO

Este capítulo comprende el desarrollo de los elementos teórico-conceptuales que guían la mirada con la que se abordó el estudio del consumo de drogas. La constitución de la identidad masculina o la masculinización de los hombres es el interés con el que iniciamos este trabajo. Para explicarme el proceso en que los hombres llegan a ser masculinos, que prácticas y discursos despliegan los varones para reclamar esa categoría unificada, natural y esencial que llamamos hombres, así como la exposición de los argumentos que intentan desbaratar estas determinaciones. Se presenta también una serie de argumentaciones sobre cómo el concepto de masculinidad ha venido teorizándose para desatarlo de la categoría hombres. Este capítulo se ha elaborado con el propósito de construir un marco de referencia para explicar cómo el género participa en la construcción de la identidad de los sujetos.

LA DISTINCIÓN SEXO/GÉNERO

Las dos categorías sexuales denominados en las ciencias naturales macho y hembra, han sido adoptadas para categorizar a los seres humanos. Esta adaptación por las ciencias sociales de los contenidos de las ciencias naturales ha llegado al punto de equiparar los patrones de reproducción y socialización de los humanos a los del resto de los animales. Las implicaciones de la apropiación de las premisas de las ciencias naturales para explicar lo social han promovido que se interpreten las conductas de los individuos y las formas de organización social como resultados de un "instinto natural" que emerge del sistema corporal (Hird, 2004).

Inicialmente los estudios de género han intentado teorizar sobre la distinción sexo /género (Lamas, 1996) con el propósito de establecer que existe un ámbito humano que es determinado por la biología y que es de carácter fijo: el sexo, y otra dimensión de los

sujetos que varía de acuerdo al contexto histórico y cultural: el género. Así, hay dos sexos: hombres y mujeres, y formas de lo femenino y lo masculino hay muchas.

Me parece importante desarrollar aquí el debate sobre la distinción sexo/género que ha servido de base para los estudios de género. La utilización del concepto de género ha permitido observar el proceso por el cual se significan los cuerpos de una manera diferenciada y jerarquizada. Esta significación diferenciada se invoca tomando de base las particularidades biológicas de hombres y mujeres. Pilcher y Welehan explican que el concepto de género se desarrolló como "una categoría analítica para trazar una demarcación entre las diferencias sexuales y la forma en que estas son usadas para informar sobre las conductas y competencias, las cuales han sido asignadas como o 'masculinas' o 'femeninas' (2004, p. 22)". El propósito histórico de utilizar el concepto de género es dar cuenta de la arbitrariedad con que se organiza socialmente a hombres y mujeres formando dos clases de sujetos que supuestamente cuentan con distintas capacidades; así como hacer evidente la posición devaluada en la que han sido colocadas las mujeres en relación a los varones. Se ha utilizado al género, además, para deconstruir los argumentos biologicistas que explican la naturaleza de la relación entre los sexos y los roles de género. Precisamente el mecanismo para demarcar lo natural de lo cultural es distinguir el género del sexo. Una premisa resultado de esta distinción, es que el género no es ni el resultado causal del sexo ni está aparentemente fijado por el sexo (Butler, 1990: p. 6). En síntesis, los estudios de género buscan impugnar la premisa cuestionada por Simone de Beauvoir "biología es destino".

El género es una categoría analítica que explica ciertas condiciones socioculturales de los sujetos; y una herramienta política que pretende equilibrar el poder entre los individuos de distintos sexos. La categoría género

> "…se inscribe en el intento de explicar a lo largo de la historia y de las diferentes culturas, las diferencias jerárquicas entre varones y mujeres, así como sus espacios y procesos de construcción, reproducción y transformación. Como categoría política por excelencia, incide en el

cuestionamiento de saberes tradicionales, de la neutralidad del conocimiento y sobre la universalidad de la verdad (Barquet, 2002, p. 22)".

Es precisamente en su función deconstructiva que el "género" consiguió deshacer las lógicas esencialistas que venían generando la idea de que las condiciones de vida de las mujeres y los hombres eran inmutables y que las cualidades de hombres y mujeres eran mutuamente excluyente.

Robert Connell explica que "en los procesos de género, la vida cotidiana está organizada en torno al escenario reproductivo, definido por las estructuras corporales y por los procesos de reproducción humana. Este escenario incluye el despertar sexual y la relación sexual, el parto y el cuidado del niño, las diferencias y similitudes sexuales corporales (1997)". Connell, al igual que el feminismo, no niega las diferencias biológicas. Lo que cuestiona es que de manera arbitraria estas diferencias se utilicen para justificar la condición de subordinación en el que la mayoría de las mujeres se encuentran frente a los hombres. Incluso se debate si se utiliza una visión androcéntrica para interpretar las características biológicas como "diferencias entre los sexos", en vez de interpretarse como diferencias entre la generalidad de los seres humanos, independientemente del sexo (Hird, 2004).

Es importante señalar que la categoría género es un concepto impulsado por el feminismo. El movimiento feminista introdujo el género como elemento para analizar la sociedad, y con esto hizo visibles la inestabilidad de las nociones de lo femenino asignadas a las mujeres, y otras consideradas masculinas asignadas a los hombres. A partir del feminismo se empezaron a cuestionar la legitimidad de estas tradiciones y a develar los problemas y detrimentos para las mujeres que traía consigo la posición social dominante de los varones. Con el avance del feminismo como movimiento político y como corriente del pensamiento, llegó a los escenarios académicos y políticos el *tipo ideal* de género. Concebir el género "como el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de hombres y mujeres, mediado por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas" (Lamas,

1996), permitió cuestionar la supuesta naturaleza inmutable de los roles asignados a hombres y mujeres en base a las supuestos atributos biológicos innatos. A partir de la introducción de la perspectiva de género en todos los ámbitos de la vida social inició un proceso de transformación en los usos y costumbres que venían normalizando el patriarcado como forma natural e inevitable de organizar las relaciones entre hombres y mujeres en todos los ámbitos de la vida social.

El feminismo también reclamó una necesaria transición hacia la equidad entre hombre y mujeres, proyecto aún inacabado. Equidad como lo expresan Jane Pilcher e Imelda Whelehan, en el sentido de

> "[…] vivir en un mundo donde las mujeres tienen el mismo acceso al poder y la autonomía que todos los hombres tienen por la virtud de ser hombres […] romper con la tradición binaria del género que sugiere que las mujeres son incapaces de ciertas tareas o de ocupar ciertas posiciones de responsabilidad debido a su sexo" (2004).

Sin duda las condiciones sociales y tecnológicas de la vida moderna ayudaron a adoptar una concepción distinta del cuerpo, la cual se venía tomando de base para el imponer el orden social. Los límites del cuerpo, y las limitaciones impuestas a los cuerpos de las mujeres, y sus capacidades se extendieron gracias a la aparición de numerosas innovaciones tecnológicas que podemos considerar productos culturales. Aunque no sucede en la práctica, las mujeres al igual como lo hacen los hombres podrían hoy transportar cosas pesadas con solo presionar un botón o mover una palanca, como en el uso del principio de la grúa en muchos artefactos. La fuerza física, cualidad física de los cuerpos machos, dejó de ser indispensable en casi todas las ocupaciones para la asignación de labores; las supuestas diferencias físicas están siendo cubiertas por la tecnología (Haraway, 1995) La división del trabajo por sexos que negaba el acceso a las mujeres a ciertas actividades productivas persiste, pero ya no se explica simplemente por los atributos corporales femeninos.

Aunque la distinción sexo/género sirvió como andamio en el entendimiento y denuncia del orden social desigual que priva entre hombres y mujeres, se ha venido gestando también una crítica hacia esta distinción. Rodrigo Parrini en su lectura sobre el trabajo de Judith Butler, encuentra en la autora un intento por disolver esta distinción al explicar que

> "…si bien el sexo no es destino, tampoco es causalidad…se debe abandonar la idea de que existe un antes y un después…como si se afirmara: primero fue el sexo y luego el género, que vino a llenar de significados la anatomía objetivamente dispuesta, suponiendo una relación inmediata (y en cierta medida ingenua) entre las cosas del sexo y las palabras del género." (2007, págs. 39).

En la medida que se considere el sexo como la parte material, seguirá sosteniéndose que las diferencias sexuales son a priori a los individuos, y construcción de la equidad de género quedará entrampada en la determinación biológica.

Desde las primeras teorizaciones sobre la distinción sexo/género, la materialidad del cuerpo se tornó evidencia para sostener que hay una diferencia fundamental en la corporalidad de cada sexo. Sin embargo, incluso el sexo y las diferencias sexuales han sido interpretados de distintas maneras a lo largo de la historia. Además, las discusiones se han centrado en las diferencias entre los sexos, dejando de lado sus similitudes. El punto de referencia por excelencia para clasificar a un sujeto, los genitales, no siempre estuvieron agrupados en dos categorías. Previo al periodo de la Ilustración, se pensaba en la existencia de un solo sexo el cual estaba dispuesto topográficamente distinto según fuera hombre o mujer. Se concebía una equivalencia entre el pene y la vagina, los labios y el prepucio, el útero y el escroto, ovarios y testículos, desarrollándose estos términos solo a partir de la invención del modelo de dos sexos (Hird, 2004). La invención de este dualismo sexual ha servido históricamente en la construcción de la diferencia cualitativa y jerárquica entre los sexos, la división sexual del trabajo, y la justificación de la exclusión de la mujer en la toma de decisiones dentro de una sociedad. Si se logra establecer que el

sexo es una construcción histórica y cultural al igual que el género, podemos apoyar la afirmación de que jamás hubo una distinción entre sexo y género como tal (2007).

Aún no está dicho todo con respecto al sexo y al género. Por ahora afirmaré que gracias al impulso de esta distinción la perspectiva de género ha sido incorporada en la mirada de los sujetos, cada vez son más las personas que avizoran la necesidad de eliminar la brecha de poder entre los géneros y reconocen las desventajas sociales de considerar a las mujeres como una clase inferior de sujetos.

¿QUÉ ES UN HOMBRE O QUE SON LOS HOMBRES?

LOS DOS SEXOS

Otro elemento que se ha impugnado desde los estudios de género, es si las categorías sexuales se reducen a la presencia de dos. Anne Fausto-Sterling ha propuesto la existencia de por lo menos 5 sexos (1993). En su artículo Fausto-Sterling argumentado que el sistema de dos sexos integrado en nuestra sociedad no abarca el amplio espectro de la sexualidad humana. Aquellos sujetos que nacen con genitales, hormonas y cromosomas mezclados en un cuerpo de manera tal que no existe una definición clara (en términos médicos) sobre el sexo del individuo. Tal es el caso del hermafroditismo, pseudohermafroditismo femenino y pseudohermafroditismo masculino. Fausto-Sterling plantea que el sexo y el género deberían ser conceptualizados como puntos en un espacio multidimensional, en lugar de colocarlos como puntos en una línea continua con las mujeres y hombres, y femineidad y masculinidad en los extremos (2000; p. 22). En este caso, hombre sería un tipo de existencia sexual particular entre otros más. Comúnmente se recurre a la biología para definir lo que es un hombre: sujeto poseedor de pene y testículos, predomina la testosterona. Así, el reconocimiento del sexo se encuentra anclado en su categorización de la identidad a partir del reconocimiento de los genitales. La propuesta de Fausto-Sterling es que los atributos físicos no deberían tener el estatus primario para la constitución del sujeto.

Me parece importante retomar este debate para replantear el concepto de hombre dentro del sistema binario sexual ideal que contempla solo dos categorías: hombre y mujer. Sobre todo cuando las definiciones presentadas muchas veces excluyen la amplia variedad de experiencias genéricas, por lo que muchas personas no se sienten representadas en esas definiciones. Parafraseando a Judith Butler (2007) cuando dice que "las nociones de feminidad y mujer, las nociones masculinidad y hombre han perdido estabilidad y cada vez son más difusas".

El concepto de hombre que utilizaré provisionalmente aquí es el de Jeff Hearn quien nos dice que "… los hombres son tanto una categoría social formada por el sistema de género y un agente individual y colectivo, comúnmente agente dominante, de prácticas sociales (Hearn, 2004; p. 42)". Esto permite concebir al varón como una construcción social donde los atributos biológicos pasan a segundo término.

CUERPO Y VARONES.

A lo largo del texto se hace referencia al cuerpo. Es importante introducir algunas reflexiones sobre él y no dar por sentado lo que implica su enunciación. El cuerpo ha sido abordado como objeto de estudio y reflexión a partir de su pérdida como elemento estable para la constitución de la identidad.

Para exponer este punto tenemos el trabajo de Rosalind Gill y sus colaboradores. Este grupo utiliza las reflexiones sobre el cuerpo hechas por el sociólogo Anthony Giddens para hablar sobre la masculinidad como proyecto corporal. Giddens argumenta que la disolución de la tradición en la modernidad alta o tardía ha sido acompañada por una "inestabilidad ontológica" y una preocupación reflexiva por el cuerpo y la identidad. El autoconcepto ya no deviene automáticamente por nuestra posición en la estructura social, y en su lugar intentamos aterrizar nuestra identidad en el cuerpo, como individuos nos hemos quedado solos para establecer y mantener los valores con los cuales vivir y dar sentido a nuestra vida cotidiana. Así, en la modernidad tardía nos hemos vueltos responsables por el diseño de nuestros cuerpos (Giddens en Gill y Cols., 2005). Si

utilizamos estas afirmaciones de Giddens para analizar la identidad de género, entendemos que esta ya no se produce automáticamente de acuerdo al lugar que uno ocupa como hombre dentro de la sociedad (ya no existe esa certeza). Aunque existe un esfuerzo por perpetuar las posiciones tradicionales para los hombres, sobre todo aquellas que le confieren poder, cada vez son menos los espacios donde los hombres ocupan una presencia exclusiva. Si antes las prácticas y los espacios estaban divididos en torno al sexo, la creciente participación de las mujeres en todos los ámbitos de la vida ha generado que la mera presencia de un hombre en un escenario (una cantina o un campo de fútbol, por ejemplo) no sea suficiente para que una identidad de género tenga inteligibilidad.

Con el desarrollo de nuevas tecnologías que actúan sobre el cuerpo se ha conseguido hacerlo maleable y perdurable. Temas como la clonación, los trasplantes de órganos, las cirugías estéticas y reconstructivas, la reproducción asistida, los métodos anticonceptivos, la reasignación de sexo y las terapias hormonales, y muchos otros dispositivos tecnológicos y biotecnológicos han transformado la percepción del cuerpo pasando de ser una entidad fija e invariable, a una forma plástica, un territorio de disputa política, y un objeto de consumo y que consume. (Turner, 2006). Todas estas posibilidades (algunas solo disponibles para ciertos sectores de la sociedad) hacen que la expresión “el cuerpo hace las cosas para lo que está hecho”, se convierta en una limitación que expresa los valores interiorizados de las normas culturales, más que las posibilidades reales del cuerpo.

Todos estos avances tecnológicos no solo permiten que el cuerpo sea observado como maleable, sino como inacabado o incompleto. Esto permite hablar de “proyectos corporales”, que en la noción de las sociedades occidentales prósperas implica que se tiene que trabajar en los cuerpos transformándolos y mejorándolos como parte de la identidad individual (Gill y Cols., 2005). Esto implica grandes inversiones de tiempo, dinero y esfuerzo por concretar un cuerpo (por lo menos en su superficie) que permita a los sujetos constituirse como personas completas usando el cuerpo como medio para la expresión de la identidad.

Todo lo anterior tiene un impacto directo en la vida de los varones. Al analizar la construcción y la expresión de la masculinidad a través del cuerpo se han discutido el aspecto estético (forma y características visuales) y los aspectos funcionales (fuerza, resistencia, capacidad) de los cuerpos musculosos de los varones como símbolos de esa masculinidad. Reconociendo que durante el siglo XX, los aspectos estéticos gradualmente han ido ganado importancia conforme los avances tecnológicos reducen la significancia del aspecto funcional de la fuerza muscular en la producción industrial y bélica (Wickman, 2003). Estos cambios en la representación del cuerpo masculino han conducido a los varones a hacer énfasis en una performatividad de la masculinidad asociado a la apariencia[8], esforzándose por utilizar el cuerpo como el principal vehículo para expresar la hombría.

MASCULINIDAD: EL RETO DE DESARROLLAR UN CONCEPTO

Para explicar el concepto de masculinidad, me interesa descentrarla del cuerpo de los varones; reconociendo al mismo tiempo que la masculinidad es un conjunto de atributos que históricamente han sido asociados a, e inscritos socialmente en los cuerpos con pene y testículos. Con descentrar la masculinidad del cuerpo intento reconocer que hay masculinidades que se experimentan desde otras constituciones sexuales ajenas a la categoría denominada "hombres" o "varones".

Hasta antes de los estudios de género el término masculinidad era referido en las ciencias sociales como sinónimo de varón. "Hombre" y "masculinidad" son construidos como categorías de análisis dentro de la reyerta académica (Ramírez y Uribe, 2008;), y existe una disputa respecto sus significación y por su representación legitima (Bourdieu en Núñez, 2007). Hay que reconocer que los estudios de género no redefinieron por sí misma el concepto de masculinidad imperante, con independencia de los procesos históricos.

[8] Aunque en el escenario sexual aún se hace énfasis en el aspecto funcional del cuerpo de los varones.

Más bien fue la articulación de una serie de eventos que condujeron a nuevos movimientos sociales, tanto civiles como académicos. Sucesos como la inclusión de las mujeres en campos designados tradicionalmente a los hombres y otros logros del feminismo, la adopción por parte de los hombres de conductas, valores y hábitos antes considerados esenciales a todas las mujeres, la despatologización y paulatina aceptación de la homosexualidad, y la aparición en la vida pública de sujetos transgénero, son algunos de esos procesos históricos; algunos muy recientes. Circunstancias como estas indujeron a una reconsideración de término masculinidad (así como el de feminidad) y actualmente es referido como un concepto que alude a procesos en lugar de atributos inmanentes en los cuerpos de los varones (Núñez, ídem).

Aún así, algunos teóricos del género contemplan la entidad varón-masculinidad como un binomio inseparable. Por poner un ejemplo, una definición encontrada en "50 Conceptos Claves en los Estudios de Género" presenta la masculinidad como un conjunto de prácticas sociales y representaciones culturales asociados con el ser hombre (Pilcher y Whelehan; 2004, p. 82). Así también, Aguirre y Guell (2002) explican que la masculinidad "es un imperativo pronunciado en forma de mandatos que deben seguirse en los distintos ámbitos de la vida cotidiana y que se imponen a los [varones] –en tanto personas de sexo masculino- con la fuerza de lo natural y con la tensión del deber ser". Incluso algunos estudiosos de la masculinidad han definido este campo bajo las premisas de la masculinidad como esencia de los hombres, llegando presentarlos como los estudios sobre qué significa ser "un hombre", sobre cómo se llega a serlo y sobre lo que hay que hacer para seguir siéndolo (Vendrell Ferré, 2002. p. 38).

Por su parte, Nelson Minello discute distintas concepciones de masculinidad (Alatorre y Minello, en Minello, 2002) que ha recolectado en su revisión de bibliografía sobre el tema, condensadas de la siguiente manera: i) un atributo personal que los distintos hombres poseen en distintas magnitudes; ii) un rasgo de personalidad, que puede ser más o menos permanente en cada individuo; iii) una esencia inscrita en la naturaleza de los varones; iv) un papel en la organización social (protector, proveedor, etc.); v) todo lo que hacen o piensan los hombres; todo aquello que hagan o piensen *en función de ser*

hombres; vi) lo que hacen o dicen algunos varones, considerados paradigmáticos; vii) entenderlas dentro de las relaciones femenino-masculinas, es decir el género. Minello sugiere esta última opción como el eje de análisis más fecundo para entender la construcción de la masculinidad, es decir, "… un conocimiento profundo de la masculinidad y la feminidad […] permite tener una comprensión de la totalidad social" (p. 16). La propuesta de Minello nos confirma que la masculinidad es un concepto polisémico, que además solo se entiende en función de la categoría de lo femenino. Después de todo, el mundo sigue dividiéndose en lo masculino y lo femenino para establecer un orden social. La otredad siempre se incorpora en las gestiones de la identidad propia. Además, en las diferentes investigaciones que han abordado el tema de la masculinidad de manera empírica se ha encontrado representaciones de lo masculino que se adscriben a algunas de las líneas conceptuales condensadas por Minello. Esto nos dice que en la vida cotidiana los sujetos predomina la interpretación de la experiencia masculina como esencialmente de hombres.

La propuesta de Minello sirvió de base para incluir la representación de las mujeres "adictas" que tenían los varones que participaron en este estudio. Además, algunas de las formas con que se concibe la masculinidad agrupadas en su trabajo fueron referidas por los distintos participantes de este estudio.

En su trabajo, Seth Mirsky ha criticado la posición epistemológica de los estudios sobre los hombres por utilizar la categoría analítica masculinidad como extensiva de la categoría analítica de hombre, lo que ha implicado que se entienda a los hombres, en lo individual y en lo colectivo, como sujetos que expresan algún tipo de masculinidad, hegemónica o de cualquier tipo (1996). Esto ha conducido a que se reconsidere la masculinidad como el concepto clave al estudiar a los hombres, ya que esta postura replica un discurso en el cual la masculinidad le es esencial y natural ~~a los hombres~~. Hay incluso quien critica los estudios sobre los hombres por utilizar en sus trabajos epistemologías de las ciencias naturales superpuestas con aquellas de los estudios de la

cultura (Roussel y Downs, 2007), es decir, convirtiendo la masculinidad en esencia de los hombres.

Aunque tanto en la vida cotidiana como en el ámbito académico se recurre a la masculinidad como concepto de referencia para definir cómo debe ser un hombre, las teorizaciones sobre la distinción sexo/género en los estudios de género y el movimiento feminista han intentando desligar los vínculos que atan la feminidad a las mujeres y, por consecuencia, la masculinidad a los hombres. Deshacer este lazo ha sido el proyecto fundamental en los estudios de género, en culturas donde lo masculino se valora más que lo femenino y donde las mujeres están subordinadas a los hombres, este proyecto es políticamente prioritario.

En pos de este propósito, se han dado pasos relevantes en el estudio de las masculinidades. Uno se da a partir de estudios donde se investiga la masculinidad mostrada por mujeres y lo que se le ha llegado a abordar como una masculinidad sin hombres (Halberstam, 1998; Lacombe, 2008; Wickman, 2003). Identificar las masculinidades construidas desde las mujeres permite teorizar de una manera congruente este proyecto de desvincular la biología del género, o por lo menos descentrar el sexo como origen único del género. Es decir, desechar las variaciones sexuales como teleología de las condiciones sociales y psicológicas de los hombres y las mujeres. Además de ser teóricamente más productivo, lo es también políticamente al brindar la posibilidad de abrir campos de acción y representación antes negados a hombres y mujeres.

También desde la teoría queer, Robert Heasley ha teorizado sobre las masculinidades en un intento, inconsistente por cierto, por deshacer el binomio varón=masculinidad al exponer lo que llama *masculinidades queer*. Heasley desarrolla una tipología de masculinidades que desde su experiencia perturba o tienen el potencial de perturbar (de manera deliberada o inconsciente) las imágenes tradicionales de la masculinidad heterosexual. Los hombres heterosexuales queer son sujetos que no están conformes con las expectativas impuestas para su sexo. Heasley hace un esfuerzo por conceptualizar las experiencias de hombres, se reconozcan como heterosexuales o no, que no encajan

dentro de la experiencia de lo masculino. Sin embargo, en este esfuerzo Heasley mantiene intacto el vinculo varon=masculinidad. Persiste en presentar la masculinidad como algo inherente a los hombres, pero ampliando el paradigma tradicional para concebir lo masculino (2005). Es importante apuntar que Heasley agrega solo una tipología más a las formas de ser masculinos "en los hombres". No son hombres femeninos o anti-masculinos, sino masculinidades queer. Aunque intenta legitimar experiencias de ser hombre que suelen ser marginadas o subordinadas, mantiene la premisa de lo masculino anclado en el cuerpo de los hombres.

En otro tema de estudio relacionado con las masculinidades tenemos la teorización sobre los hombres transgénero. Sujetos que con características sexuales femeninas que optaron por adscribir su identidad al género distinto de su cuerpo sexuado, pasando de mujeres a hombres, en algunos casos modificando su estructura biológica de manera quirúrgica, mediante tecnologías de reasignación de sexo (Wickman, 2003). Estas personas construyeron una identidad masculina desplazando al cuerpo como locus del género, adoptando "lo masculino" para inscribirlo en sus cuerpos biológicamente femeninos. Con esto, la masculinidad se convierte en acto performativo (Butler, 1990), y no en una esencia de los hombres. La experiencia transgénero nos revela lo maleable del sexo, y exhibe como lo material del sexo está sujeto a las mismas premisas con las que se entiende el género. Es decir, el sexo como un discurso y no como materialidad persistente a través del tiempo y del espacio.

Estas aportaciones nos obligan a buscar y desarrollar nuevas definiciones del concepto de masculinidad que estén más acorde a las experiencias genéricas de los sujetos que no encuentran representación en las definiciones tradicionales de masculinidad.

Aunque para fines de este estudio se tienen por objeto a varones, es importante señalar que estos no son operantes exclusivos de lo masculino. Por poner algunos ejemplos de conceptos más útiles, tenemos la definición de masculinidad de R.W. Connell, sociólogo australiano (quien cambio de género y ahora llama Raewyn Connell) quien ha hecho aportaciones significativas a los estudios de los hombres y las masculinidades. Para

Connell, la masculinidad "[…] es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en a cultura (p. 5, 1997)". Connell nos explica que la "masculinidad no es una entidad fija arraigada en el cuerpo o personalidad de los individuos. Las masculinidades son configuraciones de prácticas que se efectúan en acciones sociales y, por lo tanto, pueden diferir según las relaciones de género en un contexto social en particular". Además, la masculinidad "está definida como una configuración de prácticas organizadas en base a la estructura de las relaciones género (Connell y Messerschmidt, 2005)." Tenemos entonces que la masculinidad es un elemento más o menos plástico de la identidad y que las caracterizaciones de lo masculino que se tienen en cada periodo histórico y contexto cultural depende de cómo se represente lo femenino.

El sociólogo mexicano Guillermo Núñez, por su parte, nos dice que "[…] la 'masculinidad' y lo 'masculino' no son esencia de las cosas o las personas, sino maneras de significar objetos, cualidades, cuerpos, acciones, subjetividades, relaciones [...] (p. 63, 2007)". Connell y Nuñez nos invitan a reconocer la masculinidad como un repertorio de cualidades experimentadas tanto por hombres como mujeres. Es un elemento que paulatinamente ha ido perdiendo la propiedad exclusiva de los varones.

Comparto el interés de Guillermo Núñez cuando asevera que los estudios de las masculinidades resultan muy interesantes porque intentan dilucidar la manera en que se negocian, se asignan o se disputan los significados de género en particulares comunidades de sentido y en ciertos contextos (Id., p. 63). En este caso mi interés es conocer cómo se negocian, se asignan o disputan los significados de masculinidad en el mundo del consumo de drogas entre varones. Conocer el proceso por el cual la práctica del consumo de drogas engenera a los consumidores. En un objetivo congruente con la postura antes expuesta, sería conocer cómo se construye la masculinidad *desde* los varones, y particularmente desde los varones que consumen drogas.

Connell, nos presenta una concepción relacional de la masculinidad que se constituye en torno a su diferenciación de la feminidad. Aquí tanto lo masculino y lo femenino son posiciones que pueden ser adoptados tanto por hombres y como por mujeres, posiciones que generan una subjetividad diferenciada. Al referirse a adoptar, no es tanto en el sentido de que los hombres estilicen el cuerpo para producir una experiencia femenina, o la masculinización por parte de las mujeres, sino de la representación mental que tienen los varones de lo que se considera femenino para suprimirlo de sus prácticas y discursos. Los sujetos siempre se construyen mediante prácticas excluyentes (Butler, 2007), pero para esto se tendrá que tener presente lo que hay que excluir.

LAS MASCULINIDAD*ES*

Raewyn Connell también formula que no todas las masculinidades son iguales. Cada cultura cuenta con un modelo de masculinidad predominante o ideal, que Connell denomina modelo hegemónico de la masculinidad o masculinidad hegemónica (2005). Este modelo se convierte en norma para ciertas culturas, norma que se impone en la socialización cotidiana de los varones. La aportación de Connell y su concepto de masculinidad hegemónica es útil para desnaturalizar la masculinidad, e identificar el esfuerzo normativo por encasillar a los hombres en una categoría homogénea. Connell explica que la masculinidad hegemónica no es aquella masculinidad normal en el sentido estadístico (solo una porción minoritaria puede llegar a representarla) sino que es aquella masculinidad que encarna las formas más honorables de ser hombre. Se requiere que el resto de los varones se posicionen en relación a ella, y requiere de una subordinación global de las mujeres a los hombres, legitimada ideológicamente. Además, siempre existirá una lucha por la hegemonía, nuevas formas de lo masculino desplazaran las viejas (2005, p. 852).

La masculinidad como experiencia genérica se intercepta con otras condiciones sociales como la clase, la etnia, la etapa generacional, entre otros elementos socioculturales que complejizan la forma de experimentar lo masculino. Connell matiza al

desarrollar una tipología de masculinidades: masculinidades cómplices, subordinadas y marginadas. Las *masculinidades cómplices* incluyen a aquellos varones que participan de los privilegios que les otorga el patriarcado sin incurrir activamente en la violencia o subordinación que otros ejercen como consecuencia de su homofobia y misoginia. Las *masculinidades subordinadas* se refieren a aquellas formas de masculinidad excluidas y oprimidas de muchas maneras; aquí entran algunos varones que por ser queer (Heasley, 2005) o por su preferencia homosexual son golpeados a encarcelados, o se les impide la participación en diferentes ámbitos. El tipo *masculinidades marginadas* las utiliza Connell para referirse a aquellas formas de masculinidad que debido a la raza o la clase social están supeditadas a un ideal masculino blanco de clase adinerada (1997).

Con esta tipología, Connell nos expone que es posible pensar que no todos los hombres son iguales aunque, generalmente y en distintos grados y formas, gocen del poder que les brinda el patriarcado. La importancia de la propuesta de Connell es hacer visible la complejidad con la que se vive la identidad masculina, y como se intercepta con otras condiciones sociales que se deben tomar en cuenta al momento de estudiar la masculinidad y a los hombres. Sin duda la clasificación es útil para reconsiderar como se experimenta la masculinidad desde los distintos puntos de la esfera social. Sin embargo, Connell nos presenta una masculinidad anclada en los hombres, sin incluir a los tipos de masculinidad desplegados por mujeres y los hombres transgénero, experiencias genéricas que tal vez podrían entrar dentro de las masculinidades marginadas que subvierten la naturaleza.

LO MASCULINO

Si seguimos a Núñez cuando nos dice que la masculinidad y lo masculino son maneras de significar objetos, cualidades, cuerpos, acciones, subjetividades, relaciones; habría que preguntarnos ¿qué objetos, cuerpos, acciones, subjetividades y relaciones han sido construidos socialmente como masculinos? Este apartado es una recopilación de teorizaciones y material empírico sobre lo que se considera masculino en diferentes desde diferentes campos y actores.

EL PODER Y SU DIFERENTES EXPRESIONES EN LA MASCULINIDAD

Michael Kaufman (1994) asevera que el concepto de poder es el término clave a la hora de referirse a masculinidad hegemónica. Asegura que el rasgo común de las formas dominantes de la masculinidad contemporánea es que se equipara el hecho de ser hombre con tener algún tipo de poder. Los hombres hemos llegado a ver el poder como una posibilidad de imponer el control sobre otros y sobre nuestras indómitas emociones. Significa controlar los recursos materiales a nuestro alrededor. También el poder es visto como poder sobre algo o sobre alguien más.

Verónica Vázquez García y Roberto Castro en su trabajo "Como ser un Hombre de Bien" describen que los hombres enfrentan presión social para adecuarse a los imperativos de la masculinidad hegemónica: ser independientes, autosuficientes, fuertes, robustos y duros. Deben hacerse asumiendo ciertos atributos y roles, los cuales constituyen instrumentos sociales para negociar estatus y poder de género. Este proceso conlleva ciertos riesgos: violencia, incapacidad para expresar sufrimiento, consumo de enervantes, velocidad excesiva en vehículos motorizados, mayores tasas de suicidio y homicidio (2008).

El cuerpo también representa un instrumento de poder, y en se le trata como una herramienta de fuerza y resistencia. Yvonne Wiegers (2003) ha estudiado como la musculatura asociada al poder físico y a las visiones culturales de masculinidad que dictan que los hombres sean poderosos, fuertes, competentes y en control de su ambiente.

~~R. W.~~ Connell considera que en las culturas occidentales, aquellos hombres que quieran reclamar los privilegios completos de la hombría deben distinguirse de las mujeres a través de significar mayores deseos y capacidades de control sobre otras personas y el mundo, acciones y pensamiento autónomos, pensamientos y acciones

racionales, riesgo y excitación, y placer heterosexual y valentía (Connell en Schwalbe y Wolkomir, 2001: 91).

Es así como el poder ha sido un elemento eje en la construcción de la masculinidad. Cualquier ausencia de poder ha sido considerado como una feminización de la identidad, llevando a los varones en esta situación a ser catalogados como un sujeto de menor estatus en los grupos sociales con los que interactúa.

LA RAZON

Empecemos con la asociación de la razón con la masculinidad. La razón como elemento masculino ha sido estudiada por Victor Seidler, y las feministas (Bordo, 1986). Desde la perspectiva androcéntrica la razón ha sido contrapuesto a lo emocional, elemento de la vida tan asociado con lo no-masculino. Seidler explica que a los varones se nos ha inducido a la identificación con la racionalidad. Nos dice que:

> "…identificados con la mente, la razón, y la conciencia dentro de la tradición Cartesiana, las masculinidades dominantes han aprendido a rechazar sus cuerpos, sexualidad, y vidas emocionales desechándolos como elementos de una 'naturaleza animal' que necesita ser controlada… A través de la identificación de la masculinidad con el autocontrol en diversos contextos culturales, los hombres aprenden a relacionarse con ciertas emociones como signos de debilidad y por lo tanto como amenazas a sus identidades masculinas (2007, p. 9)."

Esto explica por qué gran parte de la constitución de la identidad masculina gira en torno al uso de la razón y a la negación de las emociones. La emocionalidad está asociada a la naturaleza, y la sexualidad como parte de esta naturaleza, y en contra de esta última se construye la masculinidad.

El pensamiento cartesiano del que nos habla Seidler, legado de la Ilustración tan asociado a la modernidad y el progreso, ha sido teorizado como uno de los pilares fundamentales de la masculinidad y el orden patriarcal, y es considerado como un sistema

de pensamiento androcéntrico. Dado que la ciencia y el campo académico tienen como pilares fundamentales los valores de la modernidad herencia de Descartes, muchas feministas (Scott, 1990; Bordo, 1986; Ortner, 1979) han acusado al campo académico y los métodos científicos tradicionales, de ser fundamentalmente sexistas, ya que solo la experiencia de los varones se convierte en la base empírica sobre la que se construye la teoría. Incluso el criterio de los varones es el válido para evaluar y organizar las experiencias de las mujeres (Pilcher y Whelehan; 2004). Así también, el feminismo señala la ciencia y sus supuestos andocéntricos sirven como dispositivos del poder patriarcal (Bordo, 1986).

Lo emotivo ha sido vinculado con lo irracional y, en el marco de la ciencia positivista, con lo subjetivo. La emotividad vista como una fuerza natural que tiene que ser dominada para alcanzar la libertad que trae consigo el conocimiento de la verdad. Al vincular la condición de las mujeres y la feminidad a lo natural, se descalifica la construcción de conocimiento a través de la experiencia que las mujeres tienen del mundo.

Los hombres llegamos a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino. Tales emociones y necesidades no desaparecen; simplemente se frenan o no se les permite desempeñar un papel pleno en nuestras vidas, lo cual sería saludable tanto para nosotros como para los que nos rodean. Eliminamos estas emociones porque podrían restringir nuestra capacidad y deseo de autocontrol o de dominio sobre los seres humanos que nos rodean y de quienes dependemos en el amor y la amistad. Las suprimimos porque llegan a estar asociadas con la feminidad que hemos rechazado en nuestra búsqueda de masculinidad (Kaufman, 1994).

Desde la primera infancia, se disuade a los hombres de expresar miedo, dolor, inseguridad, tristeza o cualquier otra emoción que los haga aparecer como débiles. Se les socializa para desarrollar características tales como el éxito, prestigio, dureza, independencia, agresividad y dominación. A los jóvenes varones no sólo se les fomenta la

independencia, sino que también se les refuerza más que a las mujeres el que tengan comportamientos asertivos, controladores, emocionalmente distantes, competitivos y agresivos en su vida diaria (Marsiglio, 1998).

LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

Otro de los dualismos bajo los que se organiza a hombres y mujeres es el que contrapone lo público de lo privado. Este tema en los estudios de género es relevante porque la presencia y ausencia de sujetos en ciertos escenarios está determinada por los significados de feminidad y masculinidad construidos sobre esos espacios. El significado genérico de los espacios está asociado al tipo de prácticas que se despliegan. Algunos espacios tienen una estructura basada en el género tan cerrada, que la sola presencia de una persona en ese lugar da inteligibilidad sobre su identidad de género. También sucede lo opuesto, la presencia de un sujeto genérico específico en un determinado espacio genera suspicacias sobre las intenciones y calidad de sujeto que se es.

La incursión de la mujer en el mercado laboral, su creciente presencia en el activismo político, y su ingreso a espacios de ocio y entretenimiento que tradicionalmente eran para la homosocialización varonil, han reconfigurado en diferente medida tanto los espacios públicos como los privados. En México estas transiciones se dieron de una manera diferida ante la influencia gradual de los movimientos sociales de los países del primer mundo (Martínez, 2005).

Las masculinidades tradicionales están definidas en la esfera pública del trabajo y las relaciones competitivas con otros hombres. Existe un imaginario del hombre heroico que se compromete con el mundo público ligado al militarismo, sueños de conquista y acompañados de resistencia física. Este proyecto heroico también incluye al hombre que busca dejar huella y cambiar el mundo a través de su empuje, energía, autodisciplina, iniciativa, pero, más importante, a través de su agudeza financiera. Dichos performance ligan la autoimagen de autocontrol y control de otros, vía las representaciones atractivas de hombres poderosos que exitosamente manejan el mundo público (Whitehead en Hall, Hockey and Robinson; 2007).

Tal como ha sido señalado por Mara Viveros (2001), una dimensión importante de la masculinidad es su expresión en los espacios públicos. Viveros refiriéndose a Jardim (1995), señala que la importancia de ser hombre es ser capaz de compartir con otros hombres diversos momentos de la vida social, encuentros en los que ellos pueden reflejar o performar el ideal de conducta masculina. En estos diversos encuentros (tanto en el trabajo, como en los espacios de ocio y entretenimiento), los hombres compiten entre sí para validar su masculinidad.

Gran parte de la vida de los varones ocurre en los espacios de homosocialidad. La homosocialidad se refiere a los vínculos sociales que se establecen con personas del mismo sexo, y más específicamente son relaciones focalizadas en los pares del mismo sexo. Estos espacios suelen ser el escenario para identificarse, competir y buscar la aprobación de otros hombres. Además, la homosocialidad varonil habilita a los hombres organizarse como colectivo formando un bloque de interdependencia y solidaridad que les permite la dominación de las mujeres (Flood, 2008).

La homosocialidad se vive en la "calle", el escenario público por excelencia (además del espacio laboral). La calle es el espacio ideal para desplegar la masculinidad y validarla frente a otros hombres y mujeres. Ésta validación es definida por las voces que desafían y enjuician, y por los ojos que observan. La calle es el espacio de los otros significativos: los pares y el grupo de amigos. También es un escenario para actuar los mandatos de masculinidad, para defender el honor que implica reaccionar a los desafíos intencionales de los pares, para asumir los riesgos y desafíos del exterior (Aguirre y Guell, 2002). El espacio de la "calle" es exterior al hogar lejos de la protección de la familia. Es un espacio de aprendizaje, de activación y de representación de los mandatos, lo que lo hace un contexto público muy importante, particularmente para los varones jóvenes que buscan acomodarse a los mandatos de la masculinidad hegemónica.

El espacio privado más reconocido es el hogar, lugar donde se lleva a cabo la crianza de los hijos, aseo del espacio doméstico y la administración financiera. Labores

monótonas y repetitivas que no trascienden el hogar y que se considera no aportan a la colectividad social. También la sexualidad es un ámbito de lo privado donde las mujeres mantienen un lugar asegurado, más como objetos de deseo que como personas que desean. Entonces tenemos a las mujeres reservadas para las labores domésticas o la prostitución. Mabel Marín desarrolla un análisis histórico de la distribución de las ocupaciones a hombres y mujeres, asignándolos a lo público y lo privado, respectivamente. Explica que el trabajo maternal remite a analizar "la lógica de la producción de sujetos como diferente de la de la producción de objetos":

> *Con la configuración de las familias nucleares y de la división sexual del trabajo, la valoración social del trabajo es muy distinta si se trata de la producción de objetos o de sujetos: aquel producirá bienes materiales; éste producirá bienes subjetivos que quedarán naturalizados y se tornarán invisibles. A partir de este período histórico-social (la revolución industrial), en tanto el ideal constitutivo de la subjetividad femenina se afirmará en la producción de sujetos, el ideal que configura la subjetividad masculina estará basado en la producción de bienes materiales. La polarización genérica que deviene de esta condición socio-histórica y político-económica dará como resultado que las mujeres se ocuparán del trabajo reproductivo y los varones del trabajo productivo. (Marín, 2009).*

Esto explica porque el espacio doméstico ha sido considerado como un espacio de seguridad, de protección de los riesgos del mundo que se construye como un afuera, lejos del alcance de los peligros. Hogar y mujer se han instaurado como metonimia que simboliza este escenario como femenino. Lo doméstico ha sido considerado un espacio en el que las mujeres tienen mayor participación que los hombres, y en el cual se considera alcanzan su máxima realización como sujetos. Es por eso que a pesar de ser incluidas en el mundo masculinizado de lo público, a las

mujeres se les induce a no descuidar sus labores domésticas, asociadas a su rol de madre y esposa que son funciones esenciales en su "naturaleza de mujer".

Otro espacio público por excelencia es el lugar de trabajo, el cual constituye una serie de procesos particulares de engeneramiento. En el siguiente apartado se desarrolla el tema del trabajo como un escenario relevante en la constitución de la identidad masculina.

TRABAJO Y PROVEDURÍA

Ser el proveedor mayoritario, preferentemente el único del núcleo familiar, está asociado a uno de los principales roles a los que los hombres han sido asignados. El trabajo, como actividad que se desarrolla en la esfera pública, es un elemento que tiene un peso importante en la constitución de la identidad masculina. El ingreso al campo laboral representa la transición de la dependencia familiar a una condición de autosuficiencia y capacidad de logro. Valdés y Olavarría plantean que el trabajo es el medio a través del cual los varones consiguen la aceptación, el reconocimiento social a su capacidad de producir, de generar recursos materiales que garanticen la existencia de su familia, lo que les otorga seguridad y autonomía. El mundo laboral pasa a ser un espacio en el cual ellos deben tener un lugar (1998).

Uno de los atributos más valorados en los hombres encuentra emergencia en el trabajo: la responsabilidad. Esta implica la capacidad de asumir la propia manutención, ser productivo y generar para la comunidad, y la posibilidad de adquirir de bienes materiales en los cuales se refleja el éxito laboral. Y al conformar una familia, la posibilidad de hacerse cargo de la manutención de la pareja y los hijos.

Los varones otorgan importancia al trabajo no solo porque es una actividad que les permite obtener recursos económicos, sino también porque una idea central es que deben ser responsables de la familia, y el ser responsables establece una relación directa con el ser proveedores (Salguero, 2009; Barrientos y Silva 2006). La asignación al varón del

papel de proveedor, está determinado por la división sexual del trabajo y se justifica a través de su fortaleza física (atributo de los cuerpos machos), que determina su carácter de protector; y su racionalidad, que explica el por qué se le atribuye a los hombres la inteligencia que les permite ser exitosos (Montesinos, 2008). Sin embargo, debido a que el valor del trabajo ha sido minado dentro de la economía globalizada debido a la disminución de las industrias tradicionales que sostenían la identificación entre hombres y trabajo, el cuerpo de los varones se ha convertido en un territorio inestable para la identidad masculina (Seidler, 2007).

Rebecka Lundgren quien elaboro un protocolo para la investigación sobre la masculinidad en jóvenes de Latinoamérica, ha encontrado que casi universalmente, la hombría se define sobre la base de la productividad o alrededor del rol de proveedor financiero o material. En un estudio cualitativo efectuado en las barriadas urbanas del Brasil, los adultos jóvenes hombres y mujeres mencionaron que hay dos pasos fundamentales para convertirse en hombre: 1) estar activo sexualmente; y 2) mantenerse a uno mismo y a su familia. Para la mayoría de los hombres jóvenes entrevistados, la actividad sexual era de lejos el requisito más fácil de cumplir (2000). Es así como lograr la capacidad de proveer por las necesidades financieras de la familia representa una fuente considerable de estrés para los hombres jóvenes en América Latina que perciben, muchas veces correctamente, que tienen una capacidad limitada de encontrar y mantener un empleo.

Es así como el rol de proveedor se convierte en el papel más importante para todo hombre. Se puede decir que el trabajo y el éxito económico son el eje alrededor del cual giran otros valores de la masculinidad. La división sexual de funciones al interior de la familia, con la mujer trabajando en casa y el hombre trabajando en el espacio exterior, sostiene la hegemonía tanto pública como doméstica de los hombres. Sin embargo, hay quien considera que la figura del hombre como único proveedor de la familia es un mito y que históricamente otros miembros de la familia, incluyendo las mujeres, se han

empleado para conseguir el sustento de la familia (Escobar, 1998). Esto debido a que la precaria situación económica, especialmente de México, ha impedido a los varones tener una capacidad real para cumplir esta función, por lo que este ideal masculino ha sido valido solo para algunos hombres. Aunque como nos explica R.W. Connell la masculinidad hegemónica no se sostiene por ser la forma estadísticamente común de la masculinidad, sino debido a que persiste como un ideal normativo ante el cual se posicionan los sujetos de una cultura.

LA ESFERA SEXUAL

Tal vez el tema más relevante para los hombres, junto con el trabajo, sea el desempeño sexual. Uno de los temas alrededor de los cuales se generan mandatos de masculinidad y que además es una práctica donde se ponen en juego toda una gama de simbolismos que se toman como referencia de la masculinidad, con todas las connotaciones de poder que este concepto implica. En este tema se articula la ética del uso del cuerpo masculino junto con las reglas de la heterosexualidad que predominan en la mayoría de las culturas. Generalmente los dos temas relevantes en este aspecto son el funcionamiento de los genitales y las relaciones con las mujeres. Ambos elementos se concretan en el acto sexual, y se toman como referencia del tipo de hombre que se es.

Rebeca Lundgren (2002) indica que en América Latina el término "machismo" es el más usado para referirse a la "estructura profunda" de la masculinidad. El machismo generalmente se iguala a la jactancia, a la hazaña sexual, a protección del honor y a la voluntad de enfrentar el peligro entre otras características. Estas tradiciones surgieron de la herencia latina-mediterránea del machismo que afirma que la virilidad de un hombre se mide por el número de conquistas sexuales e hijos que tiene, y por el comportamiento hacia las mujeres a su alrededor. Varias conclusiones en el área de la sexualidad masculina resultaron de la revisión sobre la teorización de la sexualidad de los varones son:

- La sexualidad masculina es instintiva, incontrolable y agresiva.
- Se espera que los hombres tomen la iniciativa sexual.

- Siempre deben permanecer activos, nunca pasivos, con la consecuencia que las mujeres no deben expresar deseos.
- Se espera que el deseo sexual masculino esté separado del afecto y las emociones. Se espera que los hombres tengan experiencia sexual.
- Se espera que los hombres dominen a las mujeres y son ridiculizados si no lo hacen.
- El machismo enfatiza la visión de las mujeres como objetos sexuales.

En estos puntos podemos ver como quedan imbricados valores de lo masculino como: la dominación que se concreta por medio del conocimiento que brinda la experiencia (o por lo menos la fachada de experto), la perpetuación del control del cuerpo de las mujeres impidiendo que se asuman como sujetos con deseos y no solamente en sujetos de deseo, y la naturalización de la heterosexualidad encarnada en la genitalidad y el deseo sexual "incontenible" hacia la mujer. En la medida en que se fomente en los varones la adquisición de su independencia, ellos pueden expresar estas tendencias en el campo sexual teniendo más disposición que las mujeres para involucrarse en relaciones sexuales, y por lo tanto ostentando experiencia y poseen grandes cantidades de información sobre sexualidad.

Se identifica pues, que el funcionamiento sexual contiene una gran carga simbólica en la conformación de la identidad masculina. Esta significación del ámbito sexual como una arena de constitutiva del sujeto varón es un elemento que ha venido gestándose a través de la historia. Para reforzar este argumento de la genitalidad como símbolo notable de la masculinidad quiero hacer referencia al trabajo de Angus McLaren (2007). Esta historiadora realizó una genealogía de la impotencia, un recuento histórico de cómo se han significados como problemas la ausencia de la erección. McLaren explica que la potencia sexual está representada por la erección sostenida y la duración prolongada del coito, la capacidad para satisfacer a la pareja, asociado al poder sobre el cuerpo propio, el de las mujeres y el despliegue de una heterosexualidad naturalizada en los hombres. Y aunque la erección como un símbolo de poder sexual no siempre ha sido una preocupación de los varones sino hasta el XVII, antes de esta época ya se atendían los

problemas de “impotencia” por medio de la utilización de pócimas a base de raíces y plantas, y repeliéndola con conjuros que protegían de los ataques de los brujos hacia la virilidad (p. xi).

En cuanto a la construcción social de la potencia sexual del varón como símbolo de poder, la psicóloga Leonore Tiefer nos dice que mientras el pene puede no ser capaz de sostener una posición fálica permanente, se espera que tenga acceso al privilegio y poder del falo de vez en cuando. Su aproximación más cercana se logra a través de su erección tan completa y firme como sea posible, con la mayor duración posible, y preferentemente con frecuencia penetrativa. Los discursos médicos/sexológicos refuerzan y perpetuán las concepciones de la sexualidad masculina saludable como la exitosa (y repetitiva) implementación de esta rigidez para una actividad penetrativa duradera (Tiefer en Potts, 2000).

El funcionamiento del pene y la capacidad para mostrar experiencia (a diferencia de la mujer que se le valora la “virginidad”) durante las relaciones sexuales, son elementos de lo masculino que se naturaliza como propiedades de los hombres. Para los varones la percepción la experiencia sexual es vista como un punto crítico en la performatividad de la masculinidad más que una oportunidad de conocer a otra persona íntimamente (Marsiglio, 1998).

Todas estas referencias nos indican la relevancia que tiene en la vida de los hombres la posibilidad de llevar una vida sexual activa. La posibilidad de hacer visible la posesión de lo masculino se constata en la frecuencia de los encuentros sexuales, tener de una pareja, el matrimonio, y la evidencia de fertilidad a través de la procreación. Todo dentro del ámbito de la heteronormatividad.

EL PATRIARCADO

¿Por qué en la vida cotidiana y en ciertas disciplinas académicas se insiste en reservar para los hombres la masculinidad y lo masculino? La respuesta a esta pregunta la encontramos al reconocer que la sociedad se encuentra organizada a través de un sistema patriarcal o, en su versión latinoamericana, el machismo (Valdéz y Olivarría, 1997). El

concepto de patriarcado es utilizado por el movimiento feminista para definir las relaciones entre los sexos, dentro de las sociedades donde el poder es asignado a los varones a través de la subordinación y explotación de las mujeres. El patriarcado establece los parámetros con los cuales se ha de delimitar las prácticas de mujeres y hombres en todos los ámbitos de la vida cotidiana, tanto públicos como privados. Las implicaciones que tiene para los sujetos convivir dentro de un contexto patriarcal son muchas, siempre en detrimento de las mujeres y de los varones que no se ajustan a los ordenamientos impuestos desde el patriarcado.

El poder de los hombres se sostiene en base a su control de las áreas económicas, políticas y académicas, y el ejercicio de la autoridad dentro de las familias y otras formas de organización social. El patriarcado es un concepto utilizado por las feministas para denunciar que los hombres, más que las mujeres, aún son el grupo genérico dominante y estructuralmente privilegiado (Bryson, 1999). El patriarcado existe no sólo como un sistema de poder de los hombres sobre las mujeres, sino de jerarquías de poder entre distintos grupos de hombres y también entre diferentes masculinidades (Kauffman, 1995). El patriarcado no solo subordina a las mujeres como un tipo de sujeto de segunda categoría, sino enaltece ciertas masculinidades que trata de inscribir sobre los varones.

Pero, ¿cómo ostentan y perpetuán los hombres este poder? ¿Cómo es que la mujer continúa siendo la mayoría subalterna en casi todas las sociedades del mundo? En el proceso de asignar el poder y autoridad a los hombres, los varones subjetivan el patriarcado por medio del proceso de masculinización. Para los hombres, la apropiación de la masculinidad se convierte en un elemento sustancial de su identidad. A la institución del patriarcado le es indispensable una masculinidad localizada en el cuerpo de los varones.

Esta hegemonía de los hombres tiene presencia en prácticamente todas las sociedades del globo y a lo largo de la historia. Se sostiene, nos dice Connell, “gracias a la vigilancia de los hombres, así como de la exclusión y desacreditación de las mujeres. Evidencia de estos mecanismos van desde la desacreditación de las opciones “suaves” en el mundo “duro” de las relaciones internacionales, amenazas de seguridad, y guerra

(Connell en Hooper 2001), hasta agresiones y homicidios homofóbicas (Tomsen 2002), pasando por las burlas por "mariquitas" hacia los niños en las escuelas (Kimmel and Mahler 2003; Messerschmidt 2000)". La violencia o la amenaza de violencia física (golpes) y simbólica (burla, marginación, desacreditación) mantienen formas alternas de organización social invisibles.

Algunos autores sugieren que no solo los hombres participan en la estabilidad del patriarcado. Jeff Hearn explica que la hegemonía de los hombres incluye tanto el consentimiento de algunos hombres, y, aunque de una manera muy diferente, el consentimiento de algunas mujeres, para mantener relaciones patriarcales de poder. Por lo menos algunos hombres poderosos son dominantes en la construcción del consentimiento de las mujeres y en la reproducción del consentimiento de otros hombres (2004).

Frecuentemente el sistema patriarcal puede verse desestabilizado o amenazado, y el poder de los hombres verse redistribuido hacia formas masculinas no tradicionales e incluso pasar a las mujeres. Con la apropiación de los principios del feminismo por mujeres de diferentes contextos que sin ser activistas empezaban a oponer resistencia al sistema patriarcal, los varones se encontraron ante la imposibilidad (por lo menos la dificultad) para conquistar, subyugar y servirse de lo que concebía como objeto. Joan Vendrell Ferré nos dice que la voluntad de redefinición de las mujeres ha generado que los hombres perdamos evidencia, claridad y naturalidad de nuestra dominación en el sistema sexo/género (2002; p. 32). Incluso en los últimos tiempos se ha teorizado sobre la "crisis de la masculinidad". Sin embargo, tendríamos que ver si esa crisis, que podría ser únicamente un proceso de resignificación de lo masculino y no en una pérdida del poder social de los hombres, se traduce en una paulatina caída del patriarcado como forma predominante de organización social. Ya que, Vendrell nos recuerda, los mecanismos de construcción del varón en tanto que dominador subsisten engastados en el sistema

educativo y en la familia, igual que permanecen la mayoría de las imágenes culturales tradicionales de la "masculinidad" (Ídem).

Una estrategia de empoderamiento de muchas mujeres frente a los hombres es adoptar las cualidades de la masculinidad hegemónica para relacionarse y compensar la opresión patriarcal. Tal es el caso de las mujeres que participaron en un estudio realizado por Andrea Lacombe en un bar de Rio de Janeiro. Lacombe describe las relaciones de género de un bar donde lo público asignado a los hombres y lo privado o doméstico asignado a las mujeres es subvertido por las parroquianas que asisten al *Flôr do André*. Lo que estas mujeres disuelven es "la lógica interna de las concatenaciones 'femenino-interior' y 'masculino-exterior' y el correlato naturalizado entre femenino-interior-mujer y masculino-exterior-hombre. Las clientas, sin dejar de pensarse como 'mujeres' desarrollan un tipo de socialización que… se despega de esa cualidad de privado-interior, acercándose a la cualidad de exterioridad atribuida al universo masculino... ellas controlan la espacialidad del bar y las economías discursiva y del deseo antes reservadas a los hombres" (Lacombe, 2008). Hay que reconocer, sin embargo, que este caso es una excepción de la norma. El éxito de las mujeres que intentan introducirse en espacios donde predominan los varones y la posibilidad de ser vistas como pares es casi nulo. Muchas mujeres en instituciones como el ejército o la Iglesia, o algunas profesiones, al lograr insertarse en estos espacios suelen experimentar la explotación y subordinación de los hombres, y si acaso solo ganan respeto y autoridad cuando participan bajo las reglas de la masculinidad predominante.

El poder y dominación de los hombres puede ser estructural o interpersonal, pública o privada, aceptada y dada por hecho y/o reconocida y resistida, obvia o sutil. Así como incluir violaciones y violencias de todo tipo (Hearn, 2004; p. 51). Esto nos permite vislumbrar el hecho de que el patriarcado garantiza el poder para los hombres. El patriarcado permite la presencia de acumulaciones de poder y recursos poderosos por

ciertos hombres, el uso del poder y dominación en muchas prácticas de los hombres, y la constante asociación de la categoría social *hombres*[9] con el poder.

Hasta aquí he expuesto todos aquellos elementos que conforman el marco de la perspectiva de género con los que mi trabajo fue abordado. El entendimiento de los diferentes conceptos permitirá entender el consumo de drogas en los varones como una vía de acceso a los mandatos de género que imperan en su contexto sociocultura y que permite constituirse como sujetos masculinos. Antes de pasar a los hallazgos tanto de explicación teórica para la constitución de lo masculino y su relación con la subjetividad de los varones entrevistados, haré una exposición sobre el sendero metodológico que me condujo a las conclusiones de este trabajo.

[9] La itálica es mía

CAPÍTULO V

LA CONSTITUCIÓN DE LA MASCULINIDAD

Este apartado del capítulo, lo dedicaré a abrir una discusión sobre los procesos que se articulan en la constitución de la masculinidad en los sujetos varones. Este capítulo contiene fragmentos de las entrevistas realizadas con varones consumidores con lo que se realizó el trabajo de campo. Sus expresiones irán intercaladas con las posturas teóricas para dar sentido a sus discursos y hacer visible el régimen de género que activa y da sentido a sus prácticas. Organizo los apartados en base a ciertas temáticas que emergieron durante las conversaciones con los informantes:

La idea es desarrollar un entramado teórico que permita entender los procesos de subjetivación de la masculinidad en hombres durante la conformación de su identidad. Adoptaremos aquí diversas propuestas teóricas sobre la construcción de la hombría, usando de base a Michel Foucault y aquellos teóricos que han empleado su trabajo sobre la subjetivación como herramienta en la comprensión de la constitución del género, tal es el caso de Judith Butler. Al igual que otros autores (Pelayo y Moro, 2005), me interesa ~~utilizar la~~ cruzar la perspectiva de Foucault con la perspectiva de género debido a que este siempre consideró la sexualidad un campo de experiencia donde poder y saber, discursos y prácticas, poder-represión y poder-incitación, verdad y ética se construyen en un dominio completo. En la medida que puede explicar estos elementos en términos de la experiencia de los varones que consumen drogas, habré conseguido mi propósito.

Quiero iniciar con la noción de subjetivación, la cual entenderemos aquí en el sentido que lo ha trabajado Michael Foucault: como el proceso por el cual las distintas prácticas discursivas constituyen sujetos (1984). Esto supone que la experiencia de los individuos está dada no desde el interior de los sujetos mismos. Sino que la subjetividad (consciencia de sí o del yo), es efecto de las prácticas de saber y poder en un espacio y momento histórico dado que actúan sobre los sujetos. Se utiliza el término subjetivación para

designar todas estas prácticas y esos procesos heterogéneos por medio de los que los seres humanos se relacionan consigo mismos y con los otros como sujetos de un cierto tipo (Gómez, 2003). Es decir, el proceso por el cual los discursos son inscritos en los sujetos para ganar inteligibilidad como tales, para dar sentido a la experiencia propia como si emergiera desde nuestro personal punto de vista, fuera del alcance de la directividad externa.

La identidad de los sujetos emerge en la interacción con subjetividades ajena a la nuestra. Es decir, en el reconocimiento de una experiencia compartida, y también en la identificación (o rechazo) de las experiencias que nos parecen ajenas, y de la cual tomamos distancia (Hall, 1996). Esta toma de consciencia no es una experiencia individual que surja desde lo profundo de los sujetos con independencia de lo externo, incluso esta dualidad interno/externo no existe en esta perspectiva. La identidad es el efecto de un discurso encarnado por las personas a través del cual se produce una experiencia sobre el mundo y sobre sí mismo. Es un saber construido desde los diferentes campos discursivos institucionalizados en los cuales estamos imbuidos y de los cuales difícilmente podemos escapar.

El discurso, explicando a Foucault el sociólogo Oscar Fernández, se refiere a enunciados sobre el fondo de una episteme[10]; la base que distribuye su saber, las leyes de construcción de sus objetos y su modo de dispersión. Para un cientista [sic] moderno de tinte positivista esta afirmación tiene sabor a paradigma (Fernández, 1999). Existen diferentes tipos de discursos: el jurídico, el médico, el religioso, entre otros. Cada uno con sus propias propuestas de verdad y sus dispositivos de producción de sentido que son modos de visualización, vocabularios, normas y sistemas de juicio (Foucault, 1987). Todos los discursos disponibles en el contexto cultural de un sujeto se articulan para constituirlo como tal y actúan de tal manera que condicionan las experiencias haciéndonos concebir

[10] Es un aparato estratégico que permite separa entre todos aquellos declaraciones que son posibles de aquellos que son aceptables dentro, no diría una teoría científica, pero si de un campo cientificista, y cuales son posibles de decir que son verdaderos o falsos (Foucault, .

un deslinde de lo externo, de lo social, para que sea interpretado como una propiedad que emerge de lo particular del sujeto. Es en parte por esto que la identidad se toma como algo natural y esencial a las personas. Cuando escuchamos el hablar a un individuo, estamos ante una serie de discursos subjetivados, inscritos en él. Hablan las voces de las instituciones que lo han constituido a través de sus normas, estamos acudiendo a la presencia de un saber/poder constituyente.

Los discursos no solo proveen a los individuos de un marco de referencia para dar sentido a las experiencias y delimitar la identidad, también regulan a las personas sujetándolas a normas que determinan lo normal, lo natural, lo sano, y lo moral. Judith Butler explica que las normas paralelamente sujetan y constituyen al sujeto otorgándole "la misma condición de su existencia y la trayectoria de su deseo" (Butler, 1997). Al generar cánones de actuación, los discursos promueven que los sujetos se interpreten a sí mismos bajo la comparación de esos parámetros apelando a la vergüenza (J.L.Moreno en Gómez, 2003). Con esto, nos dice Lucia Gómez siguiendo a Moreno, se promueve la docilidad y la utilidad en los hábitos de existencia normalizados. Para ello, el sujeto deberá modificar no sólo sus representaciones de la realidad, sino principalmente sus actitudes y aptitudes (Gómez, 2003). Es decir, las prácticas discursivas tienen propósitos definibles que se consiguen en la medida que los sujetos se alineen a las normas que prescriben. Es así como los discursos son una articulación de saber y poder.

Existen en el contexto cultural diversas formas de subjetivar las normas para disciplinar a los miembros de la sociedad. Foucault llama a estos medios de control tecnologías del yo (1990). Esto les permite a las sociedades alinear a los miembros que subvierten las expectativas de lo moralmente apropiado, y redirigir sus acciones hacia las formas usuales de comportamiento. Foucault reconoce 4 tipos principales de tecnologías del yo:

1. Tecnologías de producción, que nos permiten producir, transformar o manipular cosas
2. Tecnologías de sistemas de signos, que nos permiten utilizar signos, símbolos, sentidos y significaciones

3. Tecnologías de poder, que determinan la forma de conducta de los individuos, los someten a ciertos fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto
4. Tecnologías del yo, que permite a los individuos efectuar, por cuenta propio o por ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos o conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos, con el fin de alcanzar cierto grado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad.

Me interesa este concepto de Foucault para explicar el funcionamiento de ciertos procesos de rehabilitación por los cuales se disuade a los sujetos a abandonar el consumo de drogas. Un ejemplo de estos procesos es la utilización de los 12 Pasos de Alcohólicos Anónimos que, como veremos, es una herramienta fundamental en las Instituciones civiles, privadas y de gobierno para la rehabilitación de "adictos". Como veremos más adelante, el proceso de rehabilitación no solo alinea a los varones a sujetarse a las normas de la sobriedad, sino que intentan que el varón retome el papel que le ha sido asignado culturalmente.

Siguiendo con los mecanismos de subjetivación, sabemos que generan la ilusión de que las experiencias y el sentido que les damos provienen del interior, otro mecanismo por el que la identidad genera la percepción de ser natural, esencial y estable, es por el proceder performativo de su existencia. Como lo explica Butler, el acto performativo es la reiteración obligatoria de las normas culturales que definen la forma de ser y actuar de cada sexo (1993). El repertorio de lo actuable está restringido por esas mismas normas, y en el caso de la identidad de género, lo actuable es asignado según el sexo. Este concepto es relevante para entender la constitución del género. Judith Butler en su texto "Críticamente Subversiva" nos explica que:

> El género es performativo puesto que es el *efecto* de un régimen que regula las diferencias de género. En dicho régimen los géneros se dividen y se jerarquizan *de forma coercitiva*. Las reglas sociales, tabúes,

> prohibiciones y amenazas punitivas actúan a través de la repetición ritualizada de las normas. Esta repetición constituye el escenario temporal de la construcción y la desestabilización del género. No hay sujeto que preceda y realice esta repetición de las normas. Dado que ésta crea un efecto de uniformidad genérica, un efecto estable de masculinidad o feminidad, también produce y desmantela la noción del sujeto, pues dicho sujeto solamente puede entenderse mediante la matriz del género. De hecho, podemos construir la repetición como aquello que desmantela la presunción del dominio voluntarista que designa al sujeto en el lenguaje.

Butler nos explica que la repetición de ciertas conductas definidas como masculinas o femeninas, genera la imagen de constancia, de una identidad que permanece en el tiempo. En este sentido, me interesa saber cuáles campos discursivos atraviesan la subjetividad de los varones, que dispositivos de producción de sentido actúan sobre los varones y a través de qué actos performativos se encarnan las prescripciones de cómo deber ser un hombre.

El ENGENERAMIENTO DE LOS HOMBRES

Si utilizamos las nociones de discurso y dispositivo de Michel Foucault, y la noción de acto performativo de Judith Butler para analizar la constitución de la masculinidad, podemos entenderla como una serie de discursos que producen lo qué es lo normal, lo natural, lo sano, y lo moral en el actuar de un "verdadero" hombre. Y es un dispositivo ya que es productor y regulador de la vida social y subjetiva (Amigot y Pujal, 2009). La masculinidad es performativa en la medida que es el actuar reiterado de los mandatos de masculinidad. Es en la reiteración de la normatividad masculina que se constituye la identidad del varón como sujeto masculino. Dado que la masculinidad es una atribución social, comúnmente impuesta a los varones, y no una condición biológica fija y estable, la expectativa social difícilmente puede quedar cumplida de una vez y para siempre. La masculinidad se presenta como un ideal normativo al que los varones deben aspirar,

regulando sus prácticas cotidianas. Así es como Aguirre y Güell concluyen, en el caso de su estudio con varones jóvenes, que para estos varones "ser hombres es un trabajo que tienen por delante" (2002, p. 13).

Sintetizando lo expuesto hasta aquí, tenemos la masculinidad como una forma construir significados sobre los cuerpos, como una configuración particular de subjetividades que se constituyen a través de un régimen discursivo androcéntrico que clasifica a los sujetos en dos categorías contrapuestas y ordenadas jerárquicamente dentro de las dualidades hombres/mujeres y masculino/femenino. Estas dualidades en ciertos puntos se construyen como complementarias a través de la heterosexualidad, que regula el deseo de los individuos bajo la premisa de la complementariedad biológica en la función de la reproducción. Estos elementos se articulan en una estructura donde los hombres y lo masculino se toman como eje para ordenar y constreñir las relaciones sociales.

LA MISOGINIA EN LA CONSTITUCIÓN DE LA MASCULINIDAD: *ELLAS*.

Judith Butler (1993) nos habla de la expulsión o desidentificación del abyecto en el proceso de convertirse en sujeto, para el caso de los hombres, sujetos de lo masculino. Lo abyecto, nos dice Butler, designa precisamente las zonas inhabitables de la vida social, que aun estando densamente pobladas por aquellos que no gozan del estatus de sujetos, definen los límites de su propio dominio. Esas zonas constituyen el supuesto afuera del individuo, que después de todo, se encuentran adentro de él como fundamento de su rechazo. Esta necesidad de lo abyecto para definirse, está producida en los géneros por la matriz de la heterosexualidad, dispositivo que organiza a los sujetos bajo la función normativa del "sexo" en el binario ideal que clasifica a la humanidad en hombres y mujeres. Lo abyecto es indispensable para pensarse como sujeto ya que es una fuente crítica de inteligibilidad y legitimidad, ubicado en uno u otro sexo y género.

El psicoanalista argentino Ricardo Moreno Chia propone que la masculinidad se constituye básicamente a partir de un rechazo de la feminidad y un dominio de las mujeres. Lo femenino y las mujeres serían lo abyecto para los varones y la masculinidad. La dicotomía se reproduce en diferentes planos —social, político, científico y psíquico—, y prevalece la idea de que existe una naturaleza masculina diferenciada de la femenina. Invariablemente este rechazo se relaciona a reconocer en sí mismo la propia feminidad. Esta fobia, dice Moreno, está hecha para inscribir la sexualidad en unas coordenadas que reduzcan los peligros de estos deseos de feminización en los hombres. La dominación masculina, continúa el psicoanalista:

> *[…] es en ese sentido una especie de ejercicio y control en el exterior, sobre la mujer como representante de lo femenino, de los propios deseos femeninos. La constitución de la fobia es a nuestro modo de ver el modelo sobre el que puede explicarse la tramitación de estos deseos feminizantes desautorizados por el yo, pues se localiza en la mujer el objeto de dominación, cuya fuente de horror y angustia está originariamente en lo propio interior de los deseos inconscientes. La sexualidad masculina está inscrita de este modo en una paradoja fundamental: la de afirmarse al lado de un deseo de características femeninas que permanece reprimido. La sociedad de los hombres está ahí para oponerse a la realización de estos deseos feminizantes en el hombre y asegurar, mediante su negación, los modos de intercambio sustentados en una lógica heterosexual del sexo productivo (2008).*

Mientras la humanidad este organizada en hombres y mujeres, el hombre sólo podrá definirse en términos de lo que ha sido construido como su opuesto, la mujer. Inevitablemente, los varones no se podrán pensar sin las mujeres.

CONSTITUIR LA MASCULINIDAD DESDE LA HOMOFOBIA

Para algunos teóricos de la constitución del género, el eje fundamental que guía la identidad del varón es la heterosexualidad (Kimmel, 1997; Garlick, 2003; Wiegman 2006). Un elemento social que amenaza la heterosexualidad es el deseo homosexual. La heterosexualidad, además, se ha teorizado como la matriz fundamental con que se conceptualiza el género y el sexo (Butler, 1993).

Junto con las mujeres, aquellos que se identifican como parte de las minorías sexuales (como el caso de los que integran el movimiento LGBTI) han sido considerados como parte del Otro, lo abyecto del que nos habla Judith Butler, del que se intenta deslindar el varón. Para los discursos que imponen la heterosexualidad como norma, la homosexualidad no solo subvierte las normas que regulan las relaciones entre los sexos, además desafía las instituciones que son consideradas los principales dispositivos que rigen la división de la humanidad en dos sexos: La familia nuclear tradicional y el matrimonio. En el caso de los hombres, la homosexualidad desafía las premisas fundamentales sobre cómo debe ser un hombre (Garlick, 2003). Por todo esto es que la heternormatividad se considera no solo regula las prácticas sexuales, sino que sus regulaciones abarcan aquello que se ha considerado una forma normal de vivir (Jackson, 2006).

Michael Kimmel ha teorizado sobre la homofobia como una forma de constituir lo masculino, lo desarrolla de la siguiente manera:

> *[…] La homofobia es un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. […] La homofobia es el miedo a que nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos el standard, que no somos verdaderos hombres. Tenemos temor de permitir que otros hombres vean ese miedo. Este nos hace avergonzarnos, porque su reconocimiento en nosotros mismos es una prueba de que no somos tan varoniles como pretendemos […] nuestro miedo es el miedo a la humillación, tenemos miedo de estar asustados […] (este miedo) nos presiona a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas, para*

asegurarnos de que nadie pueda hacerse una idea errada de nosotros. Una de las piezas centrales de esa exagerada masculinidad es rebajar a las mujeres, tanto excluyéndolas de la vida pública como con descalificaciones cotidianas en el lenguaje y conductas que organizan la vida diaria del hombre estadounidense. Las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro, contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades […]

Las discusiones sobre la identidad masculina generalmente están prefiguradas por un discurso que da por sentado la obvia división heterosexual/homosexual. Esto promueve la creencia de que los sujetos tienen identidades relativamente fijas y mutuamente excluyentes, la negación de la construcción de la fluidez del deseo, y la marginación de aquellos que no se identifican ni como gays ni como heterosexuales (Petersen, 2003). Además, la división heterosexual/homosexual se encuentra imbuida en discursos que producen las dualidades de fuerte/débil, activo/pasivo, sano/enfermo, salvo/pecador. Esto constituye al sujeto homosexual como una clase de varón de una naturaleza inferior, e incluso antinatural, al varón heterosexual.

LA HOMOSOCIALIDAD.

Como se logra configurar la experiencia de los varones, de qué manera actúan en la vida cotidiana los discursos sobre cómo debe ser un hombre. Si las normas son actos performativos, acaso existe un público que figure como representantes del poder que vigila la puesta en escena de la masculinidad. Las respuestas a estas interrogantes se han planteado desde el escenario de la homosocialidad que se refiere a los vínculos sociales entre personas del mismo sexo, más específicamente, son vínculos focalizados en personas del mismo sexo (Bird 1996). Los estudios sobre la masculinidad encuentran poderosos vínculos entre la homosocialidad y la hombría: la vida de los hombres está altamente organizada por las relaciones entre los varones. Las prácticas de género de los varones han sido teorizadas como acciones homosociales, las cuales la actuación de la

masculinidad se realiza frente a otros hombres, y es apreciada por estos. Los hombres buscan aprobación de otros hombres, tanto identificándose como compitiendo contra ellos. Estos intentan mejorar su posición en las jerarquías sociales de la masculinidad, usando "indicadores de masculinidad" como logros ocupacionales, riqueza, poder y estatus, proezas físicas, y logros sexuales (Kimmel 1994).

Las relaciones entre la vinculación entre hombres y el poder engenerado es ejemplo de las primeras definiciones feministas de patriarcado. Esto en términos de las relaciones entre hombres, que tienen una base material, y las cuales, aunque jerárquicas, establecen o crean interdependencia y solidaridad entre los varones lo que les permite dominar a las mujeres (Hartmann 1981)

Además de organizar a los varones en un bloque solidarios, regula las relaciones entre hombres y mujeres. Michael Flood (2008) explica que las relaciones sociosexuales entre hombres y mujeres es regulado por la homosocialidad entre hombres al menos de 4 maneras: Primero, las relaciones hombre-hombres tienen prioridad por encima de las relaciones hombre-mujer, y las amistades platónicas con las mujeres se consideran peligrosamente feminizantes y raras, sino imposibles. Segundo, la actividad sexual es el camino clave para ganar estatus masculino, y otros hombres son la audiencia, siempre imaginada y a veces real, de las relaciones sexuales. Tercero, el sexo heterosexual en sí mismo puede ser el medio a través del cual los lazos entre los hombres se activen. Y por último, los relatos de los varones sobre sus actos sexuales están configurados por las culturas homosociales masculinas.

Esto nos lleva a considerar que los grupos de hombres funcionan como un panóptico (una policía de la virilidad) que observa constantemente que la masculinidad se actúe según los discursos de cómo deber ser un hombre. Cada varón está condicionado a desenvolverse según la definición de masculinidad configurada en sus propios espacios culturales, y además, es guardián de esos mandatos. Cada hombre, e indirectamente algunas mujeres, vigila que los demás varones se atengan al modelo imperante ~~de masculinidad~~, no sólo para mantener el estatus quo del patriarcado, sino porque esta

misma vigilancia es un acto performativo de su propia hombría. Los actos homofóbicos, por ejemplo, son una forma de actuar la propia masculinidad y, al mismo tiempo, sancionar a otros por la subversión de las normas que rigen el género de los hombres. Una vez subjetivado el discurso de la masculinidad hegemónica, la mirada de cada varón regulará el actuar de los otros hombres.

CAPÍTULO VI

METODOLOGÍA

Hablar de una metodología cualitativa implica reconocer un abordaje profundo de los fenómenos socioculturales. Un esfuerzo por captar la realidad desde la perspectiva de los sujetos. Aquí entiendo que la realidad está constituida por los significados que producen y manejan los diferentes actores sociales (Cortés, Menéndez, y Rubalcava, 1996). Esto implica comprender en un nivel personal de los creencias que están detrás de las acciones de las personas, sin buscar encontrar una causa, sino intentando conocer la complejidad en la que están inmersos los motivos que tienen los sujetos para actuar sobre el mundo social (Vasilachis de Gialdino, 1992). Siguiendo al sociólogo y filósofo austriaco Alfred Schutz (Shutz en Vasilachis de Gialdino, ídem) los datos que utilizamos para hacer ciencias sociales con enfoque cualitativo son

> *…los significados ya constituidos de los participantes activos en ese mundo social, y a esos datos ya significativos deben referirse, en última instancia, sus conceptos científicos: a los actos de los sujetos individuales, a la experiencia cotidiana que tienen unos de otros, a su comprensión de los significados del otro, a su iniciación de nuevas conductas significativas.*

Los estudios de género en general utilizan una metodología cualitativa. Provenientes del feminismo, la perspectiva de género promueve los principios metodológicos que intentan recuperar la subjetividad de los individuos para conocer el sentido que tienen de la vida a partir de su condición génerica. Algunas feministas como (Bermúdez y Cols., 1999) han expuesto que los abordajes cuantitativos-positivistas, metodología de la ciencia que busca la objetividad, neutralidad y la generalización del conocimiento favorecieron la cristalización de relaciones patriarcales, y procesos de explotación y subordinación de la mujer (y otros sujetos sociales). Esto nos conduce a decidir utilizar la metodología cualitativa como una forma que se resiste al androcentrismo y otras formas de exclusión de la mira del Otro. A valorar la pluralidad y diversidad de la experiencia humana.

En este estudio abordé los datos de una forma libre e inductiva (Denman y Haro, 2000) tomando de marco de referencia las teorías sobre el género y la masculinidad. Me interesó sobre todo analizar los argumentos de los informantes y describir algunos contextos, para realizar interpretaciones de la articulación entre la constitución de la masculinidad y la práctica del consumo de drogas, terreno complejo por todos los elementos sociales que atraviesan el fenómeno.

Las categorías que se tomaron de base para abordar los temas durante las entrevistas no fungieron para organizar los hallazgos. Esto obedece a que la preconcepción bajo la que se asistió al trabajo de campo fue disuelta en muchos aspectos durante la conversación con los entrevistados. Sus narraciones se tomaron en cuenta para vaciar la información y hacer las interpretaciones de acuerdo a la importancia que tenía para estos sujetos como varones la práctica del consumo de drogas.

LA ENTREVISTA CUALITATIVA

Un supuesto tácito en los métodos cualitativos, sobretodo en la observación participante y la entrevista, es que existe un consenso o conocimiento común acerca del significado en los grupos, y dicho conocimiento es sostenido en el transcurso del tiempo por los procesos sociales (Schwartz y Jacobs, 2006, p. 61). En este caso, la entrevista a los distintos varones con antecedentes de consumo, se esperaba que compartieran significados convencionales sobre el ser varón y sobre lo que implica usar drogas siendo varón.

La técnica más utilizada dentro la metodología cualitativa para conocer las subjetividades de un grupo es la entrevista cualitativa o entrevistas a profundidad. La entrevista nos sirve para reconstruir el contexto de los informantes invocando su experiencia sobre procesos sociales y convenciones culturales que trascienden a sus propias vidas (Schwartz y Jacobs, 2006, p. 62). Las entrevistas cualitativas, nos explican S.J.

Taylor y R. Rogdan, tienen la característica de ser flexibles y dinámicas. Se dan a partir de un encuentro entre el investigador y el informante, encuentros dirigidos a la comprensión que tienen los informantes sobre sus vidas, experiencias o situaciones, tal como se explican en sus propias palabras (1987). Dado que lo que nos interesaba era conocer como está constituida la subjetividad masculina en cada uno de estos varones, la entrevista se presentaba como el método más productivo.

Las entrevistas estaban centradas en recolectar los discursos sobre los significados sobre sus experiencias de consumo. Lo que suponía, a partir de un ejercicio inductivo, nos conduciría a conocer los elementos de masculinidad implicados en los episodios de consumo de sustancias. Es decir, la forma de consumo caracterizado por la búsqueda de un efecto anticipado deseable para enfrentar una situación en la que su condición de varón estuviera bajo escrutinio.

Las entrevistas estuvieron focalizadas en la historia de la vida de los informantes alrededor del consumo de drogas. Aunque la manera ideal de lograr profundidad en la comprensión de la experiencia de los informantes es abordar extensamente los diferentes temas de una entrevista, el contexto del centro de rehabilitación nos presentó un desafío: La permanencia dentro del centro de los entrevistados era incierta. Los internos del centro, al ingresar, enfrentan por un lado la coacción para permanecer internados y mantenerse sobrios, y por otro, la imperiosa necesidad de una dosis de droga para aminorar los malestares que surgen durante el síndrome de abstinencia. Estas dos condiciones comúnmente incitan a los internos de los centros de rehabilitación a salir antes de lo inesperado, por lo que existía incertidumbre sobre el hecho de poder volverlos a entrevistar. Esto obligó a estructurar una guía de entrevista para focalizar las conversaciones en los temas considerados clave, metodológicamente hablando, y a partir de ahí ahondar en las experiencias lo suficiente como para acumular información relevante en una sola entrevista.

Como en toda entrevista cualitativa, surgieron preguntas no contenidas dentro de la guía de entrevista original. Interrogaciones que nacieron a partir de la discusión de

temas que se relacionaban con el objeto de estudio, y que eran importantes para entender la constitución de su masculinidad en el contexto de los varones participantes de la investigación.

Para este estudio se elabora una distinción entre los episodios de consumo circunstancial o recreativo (OMS, 2001), y el consumo que responde a una condición fisiológica del varón denominado en el ámbito médico como "síndrome de abstinencia". Los episodios de consumo motivados por el síndrome de abstinencia ocurren en consumidores quienes después de un periodo de consumo prolongado requieren de la autoadministración recurrente de la droga para sostener el equilibrio en la química del cuerpo. Así, estos episodios de consumo se relacionan más con una demanda corporal y no a la necesidad de presentar cierta imagen dentro de un determinado escenario social. Se reconoce que ambos tipos de motivaciones para el consumo de drogas pueden concurrir en un mismo episodio: como respuesta a una condición corporal y como respuesta a las convenciones culturales dentro de una interacción social.

LA GUÍA DE ENTREVISTA

La entrevista fue organizada en varios temas primordiales. Algunos de ellos surgieron de los principios metodológicos para abordar la masculinidad proveniente de diferentes autores (Cázes, 1998; Minello, 2002; Parrini, 2007). Las preguntas se organizaron en 4 grupos de acuerdo a las categorías que se toman como los conceptos clave para esta investigación.

PODER Y CONSUMO DE DROGAS. En este grupo de preguntas se abordó el tema del consumo como de drogas como un acto pragmático e instrumental para la reiteración de la masculinidad. El acto de consumo de drogas como la intención de comunicar algo sobre sí mismo para lograr un estatus social específico. Particularmente para posicionarse como un sujeto de poder o con poder, y sus distintas manifestaciones: dominación, opresión, control, supremacía o superioridad, entre otras manifestaciones de la estructura patriarcal que afecta tanto a mujeres como a hombres (Cazés, 1998).

Es importante definir a que me refiero con poder. En términos generales, poseer poder implica tener la habilidad para lograr lo deseado a pesar de encontrar oposición. Lo que puede ser expresado a través del consentimiento basado en la percepción de legitimidad de quienes lo ostentan. En su modalidad coercitiva, el poder puede encontrarse a través del control ejercido en ausencia de legitimidad (Pilcher y Whelehan; 2004). Tener poder plantea ciertas ventajas frente a los otros, con quienes se compite y a quienes se domina, otros que también catalogan en términos de que tan hombres y masculinos y que comúnmente está asociado a con el nivel de poder que se ostenta.

Las preguntas estuvieron planteadas en términos de ventajas y desventajas del consumo de cada droga. Hablar en estos términos con los entrevistados planteaba la práctica del consumo de sustancias en función de su utilidad empoderadora. Desde este conjunto de preguntas no se tocaba ningún tema en específico, se esperaba que hablar del consumo de drogas en términos de ventajas y desventajas surgieran una serie de creencias sobre la posición social y las capacidades que se esperaba adquirir al estar bajo los efectos de las sustancias y como los consumidores esperaban que fueran reconocidos. Se intentaba identificar también la posición social adquirida en la práctica del consumo en diferentes escenarios y en la interacción con distintos actores sociales: el patrón, el grupo de pares, la familia, las instituciones.

RELACIONES SEXUALES. Ya se expuso en el capítulo anterior la relevancia que tiene la escena sexual en la constitución de lo masculino. En esta categoría la idea fue abordar los elementos del deseo sexual a partir del consumo de drogas. Conocer cuales políticas del cuerpo estaban reflejadas en los propósitos de consumir durante un acto sexual: fuera heterosexual, homosexual, o masturbación. En esta etapa de la entrevista las preguntas se abordaron también en términos de ventajas y desventajas. Y también se hicieron comparaciones entre un acto sexual en abstinencia y aquellos encuentros sexuales bajo los efectos de alguna droga.

ELLAS. Agrupamos en esta sección de la entrevista, aquellas preguntas encaminadas a conocer la concepción que tenían los informantes sobre las mujeres y lo femenino. Siguiendo la teorización de las mujeres como la Otredad que se articula en la definición de las categorías hombres y la masculinidad (De Beauvoir, 2005). Además de la representación de la mujer y lo femenino, el objetivo era conocer como se relacionaban estos hombres con las mujeres, y específicamente con las mujeres consumidoras. Sus concepciones sobre las mujeres que utilizan drogas, supuse, me servirían para conocer cómo se organiza el discurso androcéntrico y qué lugar tiene la mujer que usa drogas en la subcultura del uso de drogas. También reconocer como se diferencian los varones consumidores, de las mujeres consumidoras., para generar una experiencia particular como varón consumidor.

ABSTINENCIA Y MASCULINIDAD. En esta categoría se plantearon preguntas para indagar la posición de los sujetos en cuanto su vida sin drogas (hipotética o real) para conocer como se construye la subjetividad en torno a la sobriedad. Considerando que la identidad estaba saturada por la práctica del consumo y era el principal vehículo para constituirse como masculinos, considere importante saber que implicaba desde una perspectiva de género ser un varón abstemio. Se cuestiono principalmente como se cataloga dentro de "mundo de las drogas" a aquellos hombres que no usan drogas o no las usan habitualmente, cómo reaccionan otros hombres cuando un compañero intenta rehabilitarse y que se gana y que se pierde al dejar el "mundo de las drogas".

ELECCIÓN DE LOS INFORMANTES.

Se entrevistó a un total 8 varones con antecedentes de consumo de drogas sin restringir la elección del informante habituado al consumo de algún tipo de droga específica. Desafortunadamente, de las 8 entrevistas se utilizaron solamente 4 para este estudio debido a diferentes circunstancias. Debido a problemas con la calidad del audio dos ellas fueron descartadas, otra más se descartó debido a que el informante padecía un problema para la expresión oral debido a las consecuencias del consumo, y otro más

debido a su renuencia para hablar de su historia personal de consumo y que dedicó la sesión a intentar hablarme en términos de la rehabilitación solamente. Cada entrevista fue grabada digitalmente previa autorización de los informantes. Con el objetivo de respetar la privacidad de los informantes se les pidió inventar un apodo o alias para referir sus experiencias dejando encubierta su identidad.

Se presenta en el siguiente cuadro algunos datos de los entrevistados:

INFORMANTE	EDAD	ESCOLARIDAD	OCUPACIÓN
DIABLO	30		
PELON	32	1º de secundaria incompleto	Narcomenudista
TITO	25	Secundaria terminada y carrera técnica terminada	"Trabajos varios"
FRANKIE	26	SIN INFORMACIÓN	Albañil, lavacarros

La mayoría de los consumidores dentro de su historia de consumo refirieron haber recurrido a varias drogas por diferentes circunstancias: consumo experimental; o debido al desplazamiento de una droga por otras debido al precio, la disponibilidad, o buscando un efecto más deseable en relación a las necesidades personales. Así, encontramos a varones que consumen una droga distinta cada episodio, tomando de referencia la identidad que desean presentar en los distintos escenarios sociales. Un comentario expresado por un consumidor en una conversación hacía referencia a la función performativa del efecto de las drogas: "…si quieres relajarte te fumas un gallo, si quieres hacerle un buen jale a la jaina te pegas una línea, si quieres que te salga el verbo te avientas una caguama. Una droga para cada necesidad, licenciado".

Otra condición que en muchas ocasiones determina el tipo de discurso construido alrededor del consumo de drogas, es el contexto de la rehabilitación. Aunque existe un intento por resignificar el consumo a partir de la abstinencia y el proceso de rehabilitación institucionalizado, en este estudio partimos de la idea que los discursos antiguos que promovían y validaban el consumo pueden ser evocados a través de la entrevista. Una pregunta reformulada en tiempo pasado puede evocar una consecuencia potencial que el varón trataba de evitar a través del efecto esperado del consumo. Aunque podría o no explicarnos la forma en que constituye su masculinidad en el presente, sí nos informa sobre los significados sobre el consumo de drogas y su relación con los posibles mandatos de la masculinidad que motivaban el consumo en el pasado. Creencias que podrían reactivarse en el futuro y generar una reincidencia. Así, los discursos clínicos, religiosos, o cualquier otro discurso que esté objetivando la práctica del consumo ya extinta pueden evadirse haciendo una reflexión retrospectiva de los significados del consumo de drogas en la vida del informante hasta antes de la abstinencia.

Dicho lo anterior, los criterios para la elección de los informantes fueron que sean varones y que tenga en su historial de vida antecedentes de un consumo reiterado de drogas ilegales y/o legales.

Busqué informantes con dos características básicas: contar con una historia de consumo de sustancias y ser varón. Es obvio decir que los centros de rehabilitación parecían ser el lugar ideal para localizar a los informantes con estas características. A través de un funcionario del Consejo Estatal contra las Adicciones se estableció el contacto con el coordinador de un centro de rehabilitación. Este centro, como muchos de los centros de rehabilitación de este sector, está constituido como una sociedad civil que aborda la rehabilitación a través de una versión “semi-secularizada” de los 12 pasos de Alcohólicos Anónimos. Al llegar al centro me recibió el coordinador. Después de presentarme y explicarle mis intenciones para estar ahí, le entregue una copia de la guía de entrevista, para que tuviera certeza del tipo de información requerida. Tener conocimiento de las preguntas a realizar me evitaría ser visto como inspector o supervisor del trabajo del centro.

El coordinador del centro mostró disposición desde el inicio para colaborar con mi trabajo de campo. Al responderle sus cuestionamientos sobre cuántos internos y cuantas entrevistas necesitaba realizar, me advirtió que existía la posibilidad de que algunos de los internos entrevistados ya no se encontraran en mi siguiente visita al centro. Ante esta situación decidí abarcar la guía de entrevista con cada informante en su totalidad en un solo episodio.

La selección de los entrevistados fue hecha por el mismo coordinador del centro. Este fue permitiéndome acceder a los internos según su criterio. Al preguntar a los internos sobre sus actividades dentro del centro, todos refirieron desempeñar alguna función de confianza, "un servicio", según las expresiones del centro. Unos fungían como vigilantes, otros cuidando internos con necesidades especiales, o comisionados de la limpieza. Los internos que cubren los puestos de confianza dentro del centro se eligen en base a ciertos méritos: disciplina, deseos de permanecer en el centro, y su antigüedad como internos. Se infiere que el encargado del centro eligió aquellos informantes con mejor apego a la institución, para evitar cualquier tipo de comentario que afectara la imagen del centro.

Durante las entrevistas en ningún momento se abordaron temas sobre el trato recibido dentro del centro ni de la efectividad del tratamiento, ni de ninguna otra cuestión relacionada con el funcionamiento del centro. Sin embargo, se indagó sobre las premisas que guiaban el proceso de rehabilitación que me dieran una pista de la forma de organizar las actividades del centro y la filosofía de la rehabilitación.

Dado que en su totalidad los varones entrevistados se consideraban "adictos en abstinencia" y no consumidores activos, se plantearon las preguntas de tal manera que generaran una retrospección con respecto a sus identidades antes de iniciar su proceso de rehabilitación. Este abordaje obligó a plantear las preguntas en pasado en términos de lo que el sujeto "antes era", no sólo porque estaba en un proceso de abstenerse de una práctica, sino para evitar el discurso de la abstinencia que evitaba una visión reestructurada de su identidad como varón consumidor. Se volvió común recurrir a

reformulaciones de algunas preguntas. Por poner un ejemplo, la pregunta “antes, como pensabas que la droga podría ayudarte para trabajar” sustituyó la de “cómo te ayuda la droga para trabajar”. Evocar en los entrevistados la memoria una identidad “extinta o en extinción” me permitió focalizar las respuestas en las experiencias que surgen durante el consumo drogas tal y como las viviría un consumidor activo.

Solamente en uno de los casos (Güero, 50 años) el informante se resistió a recordar su historia e consumo (por lo cual no fue considerado para el estudio) expresando “es una etapa de mi vida que ya pasó, ahora quiero ver hacia adelante”. La experiencia estigmatizante de ser consumidor de drogas le había generado una experiencia lo suficientemente desagradable como para evitar el tema. Además, el informante era líder de un grupo de autoayuda en su comunidad, y tal vez hablar del consumo de drogas en términos de ventajas y ganancias, pondría en duda su rol de modelo de consumidor en abstinencia. Papel que puede depender de una actitud hacia el consumo de drogas como una práctica desafortunada para fungir como agente de sobriedad en otros.

ABORDAR LA MASCULINIDAD DESDE LOS HOMBRES

Conocer la concepción de los hombres acerca del género y la masculinidad es una tarea que puede resultar complicada. Para los fines de esta investigación la entrevista cualitativa resulta ser la forma más apropiada de conocer la forma en que los varones dan sentido masculino a las prácticas del consumo de drogas. La entrevista es un acto social, y como tal implica enfrentarse a ciertas circunstancias donde está en juego la concepción de los participantes. En las entrevistas cualitativas a varones, aunque para el entrevistador es la ocasión para recabar información que luego utilizara como datos, para el varón entrevistado puede representar una situación donde su status de hombre y sus atributos etiquetados como masculinos pueden ponerse en juego. Algunos autores explican que el cuerpo no habla por sí mismo al momento de presentarnos ante los demás, por lo que el orden de género prevaleciente induce a los sujetos a presentarse como seres con una

esencia engenerada que los coloque dentro una categoría particular y apropiada, sea como hombre o como mujer. Esto se hace a través de actos performativos que recrean de una manera observable esa categoría, acto siempre cortado a la medida de la audiencia y la situación (Schwalbe y Wolkomir, 2001: 90). Esta esencia puede inducir a los varones, a veces de manera inadvertida para ellos, a presentarse como poseedores de una masculinidad ideal. Esto puede invisibilizar las conductas reales de sus prácticas cotidianas como hombres, y disimular y omitir los significados sobre la masculinidad y las relaciones de género que predominan fuera de la esfera de lo políticamente correcto. Esta actitud no siempre surge como estrategia reflexionada, emerge a partir de la sensación de amenaza en los varones a partir de las preguntas que exponen su "self masculino" como ilusorio (ídem: 91).

Rodrigo Parrini ha dado cuenta de cómo resulta complicado abordar la masculinidad directamente con los varones. Él mismo detecta que "en este contexto se avizora una distancia entre lo que se piensa y lo que se hace, entre lo que se considera justo y lo que se estima necesario y, en términos generales, entre los significados y las prácticas". Bajo este antecedente, Parrini decide usar la estrategia de abordar el tema por "sus costados" abordando el erotismo y la sexualidad con sus sujetos. Para Parrini sus sujetos parecen no ver su masculinidad cuestionada dentro de esos temas (2007: 163-164). Una afirmación así parece inverosímil sobre todo cuando aborda temas como el deseo hetero y homosexual con los varones en su estudio. Con lo que si se está de acuerdo, es que al abordar la masculinidad con varones la práctica y discurso, aunque son elementos que constituyen la producción de sentido, en algunos puntos se encuentran disociados.

Con respecto a varones con antecedentes de consumo de sustancias existe una situación particular al querer abordar las significaciones que estos hacen de lo que es o no masculino en sus prácticas de consumo. En una exploración previa, se les pregunto a consumidores y exconsumidores de drogas sobre sus concepciones de cómo debe ser un hombre. Las respuestas fueron enunciadas desde lo ideal, expresadas con espíritu equitativo alejado de la necesidad de poder, lo cual no coincidía con las prácticas

observadas y las anécdotas descritas por ellos. Si había una masculinidad democrática, no estaba representada fielmente en la vida de estos sujetos. La pregunta en sí (¿cómo debe ser un hombre?), invoca a responder en base a los estándares esperados en los sujetos que se consideran dentro de la categoría hombres, por lo que parece no ser efectiva si se buscan conocer las prácticas concretas en las que participan los varones. En estos varones se detectó que, aunque advierten la predominación de hombres en la práctica del consumo, no existe una asociación clara o consciente entre los mandatos de masculinidad y el consumo de drogas.

Este velo en el significado del consumo circunstancial de drogas como productor de masculinidad puede servir de entrada para conocer el proceso de constitución de la masculinidad sin intimidar a los consumidores. Cómo decíamos al inicio, dado que el consumo de drogas es una práctica que se inscribe sobre el cuerpo, y el consumo de drogas es una actividad históricamente de hombres, conocer los usos y significados del consumo circunstancial de drogas nos puede ayudar a conocer la manera en que se estructura la vida social de estos hombres, y el proceso por el cual se significan los usos del cuerpo como masculinos.

Ante estos supuestos, abordar los patrones y escenarios de consumo de estos varones parece ser una puerta menos amenazante para nuestros sujetos, un “costado” que pareciera más efectivo para conocer los significados imperantes de lo masculino y el proceso de construir la masculinidad. Se espera que los significados latentes vinculados a la masculinidad contenidos en la práctica del consumo de drogas circunstancial sean develados a través del análisis de los datos obtenidos en las entrevistas.

CAPÍTULO VII

RESULTADOS Y CONCLUSIONES

En este capítulo describiré el contexto dentro del cual realicé las entrevistas a los informantes. Un relato sobre el cómo se estableció el contacto, y la exposición de algunas anécdotas durante mis visitas al lugar. Me interesa por un lado dejar al lector una descripción del procedimiento de contacto con los informantes, y por otro, particularizar el caso de los varones que participaron en el estudio describiendo el contexto en el que actualmente se desenvuelven: el centro de rehabilitación. En un segundo apartado de este capítulo, hablare de los temas más recurrentes durante las conversaciones con los informantes y que se relacionan con las categorías de análisis construidas para esta investigación. Para el análisis se eligieron aquellos discursos que aluden a los procesos de constitución de la masculinidad. Procesos representados en sus prácticas del consumo de drogas. En un tercer apartado, desarrollaré las conclusiones que resultaron del análisis del contenido de las entrevistas y el contexto donde se realizaron.

HALLAZGOS

EL CONTEXTO DE LOS INFORMANTES

EL "MUNDITO" DE LAS DROGAS

El contexto del consumo de drogas, o "mundito" como lo llama el Diablo (uno de los informantes), está integrado por diferentes escenarios. Por un lado están los espacios de abstinencia: los centros de rehabilitación donde se va a "quebrar" que es una expresión con la que se denomina al proceso de desintoxicación. Por otro lado están "las calles", escenario en el que generalmente encontramos a los consumidores activos, los que "loquean" o "le ponen". En las "calles" están los puntos de consumo: el "picadero" o "yongo" que comúnmente son casas o edificios abandonados que permiten tener un espacio de privacidad para el consumo. En "las calles" también encontramos los punto de

venta de drogas: la “tiendita”, donde está el “pusher” (frecuentemente consumidor también) encargado de venderla al menudeo.

El centro donde se realizó el trabajo de campo, como la mayoría de los centros de rehabilitación del sector de la sociedad civil, es administrado por ex adictos o adictos en recuperación, como ellos mismos se denominan. También son los mismos ex adictos quienes conducen el proceso de rehabilitación.

Parte de las creencias expresadas tanto por el coordinador como por algunos informantes es que sólo las personas que han vivido dentro del “mundo” de las drogas pueden entender y por lo tanto ayudar a otro consumidor. Esto genera una percepción del abstemio como el Otro. Aquel que nunca ha usado drogas es un sujeto que carece de ciertos saberes y por lo tanto es incapaz de acceder al marco de referencia del consumidor. Alrededor de esta creencia los consumidores constituyen una especie de gremio al que solo se puede ingresar usando drogas. Este discurso del “mundo” de las drogas además de excluir al sobrio genera la creencia de que solo pueden relacionarse con otros consumidores y, si es “adicto en recuperación”, con otras personas en abstinencia.

Los centros de rehabilitación ofrecen un espacio para vincularse fuera del mundo del consumo sin enfrentar al estigma de la adicción. El Diablo explica que para rehabilitarse hay que alejarse del consumo pero al mismo tiempo solo se puede convivir con pares en la misma situación: “entre puro loco nos tenemos que juntar… locos pero con abstinencia”. Pareciera una especie de segregación voluntaria y reflexionada, sin embargo es el mismo dispositivo de la adicción y la criminalización del consumo lo que lleva a los consumidores y adictos en recuperación a construir su propio espacio. Un espacio donde los efectos discriminatorios del discurso del “enfermo” y el “delincuente” persisten, pero apropiados bajo su propio dominio lingüístico en “loco”, y “malandro”.

Los que “loquean” reciben cierta denominación de acuerdo a la droga de consumo principal: “tecato” para el consumidor de heroína o “chiva”; “cristalero” para el consumidor de metanfetaminas o “cristal”; “chemo” para aquel que consume inhalantes como solventes, pegamentos y gasolina; los que fuman marihuana; y los “botes de basura” que son usuarios que alternan el consumo de diferentes drogas o las utilizan de

manera conjunta en un mismo episodio de consumo. También se les denomina "botes de basura" a aquellos consumidores que durante su historia de consumo utilizaron la mayoría de las drogas disponibles. En su totalidad, los entrevistados refirieron haber consumido las drogas ilegales descritas, por lo menos en una ocasión. Este punto es importante porque se considera que hay sustancias más adictivas que otras. El nivel de "adicción" coloca a los consumidores en una pirámide en la cual sus niveles más bajos los ocupan aquellos que "se tiraron a la milonga", consumidores que están más "prendidos" o "enganchados" y que su vida cotidiana gira en torno al consumo y la búsqueda la siguiente dosis, viven en la calle prácticamente en la indigencia, y se mantienen de limosnas o de hurtos. "Tirarse a la milonga" es la antítesis del ideal de varón exitoso que se preocupa por el trabajo, las responsabilidades familiares y su salud. Comúnmente los que terminan en este nivel de la pirámide son los consumidores de heroína (los "tecatos") a los que se considera se encuentran viviendo el nivel más profundo de la "adicción".

Aunque la mayoría de los centros de rehabilitación son espacios cohabitados por ambos sexos, este centro en particular estaba dividido en dos secciones incomunicadas: uno de hombres y otro para las mujeres. Durante el periodo internamiento los hombres y las mujeres sólo coinciden en dos momentos: los días de visita familiar, y el día en que se realiza una reunión con todos los internos de ambos centros. Al preguntarles el por qué de esta separación por sexo, los informantes explicaban que las mujeres representaban una distracción para el proceso de rehabilitación. El Diablo explica los beneficios de esta separación:

> "[…] *te ayuda mucho porque siempre, siempre una mujer te desvía a lo que vienes, pierdes la razón del tiempo. Pierdes el sentido de lo que estás viviendo y de lo que te va a traer. Y mucho problema, y si te ayuda un chingo… Es que le pones más atención a la mujer pues, les ponen más atención. Nomas te enfocas en la mujer. Te enfocas en la mujer, entonces llega un momento donde te enfocas tanto en esa persona, en la mujer, que te olvidas de ti mismo pues. Entonces te acarrea varios problemas, porque vienen a aparecer los*

pinches defectos de carácter. Empieza la celotipia, la inseguridad, la desconfianza […]. (Diablo).

En este espacio la mujer es concebida como un impedimento para mantenerse sobrio, factor de riesgo para una recaída. Y la institución lo anticipa separando a hombres y mujeres y limitando el contacto a su mínimo indispensable. A diferencia de otros centros donde puedes "enredarte con una mujer", según palabras del Diablo, en este centro el contacto de cualquier tipo está prohibido. Solo comparten algunas actividades dos días por semana, siempre marcando una distancia física entre los sexos.

Los encargados de la vigilancia del centro también tienen la responsabilidad de mantener a los hombres alejados de las mujeres e inhibir su interacción. El mismo Diablo, cuyo servicio es la vigilancia del centro, refiere:

[…] yo sé que tengo que estar a la expectativa porque es mi servicio, porque estos gueyes no se quieran pasar de lanza con una mujer, mandar una cartita o sabes que…porque sabes que cuando uno se la ingenia siempre lo haces. Entonces tengo que estar revisando esos jales.

Se establece la vigilancia del deseo para evitar que los varones "se pasen de lanza", palabras que tienen dos acepciones comunes: abusar o intentar abusar del otro desde una posición de poder "aprovecharse", o subvertir una norma. La existencia misma de funciones como las que ejerce el Diablo hacen visibles las premisas de género que permean la ética del centro de rehabilitación. Una práctica discursiva que pareciera retomar la metáfora de la "Manzana de Eva" y la fábula bíblica que construye la imagen de la mujer como incitadora del hombre a la transgresión. Limitar el contacto con las mujeres (que en este espacio se construyen como generadoras del deseo, tanto como la droga misma) se convierte en una medida para mantener a los hombres alejados de la recaída en el consumo.

Otra estrategia para prevenir (y castigar) la recaída en el consumo, tiene que ver con una forma muy particular de disciplinar por medio de la "humillación". Aunque en todos los informantes negaron que se realicen este tipo de prácticas en el centro donde

se realizó la investigación, aceptaron que se realiza en otros centros de rehabilitación. Esta medida consiste en vestir de mujer a aquel interno que recae en el consumo de la droga. Frankie nos narra su experiencia:

> *[…] a mi me toco que me rasuraran todo, hasta los huevos. Me pintaban, me ponían peluca y me ponían en un barrotito, cuando recaías… a veces te daba miedo caer en el centro por todo eso…en la sala frente a todas y todos. Y terapiandote: "que como valías verga" o "sabes que, un chingo de tiempo (dentro del centro), y todo el sacrificio de tu jefita". Imagínate vestido de mujer frente a un chingo de gueyes, y luego ibas al baño y que te empezaran a nalguear, ¿tu como te ibas a sentir? (Frankie).*

Dentro del centro se actúa sobre los internos como si el cuerpo ya no les perteneciera permitiendo que otros dispongan de la apariencia, se suspende temporalmente la voluntad. Resignados, los internos aceptan el sometimiento a este régimen disciplinario, al fin y al cabo los llevara a "ser un hombre de bien". En este caso la feminización de la apariencia hace una dramatización del menosprecio de lo femenino y del sometimiento al que están sujetas la mujeres; una posición que los hombres luchan por evitar. Con este castigo se intenta inducir una aversión al consumo de drogas, invocando el menosprecio por lo femenino que se espera sea parte de cualquier sujeto que se asume como hombre. ¿O acaso se les pregunta a estos varones si vestir de mujer les parece ofensivo? Una misoginia implícita se produce y reproduce en el acto del castigar al reincidente "convirtiéndolo" en mujer.

Otro aspecto interesante de las descripciones de Frankie es el uso del término "terapiar"[11] proveniente del campo de la psicología y la psiquiatría. Este se utiliza comúnmente para describir una conversación entre un "experto" que intenta reorientar la conducta apelando a una serie de verdades, y un "enfermo" que necesita ser "aliviado" por medio del saber del experto. En este contexto, el término es utilizado coloquialmente

[11] Del concepto terapia, convertido aquí en verbo.

para referirse a aquellos intentos por persuadir por medio de la palabra. Para muchas personas tanto el esfuerzo terapéutico del experto como el intento de persuasión del profano, son intentos por controlar la voluntad por lo que muchas veces se percibe como un intento de anular su autodeterminación. Esto puede ser más amenazante para los hombres para quienes la autonomía es la medida de su masculinidad.

Aunque no le tocó ser castigado el Diablo también estuvo internado en un centro donde utilizaban este procedimiento:

> *Era una aplicación que todo recaído tiene que vivir…3 días, bueno había centros que hasta mas días… Sentados en un barrotito, exhibidos, muchas veces hasta bichis. Mujeres, hombres. Delante de toda la multitud en la sala de terapia… vestido de mujer. Los ponían muy en su papel, los embichaban, delante de las mujeres, ahí bichis. …toda la madrugada haciendo limpieza, no, un chingo de cosas… Terapia, terapia mental. Y no, también terapia física… chingazos cachetadas, sopapos…*

En este caso, la feminización del interno en recaída es acompañado del uso de la violencia física. La exposición de la desnudez y la humillación pública recuerdan las torturas de los criminales en el siglo XVIII descritos por Michel Foucault en su texto Vigilar y Castigar. Aparece de nuevo el término "terapia" tomado de la clínica psiquiátrica para nombrar esta "aplicación", como la llama el Diablo, de castigar al interno que recayó en el consumo. Posiblemente esta denominación permita constituir los métodos utilizados como estrategias curativas loables y no sean interpretados como actos de violencia.

Otro elemento importante en el contexto del centro son las premisas utilizadas para conducir al interno a la abstinencia. El proceso de rehabilitación en este centro está atravesado por los discursos médico-psiquiátrico y religioso. Estos discursos están sintetizados en los 12 pasos propuestos por la agrupación de Alcohólicos Anónimos. Hasta ahora hemos mencionado los doce pasos pero no los hemos descrito ni explicado cómo

operan en el proceso de rehabilitación. Los 12 pasos pueden ser interpretados como una tecnología del yo (Foucault, 1990) por medio de la cual un individuo es constituido como "adicto" y al mismo tiempo proporcionan un conocimiento para mantenerse sobrio. Estos son los doce pasos:

1. *Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.*
2. *Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.*
3. *Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, como nosotros lo concebimos.*
4. *Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.*
5. *Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.*
6. *Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de nuestros defectos.*
7. *Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.*
8. *Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.*
9. *Reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.*
10. *Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.*
11. *Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.*
12. *Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.*

El cumplimiento de estos pasos se monitorea dentro de sesiones semanales donde se reúnen los internos a reconocer su condición de "adictos" y dar testimonio de los

estragos que la “adicción” provocó en sus vidas. Son sesiones conducidas por otros adictos en recuperación que se considera han pasado la etapa crítica del proceso de rehabilitación y han logrado mantener la abstinencia.

El término “ingobernable” es de uso común entre los consumidores. El término es muy interesante, alude al rechazo de cualquier forma de autoridad expresada en la indisciplina del consumidor de drogas. Se presenta como la causa de su condición de “adictos”. Dentro del centro, cualquier actitud o acción que viole las normas es un indicador de “ingobernabilidad”, y por lo tanto está faltando al paso 1, la recaída es inminente. También el deseo de salir del centro antes de cumplir el tiempo de rehabilitación (3 meses) es un atentado a los doce pasos, un incumplimiento del paso 3. En una reunión en la cual se celebraba el aniversario de abstinencia de varios internos, el director del centro expresaba que solo Dios puede decidir el momento en que se está listo para dejar el centro.

Dentro de esta misma sesión de aniversario de abstinencia, se encontraban hombres y mujeres (los primeros a la izquierda y las segundas a la derecha del salón) y el director del centro explicaba que había pocas mujeres en el centro debido a que “las mujeres son más ingobernables que los hombres”. Esto lo abordare más extensamente el apartado de ELLAS.

EL INGRESO AL CENTRO

Hablemos del proceso de llegada al centro. Al ingreso se le llama “anexo” y cada interno llega a tener varios anexos en su historial. La solicitud de ingreso suele ser iniciativa de los familiares (esposa, hermanos y padre o madre) quienes con la autoridad del parentesco comúnmente presionan y forzan al consumidor a buscar la abstinencia. Pocas veces hay anexos que se den por voluntad propia del consumidor[12]. Aunque se declara abiertamente que la intención de iniciar el proceso de rehabilitación debe surgir desde el mismo consumidor, el procedimiento de ingreso inicia con la intervención de los

[12] Cuestión curiosa si lo que se trabaja dentro del proceso del centro es la de recuperar la voluntad sometida por la “adicción”.

familiares. La mayoría de las veces los consumidores son llevados de manera coercitiva; por la fuerza o con amenaza del uso de la fuerza tanto de los miembros del mismo centro como de la policía.

En este centro en particular, la estancia mínima son 3 meses, pero el sujeto puede permanecer más tiempo si así lo decide. Los egresos anticipados suelen deberse a fugas, o por petición de los mismos familiares que solicitaron el ingreso. La madre es referida como la persona que más comúnmente solicita el egreso. Según palabras del coordinador del centro, la madre y otros familiares suelen dar justificaciones para convencer a los directivos de que dejen salir al interno. La credibilidad de los familiares es poca, se les considera parte del problema del consumo, así como "manipuladores" y "mentirosos", al igual que los consumidores internados. A los familiares se les considera en parte responsables de la "adicción". La palabra "disfuncional" suena constantemente como adjetivo para describir a la familia de los informantes. Tanto los entrevistados como el coordinador del centro se refirieron a este calificativo como una de las causas de las adicciones. Disfuncional es un término utilizado por las disciplinas como la psicología para explicar ciertas pautas de interacción que se dan al interior de la familia. Se afirma que la "disfuncionalidad" conduce a los integrantes de la familia a comportamientos "anómalos". Distanciarse de las normas socialmente dispuestas y el incumplimiento de las funciones para las que existe la familia, son indicadores de disfuncionalidad.

ADICCIÓN Y SOBRIEDAD. LOS USOS DE LAS SUSTANCIAS, LOS USOS DEL CUERPO Y LOS USOS DE LA MASCULINIDAD.

En este apartado presento lo referido por los consumidores en cuanto a las ventajas y desventajas que el consumo de drogas les otorga. Además, presento como el discurso de la rehabilitación se articula con los mandatos de género para subjetivar la abstinencia.

En un primer punto, se abordaron las razones del consumo de los entrevistados. Las respuestas giraron en torno a una necesidad de inducir sus cuerpos a funcionar dentro de lo esperado principalmente en dos áreas: la sexualidad y el trabajo.

LA SEXUALIDAD

La arena sexual se presenta como un escenario donde la corporalización de los mandatos de masculinidad está a prueba. Para los varones entrevistados el efecto psicológico y fisiológico que tienen las drogas sobre el cuerpo durante la relación sexual, y especialmente durante el coito, es una de las razones por las que más se recurre a ellas. Dado que la masculinidad hegemónica se construye sobre la base de la heterosexualidad, el coito puede considerarse una práctica con la cual se reitera y reafirma la identidad masculina. En el caso de los consumidores de drogas se hace más evidente, sobre todo cuando encontramos que una de las motivaciones referidas para consumir es la de generar una experiencia sexual satisfactoria. Satisfactoria no solo en términos del placer obtenido en cada experiencia, sino en la satisfacción de conducirse dentro de la esperado que dicta cómo y con quién deben los varones llevar a cabo esta práctica. Desde la experiencia subjetiva del efecto fisiológico de las drogas, los informantes refirieron que estas les permiten evitar la vergüenza y el repruebo de la "impotencia" ya que lo evitan al auto administrarse las dosis que consideren necesarias para activar el deseo, la firmeza, el ímpetu y la duración necesarias para encarnar la masculinidad que se les exige. Así, la materialidad de lo biológico, lo que supuestamente determina la masculinidad de los hombres, encuentra en las drogas la posibilidad de hacerse efectiva gracias a los efectos corporales que se obtienen de cada dosis.

Tenemos el caso del Pelón, para quien el rendimiento sexual se vuelve un problema que hay que resolver para evitar el rechazo. Al preguntarle qué pensaba que iba a pasar si no consumía cristal al tener relaciones sexuales, me contestó "yo en mi cabeza, que me iban a dejar". Para el pelón, el acto sexual gira en torno al funcionamiento del pene, consumado en la erección. Cuando le pregunté qué era lo que

podía suceder en la relación sexual que ameritara el abandono de la pareja, el Pelón responde:

> *…porque había que llenar el requisito ese con la mujer. Había…tiene que ser un garañón, un bato aguantador y con un chingo de resistencia para llenarla, que te pida la "bacha", como decimos…hasta que ella te diga "ahí fue, ábrete de aquí", hasta entonces. Como te digo alimentando mi ego, mi yo, mi yo, sin importarme si ella está bien o no, si está contenta y satisfecha con lo que estamos haciendo. Sin preguntarle nada, no hay preguntas… si había que destazarla ahí, había que destazarla. Nomas puras mentiras. Hasta que se extasiara y me dijera "ya estuvo" (PELON).*

Por un lado hay un "requisito" que llenar, un precepto que cumplir, como si fuera un trámite burocrático el cual puede generar una multa si no se realiza. La amante se convierte en referencia del grado en que se cumple la norma. La mujer es el objeto en el cual se refleja el desempeño. La complacencia de la pareja es sobre todo la complacencia de los lineamientos que se siguen en la conformación de la identidad masculina. El auto monitoreo se basa en la medida del placer de la pareja y su "ahí fue, ábrete de aquí" como un indicador de que el tramite ha sido cumplido. Un tema ausente en el discurso del pelón es el del propio placer durante la relación sexual. Tal vez tenga prioridad dejar constancia del cumplimiento del mandato que experimentar placer sobre el propio cuerpo. Por otra parte, aunque se teoriza que el varón tiene el poder simbólico del falo, pareciera que es la mujer y su experiencia sobre ese falo lo que autoriza su poder; la que marca la pauta con su "ahí fue, ábrete de aquí" o su "ya estuvo". El Pelón está sujeto a una prescripción falocéntrica del acto sexual de penetrar y poseer el cuerpo de la mujer. Reconoce que el acto le permite "alimentar su ego" ya que la retroalimentación sobre la calidad del coito está referida a la duración de la erección y no tanto en la respuesta emocional satisfactoria de la pareja. El Pelón lo reconoce al decir que "mi yo, mi yo, sin importarme si ella está bien o no, si está contenta y satisfecha con lo que estamos

haciendo. Sin preguntarle nada, no hay preguntas…"; en el coito y la capacidad de los genitales para actuar de acuerdo a lo esperado tiene un peso importante en lo satisfactorio del acto.

El uso instrumental de la drogas, revela lo que es importante para este sujeto en términos de lo que se espera de un hombre. Para entender la relevancia del uso del Pelón explica una de sus utilidades:

> *Pues resistencia, capacidad de resistencia, aguante a la hora del acto. La heroína no te permite venirte en horas, si quieres. Al principio, esa es una ventaja… Hasta más de una hora, dependiendo. Hasta más si quieres. Depende como lo manejes. Todo está conectado. Si tienes la capacidad suficiente y necesaria, ahí te estás, ahí te estás, hasta que la canses y la hartes. (PELON).*

Dentro de este mismo tema de la resistencia, le pregunte también a Tito cómo eran sus relaciones sexuales cuando el efecto de la droga era el esperado, y respondió:

> *No pss era de cada rato, y de mucho tiempo, y pss haciendo todo, todo, todo bien pues, si me entiendes. Buena impresión a la compañera, a la muchacha, de eso que tú haces lo que tú quieras, no pasa nada, todo está bien. Todo lo que puede desear uno cuando tiene relaciones, como te quieres sentir, todo lo que quieres sentir, todo en general… en el modo, las posiciones, el modo de hacerlo, de que…de no parar pues, de no parar…(TITO)*

En los casos presentados existe el consenso de que "la buena impresión de la compañera", su satisfacción, se relaciona con la suficiencia temporal y la calidad del coito. La posibilidad de mantener la erección el tiempo suficiente y la capacidad de lograr reiniciar el coito la mayor cantidad de veces durante un mismo encuentro sexual parece ser la medida a la que intentan ajustar sus cuerpos estos sujetos. El efecto de la sustancia

parece concederles esta posibilidad de experimentar las sensaciones que se supone se deben sentir al tener relaciones sexuales. Tito expresa un discurso subjetivado del acto sexual y sus procesos, y se siente orgulloso de cumplirlo, y esto sucede porque la droga se lo "permitió".

También el Frankie nos comparte lo que obtenía de consumir drogas para las relaciones sexuales:

> *…más placer. Más que nada era eso. Con el cristal. Hubo un momento que la heroína ya no me pegaba, entonces use el cristal. A veces no podía tener relaciones, no había erecciones, te agüitas, vergüenza, conmigo con la muchacha y todo… Si no andaba bajo los efectos de la sustancias creía que iba durar menos, y pensaba que no me iba a satisfacer yo, ni a la otra persona (FRANKIE).*

Mantener la erección implica también retener la eyaculación. La eyaculación como acto voluntario se vuelve un reto para el Diablo, para quien no poder controlarla ahora que se encuentra en abstinencia le genera una preocupación.

> *…es que ese pedo de la eyaculación precoz es mental, es mental ¿por qué?, porque la última compañera que tuve lo trabaje y sabes qué y no, si sabes que, dure 3,4 horas acá, como dice uno, sabes que 6 sin zacate* (eyacular 6 veces sin interrumpir el coito)*, no. Pero ¿sabes qué?, pero dure más trabajando más la eyaculación que cuando al principio, cuando muchas veces la inseguridad, por llegar a un tiempo donde no lo haces y por no hacerlo, se acostumbre tu cuerpo a no hacerlo, pss se acostumbra a no hacerlo,. Y muchas veces digo esta cabrón, porque si traes algo (de droga), y se me pone una pinche vieja, pss imagínate, mi mente siempre va a estar y hasta ahorita ha estado, yo ocupo (droga) para satisfacer una persona (Diablo).*

Estos comentarios por momentos incomprensibles del Diablo, expresan una preocupación por los encuentros sexuales futuros. Ahora que se propone vivir sobrio,

existe incertidumbre con respecto a si podrá tener la capacidad para consumar el coito sin los efectos de la droga en su organismo. La posibilidad de recurrir a ella de nuevo aparece como la opción lógica para abatir la eyaculación precoz.

Para el Pelón, durante la relación sexual también es indispensable mostrarse afectivo hacia la pareja, esto además permite reforzar una imagen de buen amante.

> *Eres en su momento tierno, amoroso, eres un buen actor. Y digo un buen actor, porque no puedo decirte que todo eso lo siente uno. La necesidad de consumir te hace comediante en la vida. Y tiene uno mil mascaras para todo y para todos. Entonces en su momento si es necesario que seas amoroso y compasivo, y lo eres. Y lo disfrutas, lo disfrutas, alimentado el egocentrismo de uno es bueno pues, para uno en su momento, porque me da satisfacción. Te hace sentir bien cabrón, acá, tú estás bien "machin" (PELON).*

Aunque para el Pelón existe una compañera a la que hay que convencer y complacer encarnando un personaje (una "mascara"), también reconoce que al sujetarse a este rol termina experimentando una sensación de competencia, sintiéndose "cabrón" y "machin". En este caso ser afectivo no es consecuencia directa del efecto fisiológico de la droga, pero si una habilidad que se desarrolla en el "mundo de las drogas". Esto es parte por lo que a los "adictos" se les considera "manipuladores", ya que subvierten las normas y los límites generando una imagen aceptable a través de "mil mascaras" para acceder al apoyo de otros y poder seguir consumiendo.

Por otro lado, el Pelón nos deja ver que hay normas que dictan lo que "es necesario" durante la cópula aunque que se tiene que hacer aunque no "lo sientas", esta "comedia" representada por el Pelón permite que se constituya como buen amante. Tal vez sea esto sea un buen ejemplo de un acto performativo.

Otro aspecto relevante al que se hace referencia es sobre el efecto desinhibidor de las drogas. Los informantes expresaron como la droga permite transgredir los parámetros

de lo "normal" durante una relación sexual. La moral se flexibiliza y permite actuar ignorando los discursos sobre la sexualidad que son etiquetados como perversos, pero al mismo tiempo son representados como placenteros en el imaginario. Para Tito las relaciones sexuales bajo el efecto de las drogas eran más abiertas "en el modo, las posiciones el modo de hacerlo, de que…de no parar pues, de no parar…". En relación a esto le pregunté a Tito como se sentía durante la relación sexual si intentaba hacer sobrio lo mismo que hacía bajo los efectos de la droga:

> *Como con pena, como que se detiene uno más, ¿me entiendes?...en mi caso, yo lo miraba mal eso, sentirse como acá, muy psycho, muy acá. Como si no fuera normal, así me sentía mal, como si fuera a ofender a mi pareja, a mi esposa, la iba hacer sentir mal. Como dicen pues, como una pinche puta o una prostituta. (TITO)*

La expresión "psycho" es una abreviación de la palabra en inglés "psychotic", que se traduce como psicótico. Dentro de la jerga psiquiátrica psicótico es un término que ese refiere a un sujeto perturbado que actúa fuera de las normas de lo razonable y lo apropiado. Para Tito ciertas prácticas sexuales son incorrectas, y el realizarlas conduce a constituirse como un hombre trastornado. Además, Tito solo se permite ciertos comportamientos sexuales con las mujeres prostitutas, que considera de distinto valor, por lo que intentar realizar estas prácticas con la pareja insinúa una ofensa. Un mismo acto constituye dos tipos de sujetos diferenciados por género: el enfermo mental y la prostituta.

Otra forma de transgresión que es incitada por la droga es aquella que irrumpe la heteronormatividad. El Pelón expresa que la condición heterosexual puede verse amenazada por la droga (en su este caso las metanfetaminas), y nos dice:

> …lo peor de todo, de la droga esa, socio, es la conversión que te entra. Porque no es algo oculto, aquí no es algo oculto, adentro de los centros de rehabilitación como en las calles, no es nada oculto, ¿me entiendes?, que el cristal o el hielo, ¿me entiendes?, te van transformando, viejo. Te va entrando

una onda de homosexualidad machin, ¿me entiendes? Al grado de llevar a cabo actos aberrantes, bizarros, como se dice. Contrarios a la naturaleza del hombre… (PELON)

Se construye con este discurso una homosexualidad como ajena a todo varón, pero que es un estado que "te va entrando" al consumir la droga. Para el Pelón la heterosexualidad se construye como una condición innata a los varones, solo vulnerada por los efectos de la metanfetamina. Las fronteras del adentro/afuera, natural/antinatural, sano/enfermo, quedan quebrantadas pero no desaparecen.

Pero esta condición llega a aceptarse como parte de la misma "adicción", como un "gaje del oficio" del consumo de metanfetaminas. Para el Pelón, se acepta esta "nueva" faceta, e incluso la procura y anticipa:

En un principio es algo que no lo aceptas. Pero conforme lo vas viviendo, me entiendes, es algo nuevo, es algo nuevo para, para mí… Pero conforme va pasando el tiempo y mi adicción va avanzando, créeme, que llegas a concebir la idea de hacerlo parte de mí (la homosexualidad), yo lo hago parte de mi. Ya después, lo hago por placer… cuando yo voy y consumo se a donde, créeme, se a donde, tengo la capacidad o la conciencia necesaria para saber a dónde me va a llevar. Me va a llevar al mismo acto aberrante, me entiendes. Te estoy hablando de masturbarse por horas desde que caiga el sol hasta que salga, me entiendes. De estarme penetrando con chingadera y media, pues. No es algo nuevo, pues. Entonces, lo sigues cometiendo, lo sigues cometiendo, así sepas lo que te va a causar lo sigues llevando a cabo... el hielo te hace una persona como muy endeble… se puede decir como mas "gayson", pues… Mas gay acá, pues. Te aflora lo lencho, ahí, como decimos nosotros. Entonces, no es eso, sino que la misma loquera te lo va dando, eso.

Aquí el Pelón equipara la masturbación anal como parte del deseo homosexual. Y el ano queda delimitado como un órgano para el placer de sujetos con inclinaciones "aberrantes", y placeres anormales. Queda así planteada una anatomía de la

homosexualidad, un cuerpo con zonas donde su uso para el placer está prohibido. Pero además, la condición homosexual que genera la metanfetamina (cristal o ice) te vuelve una persona débil. Se identifica la condición homosexual como una situación de vulnerabilidad, tal vez porque para el Pelón el placer generado en ciertas zonas del cuerpo debe ser resistido por los hombres.

Cuando el efecto de la droga pasa, la posibilidad para usar el cuerpo fuera de los parámetros de la masculinidad se restringe de nuevo, y reaparecen las miradas que desaprueban la homosexualidad que parecían haber quedado ciegas:

> *…después es algo gacho. Porque vuelvo a la realidad, me entiendes. Después de haber o estado metido por horas, por horas en un cuarto, enclaustrado… Saber que esta mi madre ahí a un lado, me entiendes, que tengo hermanos. Que hay segundas, terceras personas, que también me conocen. Y luego con todos los delirios que traigo en la cabeza, y todas las ondas, me entiendes, después de haberme estado drogando por horas y horas, me entiendes. Y haberme estado marraneando conmigo mismo, me entiendes. Yo te estoy hablando de actos que yo hago conmigo. De ahí tener la capacidad, me entiendes, para poder mirar a mi madre, viejo, o a mi hermana o quien sea de la familia o al vecino, a quien sea, no hay me entiendes. Porque sientes que todo mundo sabe que el pelón se ha convertido en un marrano pues. En una persona sádica, acá, me entiendes. Con instintos de violador y maniaco pues, me entiendes.*

En el Pelón, ha sido subjetivada la homosexualidad como algo sucio (“marrano”) y perverso, asociado a una falta de control sobre el cuerpo para contener el deseo por el placer. Deseo incontenible que ha sido constituido en las categorías de “violador” y “maniaco”. Durante el periodo de intoxicación se apagan las moralidades, pero al pasar el efecto desinhibidor de la droga se “vuelve a la realidad”, se activan la vergüenza y la mortificación al punto de sentirse objeto de miradas que lo sancionan. El panóptico se activa de nuevo. El cuerpo se abstendrá de esos placeres, se monitorearan y aplacaran, por lo menos hasta la llegada de la próxima dosis.

EL TRABAJO

Otros episodios de consumo estaban aparejados con el trabajo o alguna actividad para recabar dinero. Tener solvencia económica también era punto relevante en la vida de estos varones. No solo obtener dinero para solventar los compromisos económicos, sino demostrar que se tenía un nivel económico resuelto ante los demás. Tito, quien aunque al inicio de la entrevista refería no usar la droga para trabajar, al preguntarle por las ventajas de usar "cristal", respondió lo siguiente:

> *…en el momento que fumaba cristal la mente me empezaba a funcionar acá, machin. Yo soy de las personas de que, yo fumo y soy una máquina, mi cabeza solo piensa como conseguir más dinero, como conseguir más droga y eso me motivaba pues. Empezar a hacer bisnes, empezar a hacer cosas… (TITO)*

Para Tito las capacidades personales para obtener dinero se incrementan ante el uso de un estimulante como las metanfetaminas. La experiencia personal de euforia se percibe como un impulso de energía que impacta en la sagacidad para idear formas de obtener dinero, idear "bisnes". Racionalidad y productividad son adquiridas por el efecto del cristal.

El Pelón también experimenta un aumento de su vigor, y esto le permite ser más productivo y competitivo frente a otros trabajadores:

> *La única ventaja que te da al principio el cristal es que te hace más rápido para hacer todo… Cualquier cosa que te pongan a hacer, cualquier actividad, me entiendes, siente uno. Y en un principio créeme que si. En un principio es uno bien movido, bien rápido para hacer cualquier cosa y destacas dentro de los demás, pues. Te da esa habilidad, me entiendes. De ser, como decimos aquí, de ser "súper súper". Haz de cuenta, si te ponen a barrer rápido lo haces "así", en breve y… órale no. Si ponen a otro a un lado de ti, te lo tragas porque uno anda bien zumbado, me entiendes. Y te llevas melgas pues, o sea, nadie la*

hace con uno, pues. Uno concibe esa onda en su cabeza. Te da la capacidad de resistencia también porque puedes trabajar, ¿me entiendes?, jornadas de 12 horas, de 15, hasta de 18 horas, me entiendes, hasta de 24 horas… en principio me daba eso, me entiendes, me daba eso, la capacidad de resistencia y hacer todo bien rápido.

Un incremento en la vitalidad se traduce en un aumento en el rendimiento físico. La posibilidad de ser competitivo aumenta las posibilidades de éxito laboral y mostrarse como una persona de plusvalía.

Esta perspectiva de la droga como impulsora de la productividad laboral también la refiere el Frankie, quien después de un periodo de abstinencia de dos años decidió retomar el consumo de cristal para generar más ingresos

…quería empezar a hacer las cosas más de volada para agarrar una feria de más… si trabajaba 8 horas, me venía de Calexico, sabes que me venía a la casa y sabes que, conseguir otro trabajo y agarrar otra feriecita mas, tener otro ingreso mas pues… tener otros beneficios mas, otro trabajo y más dinero. Por eso fue que dije "pss otra vez" (consumir de nuevo) y me empecé a curar (FRANKIE).

Haciendo una síntesis de lo revisado en este apartado identificamos en estos varones la creencia de que les permite actuar sobre su cuerpo para solventar los aspectos funcionales que se supone el cuerpo macho debe poseer. Pero por otro, la activación de un deseo "anormal" proyectado en el placer anal. Una especie de criptonita que pone en juego los discursos subjetivados sobre el placer y la preferencia sexual, y un uso ascético del cuerpo que ha sido descrito como hecho principalmente para producir.

Así también, las narraciones de los informantes dejan ver que hay partes del cuerpo de los varones que poseen una asociación directa con los roles masculinos. Por un lado el pene y testículos representan resistencia y fortaleza, mientras el ano representa suciedad, pasividad y homosexualidad, la antítesis de lo masculino. Por

otro lado, el uso desinhibidor de la droga deja al descubierto una ética de la alcoba. Exhibe un parámetro de lo permitido y lo no permitido en una pareja heterosexual durante el acto sexual, lo cual queda inmiscuido en una moral donde buscar formas para generar placer queda subjetivado como algo desviado o indecente.

LA REHABILITACIÓN COMO RE-HABILITACIÓN DE LA MASCULINIDAD

Tal vez el principal efecto del proceso de rehabilitación como tecnología del yo es que induce a los consumidores tomar otra perspectiva del consumo, no solo aborda las desventajas que tiene la "adicción" en la vida de los consumidores, sino las posibilidades que tiene la abstinencia de ser "un hombre de bien", es decir, cumplir los estándares de la masculinidad hegemónica.

Interesado en conocer cómo se interpreta la abstinencia en un mundo donde la práctica del consumo de drogas produce masculinidad, le pregunté al Pelón, que perdía con la abstinencia. Qué perdía en términos de capitalizar el valor que tenían las sustancias como instrumentos masculinizantes.

> *…yo sobrio, ¿que perdía? Mi pompa y mi poderío. Ficticios pues. Mi pompa y mi poderío y mi ideología. Sentía yo que me estaban como quitando mi armadura pues. Era un soldado de las calles. Esas ondas tenían en la cabeza, y tenía que despertarme y dormirme con eso. Y cuando te quitan eso…todo eso te lo dan las drogas, pero ya sin ellas, se siente uno desarmado (PELÓN).*

La experiencia subjetiva del efecto estimulante de las drogas como una experiencia de poder se repite en los informantes. En el ejemplo anterior, la abstinencia para el Pelón representaba una pérdida de su posición de poder.

Sin embargo, el Diablo enfatiza que hay otra capacidad que se habilita al conseguir la abstinencia:

> *La sobriedad lo que te regala es ser una persona de decisión…la abstinencia te regala que lo que tú decides o lo que tu pienses lo lleves a cabo. O sea, ser una persona que tome sus decisiones y las lleve a cabo, una persona, ¿sabes qué?, que si tú dices que no te vas a drogar, no te vas a drogar. Eso es lo que se puede decir que es una persona de temple. Una persona que, este pues, que sea una persona que sepa estabilizar sus emociones, que sea una persona que haya adquirido su fortaleza. Que no sea una persona endeble (DIABLO).*

El discurso del sobre el control y la voluntad aparece en la experiencia del Diablo. El consumo reiterado, abuso o uso compulsivo desde la psiquiatría, es interpretado por este como una falla sobre el control del cuerpo, al que hay que librarlo de la irracionalidad del placer. El deseo de consumir visto como una falta de voluntad que lo hace débil, "endeble". Un hombre debe ser capaz de resistir al deseo del consumo, incluso ante los malestares del síndrome de abstinencia. Si durante la etapa de consumidor la droga le daba "pompa y poderío", la abstinencia ahora le permite ser "un hombre de decisión" y "una persona de temple". Quedan clasificadas dos formas de poder: el poder del consumidor activo, que en el proceso de rehabilitación ha quedado estigmatizado como un poder desbocado e irracional; y por otro lado el poder del varón abstemio el cual ha sido significado como estable y dominado a voluntad.

Pero dar el paso a la abstinencia es una lucha contra el discurso proveniente del campo del consumo. En "las calles" la abstinencia es vista como una condición que se encuentran en las masculinidades subordinadas, como la de los niños o aquellos hombres sometidos por su pareja. Los consumidores activos, invocan la figura del varón dependiente de la madre o de la pareja cuando uno de los compañeros intenta mantenerse sobrio e iniciar un proceso de rehabilitación. Al preguntarle al Pelón como era

la reacción de los compañeros al enterarse que alguien tenía intenciones de mantenerse sobrio, este nos relata:

> *Diciéndole que era un apañalado, que su mama ahora lo piloteaba, y si tenía mujer, pues "tu ruca te pilotea", sabe que: "pa' eso me gustabas, pinche gatito leandro, ábrase de aquí guey, le va a pegar su mama, hágase pa'lla, no le esté jugando al loco"…los que no consumían eran ñoños. (PELON).*

Se deja ver un discurso sobre el consumo de drogas que representa una independencia de la madre, la entrada a la vida adulta. La autonomía en las decisiones sobre el uso del cuerpo es interpretada como expresión de la masculinidad. Ser "apañalado" sugiere la vuelta a una etapa de la vida donde el control del cuerpo viene "desde afuera" de los sujetos, como cuando dependíamos de papá y mamá para mantenernos limpios. El dejar las drogas representa para los compañeros del Pelón un retroceso al espacio seguro y protegido de la madre, y sugiere la incapacidad para valerse hacerse cargo del propio cuerpo (después de todo el discurso jurídico nos ha enseñado que solo los adultos tienen la capacidad para consumir drogas). Además la sobriedad implica un distanciamiento del grupo de hombres, ese lugar donde las demandas de las mujeres no tienen cabida. Pareja y madre representan las figuras de la feminidad y, en este contexto, de la abstinencia. Como si la relación con otros hombres debiera tener prioridad frente al vínculo con la pareja y la madre, para no ser etiquetado como "chapete". La figura del "chapete" nos recuerda que dejar el consumo es también amenaza al grupo de pares, se considera un acto de deslealtad y traición.

> *…los que consumían y dejaban de consumir eran unos drogadictos arrepentidos. Chapetes… en las calles hay ciertos códigos… no se pueden quebrantar, también tiene sus reglas las calles, pero si los quebrantas entonces eres como chapete… (PELON).*

Y uno de estos códigos en el "mundo de las drogas" es obviamente consumir drogas. El grupo de consumidores también es un campo de fuerza con el que hay que lidiar. Al preguntarle al Diablo cómo reaccionan los compañeros cuando saben que va entrar a rehabilitarse responde:

> *No pss hasta ahorita no me la perdonan... Y que es lo que tengo que hacer, pss drogarme pa' poder que ellos me acepten, pa' poder ellos aceptar, pss son locos y pss para andar yo con ellos y no usar, pss necesito usar para andar con ellos.*

Participar de la homosocialidad es un acto constitutivo de lo masculino, si un varón a adquirido estatus de hombre a través de la socialización con otros hombres, y en este caso con otros hombres que consumen drogas, la separación de ese espacio implica hacer una separación también del tipo de figura masculina que estos hombres venían gestionando a través del consumo de drogas. Tal vez sea un paso difícil para aquellos varones que han asumido por mucho tiempo un tipo ideal de varón, que a partir de la abstinencia intentan disolver.

HOMBRES SIN H. LA MASCULINIDAD "INCOMPLETA DEL ADICTO"

Dentro de una serie de principios para lograr recuperarse de las drogas, encontramos que se apela al vocablo "hombre" para cuestionar la masculinidad del varón consumidor que participa de la rehabilitación. Una estrategia para exponer que un "adicto" pierde lo que se tenía de hombre o fracasa en el proceso de alcanzar el estado ideal al que debe aspirar un verdadero hombre. Dentro de la perspectiva de este centro, el "adicto" es un sujeto incompleto debido a las vicisitudes que el consumo atrae a la vida de los varones, que le desvían de su proceso "natural" de masculinización y le impiden constituirse como hombre. La forma de explicar esta carente o inacabada formación la masculinidad es utilizando la palabra "hombre" como representación del sujeto varón. Una correspondencia entre la estructura del vocablo y la estructura del sujeto, quien corre el riesgo de "perder" su género debido al consumo de sustancias. Como si apelar a la

ausencia de la H, “ombre”, produjera un tipo de varón que no entra en las filas del ideal masculino. El Diablo nos explica esta expresión de los hombres sin H:

> *Hombre con H es una persona que el cual, simón*, *por ejemplo yo soy hombre porque tengo mis partes, pene y testículos, pero no quiere decir ser hombre, porque también los homosexuales ahí la traen y no lo usan. Hombre aquí se le dice a una persona responsables, trabajadora, saca adelante su vida, a los demás, una persona con responsabilidad, y más que nada llevándolos a cabo. Y un hombre sin H, es una persona todo lo contrario, una persona cobarde, una persona que de antemano sabes que le dan una responsabilidad, prefiere drogarse que adquirirla. Y pss ya te la sabes, todo lo contrario a una persona responsable, a lo que realmente se dice ser hombre (Diablo).*

Para el Diablo, la rehabilitación permite la reivindicación del varón para con las normas y naturaleza de su género. El adicto carece de las cualidades de su género: responsabilidad, liderazgo, productividad. El adicto con su uso no autorizado de las drogas viola la ética masculina. La rehabilitación, desde este enfoque, es una redirección hacia la un comportamiento “apropiado” para el hombre. Al preguntarle si los varones homosexuales podían ser tan responsables como el varón heterosexual, bajo esta lógica de “no usar el pene y testículos”, el Diablo respondió: “*Pss yo creo que nomas en lo que ellos quieren, tán curiosos…”.* El Diablo considera como un tipo de desobediencia por parte de los varones homosexuales, quienes atentan contra la normatividad masculina al actuar solo “en lo que ellos quieren”, en oposición para lo que están hechos. La expresión de “’tan curiosos” se convierte en un reproche a su a rebelión, y una burla. Este reproche es un eco de la reprobación que predomina socialmente hacia la vida fuera de la heteronormatividad, esencial en la constitución de la masculinidad hegemónica.

ELLAS EN EL “MUNDO” DEL CONSUMO DE SUSTANCIAS

Indagar sobre la representación de la mujer consumidora interiorizada en los participantes, obedeció a entender el proceso de construcción de la identidad de género, en la constitución de la masculinidad. Se ensayaron varias preguntas para encontrar como participa la mujer consumidora. Saber si el "mundo de las drogas" era percibido por los informantes como un mundo engenerado y de qué manera, y cuáles eran las pautas que marcaban las relaciones de género. Cual era la interpretación sobre el consumo de las mujeres y como se articulaba con la constitución de la masculinidad de los varones usuarios. Conocer también los mecanismos que mantienen la hegemonía de los hombres en el campo del consumo de drogas, donde se considera esta práctica comprensible en los hombres pero reprobable para las mujeres.

Un primer hallazgo es que existe una ética del consumo que se impone a las mujeres. Las relaciones de género que se establecen en el contexto del consumo, la mujer "adicta" se convierte en moneda de cambio al considerarse sometida por el hábito de consumir. Su cuerpo, que debería de estar al servicio de la maternidad y establecerse en el territorio privado del hogar, se desvía de su función "natural". Si los hombres se empoderan a través de la masculinización en el proceso de consumo, para los entrevistados la mujer se considera que sucede lo contrario; consideran que las mujeres ven mermada su feminidad por el proceso "adictivo". A Tito se le preguntó que se piensa de las mujeres que usan droga y esto fue lo que contestó

> *…que la mujer que usa drogas, es más fácil de hacer lo que quieras con ella.*
> *Pss a los hombres (QUE USAN DROGA), se les ve como malandrines, como delincuentes, como… si pues, así como delincuentes como malandrines. Y a las mujeres como, pss así como más, como prostitutas, o como liberales o como…yo así las miro.*
> *Ps como yo las trato, como de que si, como alguien como, como todo el tiempo he creído, como si yo tengo una cantidad de droga, ella es mía, o como que no tienen valor, son del mejor postor, así como unas cualquiera…*

Las mujeres que consumen quedan clasificadas como propiedad pública cuya pertenencia será para el mejor postor como si estuvieran en una especie de subasta constante. Para estos varones las drogas alejan a las mujeres de sus funciones reproductivas. Pareciera que existe una creencia generalizada de la mujer que practica el consumo de drogas como alguien subyugado por el deseo del consumo, no hay deseo de tener relaciones sexuales, solo deseo de obtener la droga. Y la prostitución como el único medio para conseguirla, no hay una reflexión sobre la parte que le corresponde al varón sobre el aprovecharse del deseo de consumo en las mujeres como una oportunidad para explotar a la mujer. Esto por supuesto es una visión desde los varones~~, varones~~ preocupados por su lugar como hombre; habría que preguntarles a las mujeres cual es su experiencia sobre su cuerpo y su capacidad de ejercer poder.

El Pelón por su parte, nos dice que las mujeres "adictas" son más vulnerables y manipulables:

> *Las adictas por la necesidad de consumir, por una cantidad leve, una cantidad sarrita la que sea, es tuya. Por su necesidad, sin importar como y de qué manera estés, si estás bien chilo, bien gachote, o que le vayas a hacer… ¿Las mujeres que usan drogas? Que son unas leandras… drogas, como decimos, unas arañas, son unas escrapas, unas escrapas de la sociedad.*

Para el Pelón las mujeres abaratan su cuerpo como consecuencia del consumo. La mujer que usa su cuerpo como mercancía o por mero placer, pierde valor ante los ojos del Pelón. Y esta devaluación se relaciona con utilizar su cuerpo en pos del consumo y no para lo que fue concebida, la crianza de los hijos y la guía moral de la familia. El pelón considera que

> *"En el hombre es algo común porque dicen que eres bien idiota, y es normal que el hombre se alcoholice, use drogas …una mujer borracha es repudiada, es un mal ejemplo, porque es madre de familia, y si es madre de familia es cabeza de familia." PELON*

Otro aspecto interesante es que se considera que la mujer, cuando llega a consumir, es más vulnerable a caer en la "adicción". Se considera que el acceso a la droga es más fácil para las mujeres, precisamente debido a que las el cuerpo de las mujeres tiene valor de cambio:

-… se puede decir que es más fácil para ellas consumirla, por el hecho de ser mujer

-¿Mas fácil en qué sentido?

-Pss en el sentido de que es mujer, tú sabes que nomas es cuestión de que nomas patitas abiertas y pss en caliente, buscan y encuentran la manera.

El Pelón también reconoce que dentro del "mundo" de las drogas las mujeres se les consideran como una persona devaluada, y frente a la sociedad más extensa el estigma las coloca aún más abajo en la pirámide social que al varón "adicto".

…Es algo anormal. No es permitido dentro de la sociedad. En el mundo del drogadicto si pero en la sociedad es muy rechazada la mujer que consume drogas. En el hombre es algo común porque dicen que eres bien idiota, y es normal que el hombre se alcoholice, use drogas. Pero en una mujer no, hasta donde yo sé no. Porque si fuera permitido, algo bueno, las prostitutas en la calle serían bien aceptadas. Y sin embargo con el solo hecho de ser prostitutas y se alcoholicen ya con eso son repudiadas (PELON).

Se le considera también que las consecuencias de la adicción son más severas para la voluntad de las mujeres que para los consumidores varones. La urgencia de consumo es más imperiosa para las mujeres.

No, pss la mujer es más extremista, más compulsiva que el hombre… lo que tiene la mujer es que, es uno tras otro uno tras otro. Tú le puedes poner una

onza de cristal a una jaina y en chinga se lo mama, en una noche, y el hombre no (DIABLO)

Aquí el Diablo establece una diferencia en el control sobre el consumo. Dejando ver que para las mujeres están más expuestas a perder el control que los varones. Persiste una visión de la mujer como incapaz de actuar contra la "fuerza" de la adicción, como sin poder alguno sobre lo exterior o sobre el propio cuerpo.

Hasta aquí presento una serie de hallazgos que me parecieron más relevantes para entender cómo se constituye la masculinidad dentro del "mundo de las drogas". Retome solo algunos de los temas explorados que me parecieron reveladores para entender a los varones que consumen drogas como personas que actúan dentro de un discurso predominante sobre lo masculino, y como este discurso actúa de mediador de los significados sobre los usos de las drogas en la constitución de la identidad de género.

CAPÍTULO VII

CONCLUSIONES

Los principales hallazgos me permitieron hacer visibles un aspecto del consumo antes invisible para mí. Las cuestiones de género que atraviesan las prácticas del consumo. Estas cuestiones me permiten entender de una forma distinta a los sujetos que inicialmente catalogaba como "enfermos" actuando desde mi perspectiva de psicólogo clínico.

Una primera reflexión es que la práctica del consumo no define por sí sola la condición de los sujetos consumidores. También el género atraviesa las interpretaciones de los cuerpos "adictos" y genera formas particulares de significar el consumo de drogas. Hay que matizar que no todos los episodios de consumo son movilizados por una necesidad de engenerar el cuerpo o posicionarse dentro de lo masculino. La necesidad de mitigar un malestar físico producto del síndrome de abstinencia, la "malilla", movilizan el consumo de una manera imperiosa y se articula también con muchos de los actos de consumo, sobre todo cuando el cuerpo del consumidor ha pasado ya lapsos prolongados de tiempo interactuando con la sustancia. Es decir, el elemento género no es un concepto que dé cuenta de la complejidad del fenómeno del consumo de drogas, aún cuando impacte de manera importante estas prácticas.

La construcción de la adicción como un desorden en el deseo y el placer para los sujetos, a quienes se les exige una racionalidad que controle los impulsos del cuerpo al que hay que disciplinar para conseguir ser un hombre "de bien". Como expuse antes, la racionalidad es un valor de lo masculino que se impone a los varones como forma de controlar la irracionalidad de las emociones. Se podría decir que los varones intentan validarse como tales ante los discursos imperantes de lo masculino y ante las miradas que califican esta condición. Es decir, intentan actuar dentro de cierta "normalidad" y no tanto resistirse a las normas que sancionan el consumo.

Esto me lleva a otra reflexión. El consumo de drogas es precipitado por una forma particular de los sujetos consumidores de disciplinar sus cuerpos que se perciben incapaces de actuar dentro de la ética masculina. En el mundo de las drogas, este mismo

principio normalizador de la medicalización subyace para el uso no-médico de las sustancias. Los varones hacen uso de estas para concretar lo que desde su experiencia se espera de un hombre en términos de funcionamiento corporal y desenvolvimiento social.

El consumo de drogas da la percepción de que el cuerpo encarna los mandatos de masculinidad de una manera eficiente gracias a los efectos de las sustancias. Después de todo para eso se hicieron las drogas: para solventar las "necesidades" del cuerpo y solucionar sus malestares no sólo en términos de salud, sino en los aspectos donde el cuerpo se convierte en capital social.

Al mismo tiempo, la noción de "adicción" genera la idea de la imposibilidad de adscribirse a otras pautas indispensables para la conformación de lo que debe ser un hombre. Principalmente la noción de responsabilidad tan recurrente en las expresiones de los entrevistados. Elemento de la masculinidad que se pierde debido a los estragos de la adicción. La noción de responsabilidad aparece como el mandato que tiene el valor más alto de la ética masculina dentro de este grupo. En la responsabilidad están contenidos valores masculinos como la autosuficiencia, la productividad, la capacidad de hacerse cargo de otros, y, sobre todo, de dirigir a los otros.

En los varones, tanto en el discurso de la rehabilitación como el del consumo se disputan el terreno de la masculinidad. El espacio del centro de rehabilitación se convierte en un ir y venir en el proceso de la resignificación entre el consumo de drogas como acto masculinizador y, en el otro polo, la posibilidad de ser el tipo de hombre que te permite alcanzar un cuerpo sobrio, "limpio"

Otra reflexión importante es que siempre se es hombre para alguien más. La capacidad de mostrarse hombre siempre lleva implícita una alusión externa que se toma como referencia de lo propio. El mundo de las drogas es un espacio público, un escenario donde se construye la masculinidad sobrellevando los peligros y retos que presenta. Esos riesgos también son construidos desde la medicalización y la criminalización que al

ostentarse como un poder que disciplina al consumidor, al mismo tiempo se presenta como un reto a los varones que intentan socavar esos discursos que los intentan someter. Es decir, al ser vistos como practica de riesgo pone en juego los discursos de temeridad y audacia que se pregonan en los mandatos de masculinidad.

El mundo de las drogas, también es un espacio donde los varones encuentran una audiencia real. También es un espacio donde se constriñe al varón, los actos tienen público fiscalizador inmediato y no sólo imaginado, se enfrentan al régimen de género imperante.

Algo que me parece interesante también, es el manejo del poder en las relaciones dentro del centro de rehabilitación. La premisa de que sólo los consumidores entienden la vida de otros consumidores excluye a cualquier otro individuo de participar en las relaciones de recuperación, en la imposición de la disciplina. También se excluye a los "profesionales" de la salud y al representante de Dios como autoridades interventoras del proceso. Esto deja la impresión de que el "adicto" está entre iguales, y que el interés de los compañeros por castigarlo, reprenderlo o presionarlo para confesar/aceptar su problema con las drogas es producto de la empatía y no una estrategia de poder sobre él. Esto disminuye la resistencia, asumiendo los 12 pasos y otras intervenciones (como vestirlos de mujeres o golpearlo) como genuinos y necesarios procedimientos para alcanzar la abstinencia. Después de todo, una vez que el adicto se encuentra en abstinencia dejara de ser depositario del estigma y el sometimiento, y pasara a formar parte de aquellos que disciplinan otros adictos y, primordialmente, llegar a ser un hombre con "H".

La "ingobernabilidad" aparece como síntoma de esa enfermedad llamada "adicción" que solo se cura por medio de la obediencia, no al director del centro (que obviamente participa de ese poder) o alguna otra encarnación de autoridad, sino a los 12 pasos. El deseo de consumir drogas de nuevo se convierte en una pérdida del control y la voluntad, algo que no pasaría en un hombre de "temple".

Esta forma de poder despersonalizado, parece ser una forma efectiva para disciplinar. Una vez asimilados e interiorizados los 12 pasos, el "adicto en abstinencia" tenderá a vigilarse a sí mismo. Las mortificaciones de volverse un ingobernable, un hombre sin H, o una persona sin decisión, lo mantendrán alerta de su obediencia y de su nueva faceta como varón.

Dentro de las representaciones de estos varones entrevistados, el homosexual aparece como un individuo que inutiliza sus genitales (DIABLO), actuando fuera de las nociones falocráticas de un varón heterosexual saludable (Potts, 2000). La posesión de pene y testículos tendría que inducir de manera natural a los varones al cumplimiento de ciertas pautas sociales, principalmente a la posibilidad de comandar a otros y a disponer su cuerpo como instrumento de producción y reproducción. Ante esto, pareciera que la masculinidad solo se constituye en un actuar específico del cuerpo, y no en la materialidad del cuerpo considerado de varón. Pero ese actuar con el cual se constituye la masculinidad no comprende cualquier práctica, el cuerpo del varón está hecho para el trabajo y la fuente de voluntad proviene del pene, la constitución de la masculinidad se ancla en cuerpo engenerado del varón. Cuerpo inmerso en los dualismos activo/pasivo heterosexual/homosexual y productivo/improductivo que estructuran el marco de referencia de la calidad de varón que se es. En el caso del consumidor de drogas, el deseo de consumir como actividad prioritaria desvía de la "responsabilidad" y se asocia con su fracaso para cumplir los mandatos de la masculinidad. Aunque desde la subjetividad de los consumidores, el efecto de ciertas drogas les permite solventar estos mismos ideales.

Helen Keane expone que evocar el discurso de la drogadicción en el cual el adicto deja todo para alimentar su hábito, enfatiza la alienación de estos varones de la hombría normal. La desviación intencional de la masculinidad convencional es rápidamente interpretada como patología (2005, p.201). El discurso médico de la pérdida de la voluntad como consecuencia de la adicción se interpreta como una pérdida de responsabilidad, fortaleza y autocontrol, y no sólo como un daño físico que afecta la salud.

Otro dato interesante, es que la percepción de lo femenino y el lugar que ocupan las mujeres en la estructura social son alusiones implícitas constantes, tanto en el escenario del consumo como en el proceso de rehabilitación. En general son alusiones que reproducen una mirada sexista que coloca a las mujeres en estereotipos de víctima, manipuladora, y promotora de la lujuria, y por otro lado como personas que solo ven consumada su realización a través de la maternidad. Todas estas son condiciones que los varones tienen que repeler, enunciando su deseo por poseerlas y/o someterlas. Esta visión que se tiene de las mujeres al parecer es una amenaza para su posición de poder basada en la racionalidad. Esto refuerza el argumento de Victor Seidler (1995), quien considera que la mujer es constituida como la depositaria del poder para rechazar al varón que, de darse, deriva en una desaprobación de otros hombres que basan el prestigio masculino en la conquista y sometimiento del "sexo opuesto".

Considero que algo necesario de abordar será la perspectiva de las propias mujeres sobre el "mundo de las drogas". Comparar sus experiencias como consumidoras con la experiencia de los varones para conocer como ha sido subjetivado el discurso de la "adicción" y la "abstinencia" en sus vidas. En este estudio lo varones colocaron a la mujer en términos despectivos expresando un descalificación constante hacia la mujer que usa drogas. Estas expresiones por supuesto deben influir de alguna manera en la construcción la subjetividad de las mujeres que participan de esta práctica. Sería interesante conocer cuales significados se producen ante esta mirada de sus compañeros consumidores y cómo interactúan también con los discursos médicos, jurídicos y religiosos donde predomina una mirada androcéntrica.

Haber empleado la perspectiva de género me permitió entender a los consumidores no como enfermos o delincuentes, sino como sujetos inmersos en una dinámica de socialización donde la droga es vista como una vía para configurar su identidad de género. Este tipo de estudio expandió mi panorama sobre el consumo de

drogas para observarlo como una forma de hacer genero, como un proceso para normalizar la masculinidad de los consumidores. Si se han de etiquetar estas prácticas como anómalas, tenemos que cuestionar también nuestro sistema sexo/genero, régimen discursivo que tiene un peso aun mayor que otros factores, como lo argumento a lo largo de este documento.

REFLEXIONES SOBRE LA METODOLOGÍA

Reflexionar sobre la metodología es pertinente sobre todo porque me interesa reflexionar sobre mi forma de abordar el objeto de estudio, mi forma de tratar los datos y de interpretar los hallazgos. Me parece importante reconocer que este es mi primer esfuerzo formal de construir conocimiento con respecto a un tema. Esta investigación representó un reto para mí como psicólogo no encaminado a la investigación sino a la clínica, y que durante la mayor parte de su vida profesional ha acumulado conocimiento sin tener un método estructurado de sistematización de datos, indispensable en cualquier empresa científica. Me parece importante dejar claro que fue precisamente este conocimiento sobre la perspectiva de género lo que me ha permitido identificar el problema que se ha tratado en este documento, tiene mérito por permitirme observar cosas más allá de lo aparente. Sin embargo, generar conocimiento más profundo requiere de estructurar un proceso coherente de construcción de conocimiento, las herramientas teóricas y metodológicas explicitadas. Lo seguiré trabajando en futuras investigaciones

La pregunta de investigación es el elemento eje en toda búsqueda de conocimiento. Plantearla en términos no-causales (explicación tan buscada en el paradigma positivista) fue todo un reto para un psicólogo que viene de buscar el origen de los problemas como la única forma de construir conocimiento sobre los fenómenos humanos. Gracias al trabajo de esta tesis y de mi proceso de “amaestrarme” (término con los que hago alusión a mi proceso de convertirme en maestro en estudios culturales, pero también a la conformación de una mirada moldeada por la educación) reconocí que la búsqueda de la “verdad” es una forma retórica de presentar información “científicamente

comprobada", que intentan anular el conocimiento informal que permea en los no-legos que tiene tanta validez e influencia como el desarrollado en las aulas y laboratorios. Replantie la pregunta de investigación de varias maneras por sugerencia de mis lectores y directores de tesis. Finalmente tome la propuesta de la Dra. Guitté Hartog que me pareció que dejaba clara la posición de no hablar en términos de causalidad y que al mismo tiempo segmentaba una parte del fenómeno para centrarlo en mi tema de tesis.

Otra reflexión importante es que las posibles respuestas a la pregunta de investigación generaron más dudas que certezas. La complejidad del fenómeno abordado despertó el interés por temas paralelos al tema del consumo de drogas. Por mencionar de algunas de estos cuestionamientos emergentes, el interés por conocer como las instituciones, cuya labor es la rehabilitación de "adictos" o la deshabituación del consumo de drogas, instauran ciertas formas de saber sobre las drogas y desarrollan también un poder para normalizar ciertas masculinidades. También el conocer la perspectiva de las mujeres que viven en el contexto del consumo de drogas es un tema relevante para conocer la otra cara de la misma moneda. Cómo se conciben en tanto mujeres que consumen drogas y que efecto tiene esta representación en sus acciones y relaciones genéricas. Otro tema que salió a colación y que abarca un fenómeno más complejo fue el de la medicalización de la vida cotidiana. Surgieron muchas interrogaciones sobre cómo se está medicalizando a la sociedad. Sobre todo me interesa que mandatos de género están implicados en las concepciones cuerpo y la salud y como se configuran las relaciones de género en sentido.

Hasta aquí cierro este trabajo. He tratado de dejar en claro mis propuestas y mis dudas con respecto a la constitución del género y sus efectos sociales. Espero que el lector las encuentre claras y precisas, pero sobre todo interesantes.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre R. & Guell P. (2002) *Hacerse hombres: La construcción de la masculinidad en los adolescentes y sus riesgos*. Organización Panamericana de la Salud.

Anderson, Tammy L. (1998) A Cultural-*Identity Theory of Drug Abuse. Sociology of Crime, Law, and Deviance, Volume 1.* Pages 233-262.

Barquet, Mercedes (2002). *Reflexiones sobre teorías de género, hoy*. En Umbrales no. 11, CIDES, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia.

Bermudez, Suzy y Cols. (1999). *Los aportes de la perspectiva de género al conocimiento en las ciencias sociales, la teoría de las relaciones internacionales y la concepción de los espacios*. Colombia Internacional, No. 45. Enero – Abril. Páginas: 27 -38

Bordo, susan (1986) *The Masculinization of Thought*. Signs: Journal of Women in Culture and Society. Vol. 11, No. 3. Pags. 439-456.

Butler, Judith (1988) *Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist*. Theatre Journal, Vol. 40, No. 4 (pp. 519-531). The Johns Hopkins University Press.

Butler, Judith (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. Ed. Routledge.
London

Carrigan, Tim; Connell, Bob; Lee, John (1985) *Toward a New Sociology of Masculinity.* Theory and Society, Vol. 14, No. 5 sep. pp. 551-604 Published by: Springer Stable http://www.jstor.org/stable/657315 Accessed: 13/04/2009 17:24

Connell, R. W. (1997) *La organización social de la masculinidad*, en Teresa Valdés y José Olavarría (editores) Masculinidad/es: poder y crisis, Isis internacional y FLACSO, Chile; pp. 31-48.

Connell, R. W. y Messerschmidt, James W. (2005) *Hegemonic Masculinity. Rethinking the Concept*. Gender & Society, Vol. 19 No. 6, December 829-859

De Beauvoir, Simone (2005) *El segundo sexo*. Ed. Cátedra. MADRID

Fausto-Sterling, Anne (1993) *The Five Sexes. Why Male and Female are Not Enough*. The Sciences. March/April

Fausto-Sterling, Anne (2000) *The Five Sexes, Revisited*. The Sciences. July/August

FERNANDEZ, HUGO OSCAR (1999) *Acerca de Foucault y las Prácticas Sociales*. Sincronía. Journal for the Humanities and Social Sciences.
http://sincronia.cucsh.udg.mx/fernandez.htm

Fuentes, D. (2005) *Estadísticas Básicas sobre Muertes Violentas en Baja California 1999-2004. El caso de Mexicali.* IIS-UABC

Garlick, Steve (2003) *What is a Man?: Heterosexuality and the Technology of Masculinity*. Men and Masculinities; 6; 156 SAGE Publications.

Gutierrez Castañeda, Griselda (2008) *Violencia sexista. De la violencia simbólica a la violencia radical*. Debate Feminista. No. 37, pp. 34-48.

Halberstam, Judith. 1998. Female Masculinity. Duke University Press. Durham and London.

Hall, Alex; Hockey, Jenny y Robinson, Victoria (2007) *Occupational Cultures and the Embodiment of Masculinity: Hairdressing, Estate Agency and Firefighting*. Gender, Work and Organization. Vol. 14 No. 6, November

Haraway, Donna J. (1995) *Ciencia, Cyborgs y mujeres; la reinvención de la naturaleza*. Editorial Ediciones Cátedra.

Hearn, Jeff (2004) *From Hegemonic Masculinity to the Hegemony of Men*. Feminist Theory. SAGE Publications vol. 5(1): 49–72.

Heasley, Robert (2005) *Queer Masculinities of Straight Men: A Typology*. Men and Masculinities; 7; 310.

Hird, Myra J. (2004). *Sex, Gender, and Science*. Ed. Palgrave Macmillan.

Holmila, M. & Raitasalo, K. (2003) *Gender differences in drinking: why do they still exist?* Addiction, Volumen 100, No. 12, Paginas 1763-1769, Diciembre

Keane, Helen (2005) *Diagnosing the male steroid user: drug use, body image and disordered masculinity*. Health: An Interdisciplinary Journal for the Social Study of Health, Illness and Medicine. SAGE Publications (London, Thousand Oaks and New Delhi) 1363-4593; Vol 9(2): 189–208

Kimmel, Michael S.; Hearn, Jeff & Connell, R. W. (2004) *Handbook of studies on men & masculinities*. SAGE Publications. Thousand Oaks, California.

Kaufman, Michael (1994) *Men, Feminism, and Mens's Contradictory Experiences of Power*. Publicado en Harry Brod y Michael Kaufman, editores, Theorizing Masculinities, Thousand Oaks, SAGE Publications, pp. 142-165.

Lacombe, Andrea (2008) *Más allá de las fronteras de la piel: masculinidades de mujeres en un bar del centro de Rio de Janeiro*. Universidad Federal de Rio de Janeiro, Brasil. Presentado en el III Coloquio Internacional De Estudios Sobre Varones Y Masculinidades en Antiquoquia, Colombia.

Lamas, Marta (1996). *El Género: la Construcción Cultural de la Diferencia Sexual*. Ed. Miguel Ángel Porrua.

Lundgren, Rebecka (2000). *Protocolos de Investigación para el Estudio de la Salud Sexual y Reproductiva de los Adolescentes Varones y Hombres Jóvenes en América Latina*. División de Promoción y Protección de la Salud Programa de Familia y Población. Organización Panamericana de la Salud.

Mazzei, Julie y O'Brien, Erin (2009). *You Got It, So When Do You Flaunt It?: Building Rapport Intersectionality, and the Strategic Deployment of Gender in the Field*. Journal of Contemporary Ethnography. 38; 358.

McLaren, Angus (2007) *Impotence: A Cultural History*. The University of Chicago Press Chicago and London.

Montesinos, Rafael (2008) *Tendencias de la masculinidad al despuntar el siglo XXI.*

Minello, Nelson (2002) *Los estudios de masculinidad.* Estudios Sociológicos. Septiembre-diciembre, año/vol. XX, número 003. El Colegio de México. Distrito Federal. México, pp. 715-732

Olavarría, José (2001) *Hombres, Identidades y Género*. Revista de la Academia, No 6. Primavera 2001, pp. 101-127

Parrini, Rodrigo (2007) *Panópticos y Laberintos. Subjetivación, Deseo y Corporalidad en una Cárcel de Hombres*. El Colegio de México. Centro de Estudios Sociológicos. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. México. D.F.

Pilcher, Jane & Whelehan, Imelda (2004) *Fifty Key Concepts in Gender Studies*. SAGE Publications. London • Thousand Oaks • New Delhi

Pini, Barbara (2005) *Interviewing men: Gender and the Collection and Interpretation of Qualitative Data.* Journal of Sociology; 41; 201. SAGE Publications

Potts, Annie , Gavey Nicola & Weatherall, Ann (2004) *Viagra Cyborgs: Creating 'Better Manhood Through Chemistry'?* En Sex and Gender. Dunmore Press

Ramírez Rodriguez, Juan Carlos y Uribe Vásquez, Griselda (2008). *Masculinidades. El Juego de Género de los Hombres en el que Participan las Mujeres*. Plaza y Valdéz. México, D.F.

Ramírez Rodríguez, Juan Carlos (2008) *Ejes Estructurales y Temáticos de Análisis del Género de los Hombres. Una Aproximación.* En: Masculinidades. El Juego de Género de los Hombres en el que Participan las Mujeres. Plaza y Valdéz. México, D.F.

Rivas, Eloy (2008) *Entrevista a Eloy Rivas en relación al II Congreso Nacional los Estudios de Género y los Hombres en México*, *Caminos Andados y Nuevos Retos en Investigación y Acción*. 11 de febrero, Cd. de México.
http://www.enkidumagazine.com/art/2008/100208/a_1002_013_a.htm

Schwalbe, Michael y Wolkomir, Michelle (2001) *The Masculine Self as a Problem and Resource in the Interview Studies of Men*. *Men and Masculinities*: 4; 90. SAGE Publications.

Secretaría de Salud (2006). *Sistema de Vigilancia Epidemiológica de las Adicciones (SISVEA): Informe 2006.* México.

Seidler, Victor J. (1995) *Los Hombres Heterosexuales y su Vida Emocional.* Debate Feminista. Abril, Vol. 11 Issue 6, p78-11.

Seidler, Victor Jeleniewski (2007). *Masculinities, Bodies, and Emotional Life.* Men and Masculinities; 10; 9

Stanistreet, D. (2005) *Construction of Marginalized Masculinities among Young Men Who Died Through Opiate Use.* International Journal of Men's Health, Vol. 4, No. 3, Fall 2005, 243-265.

Vasilachis de Gialdino, Irene (1992). *Métodos Cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Vázquez García, Verónica y Castro, Roberto (2008) *Cómo ser "un hombre de bien" y no morir en el intento: masculinidades y riesgo en la Universidad Autónoma Chapingo*. Presentado en el III Coloquio Internacional De Estudios Sobre Varones y Masculinidades en Antiquoquia, Colombia.

Vendrell Ferré, Joan (2002) *La Masculinidad en Cuestión. Reflexiones desde la Antropología*. Nueva Antropología: Revista de Ciencias Sociales, sep. Vol. 18 Issue 61, p.31-52.

Viveros, Mara (2008) *Teorías Feministas y Estudios Sobre Varones Y Masculinidades. Dilemas y Desafíos Recientes.* En Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres. Ed. Plaza y Valdez. México, D.F.

Weber, Max (1998) *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. Ediciones Itsmo. Madrid.

Wickman, Jan (2003) *Masculinity and Female Bodies*. NORA no. 1, Volume 1

Wiegman, Robyn (2006) *Interchanges: Heteronormativity and the desire for gender*. Feminist Theory 2006; 7; 89.

Wiggers, Yvonne. (2003) *Male Bodybuilding: The Social Construction of Male Identity*. Journal of Popular Culture.